



Susana Gertopan

Barrio Palestina

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Susana Gertopan

Barrio Palestina

Novela

Para Claudia, Fernando y Eduardo mis hijos.

A la memoria de mis abuelos, inmigrantes que también vivieron en barrio Palestina, y de quienes recibí gran parte de este legado cultural.

Tenía la mente llena de poesía y de novela, estaba preparado para la conmoción interna que los escritores llaman «amor».

Isaac Bashevis Singer

Prólogo

La novela Barrio Palestina, especie de Ghetto asunceño, recrea un submundo, una judería muy peculiar. El trasplante de los habitantes de Vilna, Varsovia y otras ciudades polacas a esta tierra tropical y folclórica (en el sentido paraguayo del término) produjo una situación de convivencia humana llena de dramatismo y nostalgia.

La autora, protagonista de las peripecias que describe y testigo de estas historias domésticas, está perfectamente capacitada para hablarnos de sus experiencias y vivencias, como de primera mano. Esta obra es, pues, fundamentalmente de índole testimonial y, de allí, el valor que tiene como obra literaria y como saga de las numerosas familias judías que vinieron a nuestra patria buscando la salvación. El famoso Barrio Palestina, así bautizado por sus inquilinos, con mucho acierto, era un microcosmos de aquellos villorrios de Europa Central, como Galitzia y otros sitios, alejados de los centros hegemónicos del continente.

Puedo escribir sobre Barrio Palestina con conocimiento de causa, pues viví gran parte de mi existencia (hasta los 20 años) en esa zona, en calles aledañas: Paraguarí, Fulgencio R. Moreno, México. Asistí a la famosa Escuela «República de México», del barrio (conocido como de turcos y judíos) donde tuve como compañeros de banco a los Karlik, los Morgenstern, los Paluch, los Fridman, y otros no menos famosos. Vivíamos en completo compañerismo y tranquilidad. No sospechaba yo, en aquella época de mi infancia y adolescencia, las tragedias y problemas que aquejaban a estas desarraigadas familias, llegadas a estas tierras con traumas de toda especie. Me encontraba, en realidad, con gente

ya asentada, ya recuperada de los pogroms y las persecuciones. El antisemitismo no existía, y solamente había la prohibición de no enamorarse de un «goi» y mantener cierto decoro religioso, cierta ortodoxia frente a los extraños. Conocía también, al grupo que se había instalado antes y que incluía a los Schwartzman, los Blinder, los Schifnbauer, etc. En fin, tengo recuerdos muy vívidos de la gente del barrio en cuestión, y creo que hasta me enamoré de algunas de mis vecinas. Eran jóvenes exóticas con un ligero toque oriental, lo que las volvía muy atractivas.

Pero, volvamos al libro que nos toca comentar. La novelista en ciernes, Susana Gertopan, a quien conozco muy bien, ya que en un tiempo fue mi alumna, tiene una especial facilidad para la narrativa. En efecto, en esta novela corta, describe la psicología de los personajes de una manera acabada y recrea maravillosamente la atmósfera que rodea a los mismos aquí -en su nueva patria- y la de Polonia, de donde vinieron. Personajes como Féiguele, el rabino Elías, Moishela, los padres y las demás familias judías del conventillo, están descritos con gran simpatía y sencillez a la manera de precursores de este tipo de obra, como Aleichem, Singer y otros. Un lenguaje llano -no rebuscado- es el elegido para ambientar a los personajes. El estilo es, por lo tanto, directo -sin barroquismos de ninguna clase-. El conflicto entre los componentes de esta familia típicamente judía (con la «idi-she mame», el sionismo, el hassidismo, etc.) está presentado de manera, por momentos, trágica. La relación entre padres e hijos y de parejas está descrita con lucidez y espíritu crítico. La autora no se detiene ante ningún tabú. Presenta, inclusive, las dudas religiosas que padece el personaje principal ante la ortodoxia y su angustia existencial ante la persecución de su pueblo y los horrores del holocausto. En sentido estricto esta novela es un «Bildungsroman», porque describe la evolución caracterológica de un joven ante las circunstancias de la vida. Se plantea, además, el tema del sionismo, que produce rompimientos y roces ideológicos dentro de la familia. Al final, el héroe de esta historia opta por el deber patriótico que implica el viaje a Palestina, a luchar como sionista. La figura y la influencia de Teodoro Herzl, es aquí notoria, en términos de conflicto generacional.

Para terminar, debemos subrayar que Susana Gertopan ya es conocida en los medios literarios locales -como miembro del Taller Cuento Breve-, y como escritora de poemas desde hace tiempo. Por lo tanto, esta notable novela no viene sino a corroborar su vocación de escritora y su actitud testimonial ante sucesos y experiencias de importancia vital dentro de su historia personal, y la de muchos otros judíos en el exilio.

Oswaldo González Real

Vivíamos en un barrio en las afueras de Varsovia. Las calles eran de piedra, angostas y muy ruidosas; a mí y a otros niños nos gustaba jugar en la vereda, hacíamos mucho barullo al igual que los vendedores ambulantes que ofrecían a gritos toda clase de mercancías.

En el vecindario, la mayoría éramos judíos a excepción de unas pocas familias. Nuestra casa estaba a mitad de la cuadra, al lado de la panadería; en la misma estaba la lavandería, a pocos metros el mercado; detrás, el puesto de frutas y al final de la calle, la pescadería. La nuestra, era una casa pequeña. Tenía dos cuartos: en uno dormían mis padres, y el otro compartíamos mi hermano Féiguele y yo. También estaba el cuarto de baño, la salita, la cocina con una enorme estufa y «el altillo». El altillo lo alquilaba Motke, el librero, él lo utilizaba como depósito para guardar los libros viejos.

Todos en el barrio hablábamos en yiddish y en polaco.

La vida transcurría tranquila, a no ser por algún tumulto en la calle, producido por la llegada de un nuevo vecino.

Pero ese invierno todo cambió, fue el más largo y crudo que recuerdo. Un paisaje pálido de árboles desnudos y ráidos enlutaba la ciudad. También las calles cambiaron, se volvieron peligrosas, la nieve acumulada obstaculizaba el tránsito de autos, tranvías y de carros. La nueva ola de frío y el miedo impedían que saliéramos de nuestras casas.

Ese miércoles a la noche hizo más frío que nunca, una nevada persistente desfallecía sobre la ciudad, se celebraba la quinta noche de Jánuca, la fiesta de las luminarias. En el candelabro de nueve brazos, cinco lamparitas de aceite de oliva, encendidas una al lado de la otra, a la misma altura, iluminaban con luz clara las ventanas de cada hogar judío. Mientras yo observaba distraído la calle y las ventanas de los vecinos, golpes insistentes a la puerta de nuestra casa interrumpieron la calma.

Golpeaban la puerta una y otra vez.

-¡Móishele, Móishele! Ve a ver quién viene -dijo mi madre. Fui corriendo a la puerta, y cuando la abrí me encontré con el rabino Elías.

-¡Rabino Elías! ¿Qué hace usted acá hoy? -pregunté.

En ese momento olvidé que era miércoles, el día en que el rabino nos visitaba. Tenía destinado un día de la semana para cada barrio. Él se preocupaba por la situación de todos sus feligreses: de que a nadie nos falte comida, medicamentos, carbón, kerosén. Y para aquellos que no sufrían de hambre o de frío, pero sí padecían de tristeza o soledad; a ellos les llevaba palabras de aliento, y lecturas de parábolas santas.

Los viernes y los sábados los dedicaba a Dios.

Su memoria era admirable, tenía la capacidad de recordar y citar capítulos enteros de la Mishná y además era un gran estudioso de la Torá.

De estatura baja y figura pequeña, llevaba la barba larga y delgada, tenía los ojos profundos; llenos de sabiduría, que reflejaban bondad y fe. Yo siempre envidiaba esa fe. Una fe inquebrantable con la que yo, siendo aún muy joven, ya no me llevaba bien. Fue en ese tiempo cuando nacieron mis dudas.

El rabino llegó con su hijo, que tenía un gran parecido físico con el padre, el niño iba tan abrigado que solamente quedaban al descubierto los aladares debajo de la gorra de terciopelo negro.

-¡Mi Dios! -dijo mi madre sorprendida cuando los vio-. ¡Rabino Elías! ¿Qué hace caminando por la calle en una noche como ésta, de tanto frío y acompañado del niño?

Su barba estaba blanca y congelada, su rostro traía la dureza y el frío de la calle.

El rabino se sacudió la nieve del abrigo, después se lo sacó así como el sombrero de piel.

Mi madre tomó al niño de la mano y lo llevó a la cocina, junto a la estufa; el padre lo siguió, caminó unos pasos y una vez frente al fuego se sacó los guantes y acercó las manos frías, al calor.

-¡Sí que hace frío! Reitze, ya mis años no me ayudan, estoy viejo y el frío carcome mis huesos. ¿Tienes algo caliente para compartir con este pobre hombre?

Mi madre corrió a preparar una taza de té para el rabino.

-Hoy no quiero té, Reitze; prefiero otra bebida, algo más fuerte.

-¿Qué le parece una copita de licor de anís?

-¡Eso está mejor!

Mi madre trajo dos copitas servidas y un trozo de gelatina de pata, y para el niño una taza de leche tibia rociada con azúcar y canela, y algunos bizcochos.

El rabino Elías saboreó la comida, luego de hacer las bendiciones, bebió el licor y dijo:

-Nadie prepara esta comida como tú, mi querida Reitze, tienes el verdadero gusto judío, que Dios conserve siempre tus manos limpias y sanas, y les den fuerza para seguir cocinando muchos años más.

El rabino siguió hablando; pero ahora el tono de su voz cambió. Se tornó ronca aunque sus ojos mantenían la misma frescura.

-Mis palabras traen preocupación, siéntense -nos dijo a mi madre y a mí-, y tú Féiguele, ven, acércate también, es muy importante lo que tengo que contarles. Las noticias que nos llegan de Alemania no son buenas, todo lo contrario, que Dios nos libre, pero se habla mucho de Hitler y de sus intenciones de llegar al gobierno. Además los alemanes se están

preparando para una guerra, no se sabe cuándo; pueden faltar años, pero seguro que cuando eso suceda, nos va a alcanzar. Es mi obligación avisar que los tiempos cambian, el cielo se está oscureciendo ante los ojos de los judíos. Todos conocemos al pueblo polaco, su gente es tan antisemita como otros, aunque no todos lo son, ése es un consuelo, siempre se encuentra gente buena, pero más que nunca corremos riesgos; algunos conocidos míos creen que nada malo va a suceder, que todo va a pasar. ¡Ojalá sea así! Solamente Dios lo puede saber.

Después de escuchar estas palabras el rostro de mi madre cambió por completo.

-Por favor rabino, no me asuste, ni tampoco asuste a los niños -suplicó mi madre.

-Nada de eso, pero recuerda lo que sucedió en Egipto cuando «El ángel de la muerte» iba de casa en casa para terminar con los primogénitos. Dios marcó las casas de los israelitas. En cada una se sacrificó un cordero, que fue comido, y con cuya sangre se salpicó el umbral como señal del acuerdo. Cada israelita se convertiría en un sacerdote en el santuario de su hogar, dedicado al servicio de Dios. No hay que esperar que Dios venga de nuevo en nuestra ayuda, debemos estar prevenidos.

Quedamos en silencio, todos miramos a los ojos del rabino, él los mantuvo bajos, luego levantó la mirada y continuó diciendo:

-Bueno Reitze, a pesar de estar a gusto en tu casa, ya tengo que marcharme, aún me quedan muchas otras que visitar, y la noche ya cayó. Recuerda que Rabí Shimón afirma que hay tres coronas: la corona de la Torá, la corona del sacerdocio y la corona real; pero que la corona de una buena reputación es superior a todas ellas.

Féiguele y yo nos acercamos a despedir a los visitantes. El rabino puso sus manos sobre nuestras cabezas, y nos bendijo:

-Recuerda Móishele de ponerte regularmente las filacterias, cumple con tu compromiso; quienes dejan de usarla, figuran entre aquellos transgresores de Israel, que pecan con sus cuerpos porque se niegan a subyugarlos a la adoración del Todopoderoso. Bueno, ahora sí ya es momento de marcharnos, buenas noches Reitze, y que siempre nos encontremos en fiestas.

-¡Buenas noches, rabino Elías, que vaya usted con salud!

El rabino dio un beso en la frente a Féiguele. Acomodó las manos dentro de los guantes, lo tomó del brazo a su hijo y ambos se perdieron por las calles oscuras de la ciudad.

Después de despedir al rabino, mi madre continuó en la cocina preparando la comida para la cena, Féiguele la ayudaba en los quehaceres, no sólo esa noche, él siempre se encontraba cerca de ella. Yo, en cambio, preferí la lectura, pero la preocupación que trajo el rabino Elías no me permitió concentrarme. ¿Qué pasaría con nosotros si venía la guerra? ¿Adónde iríamos? Esas dudas me dominaron por mucho tiempo. Sentí miedo, mucho

miedo. Caminé hasta la cocina, mi madre estaba cantando mientras revolvía plácida la sopa de remolacha. A mi madre le gustaba cantar. ¡Siempre cantaba!

-¡Mamá! -grité.

-¿Qué quieres, Móishele?

-¡Tengo miedo! Las noticias que trajo el rabino Elías me dejaron preocupado.

-¡No tengas miedo, nada malo puede pasar!

Aunque las palabras de mi madre sonaban tranquilizadoras, el miedo y la ansiedad persistían. Para distraerme tomé la armónica, regalo del abuelo en el último purim y me senté junto al candelabro, cerca de la ventana, sobre un baúl viejo, de esos que guardan recuerdos. Y mientras tocaba me distraje mirando la calle. A lo lejos vi la figura de mi padre, iluminada bajo el farol. Caminaba con pasos cortos y lentos, llevaba los brazos cruzados detrás de la espalda, la cabeza gacha, el ala del sombrero le cubría casi todo el rostro.

Me pregunté: ¿De dónde vendría? Nunca tomaba ese camino cuando regresaba de la fábrica.

A unos minutos de haberlo visto, mi padre entró. Detrás de él una ráfaga de viento heló el salón. Besó la palma de la mano, la misma con la que rozó la metzuzá. Sacudió las botas y se quitó el abrigo salpicado de nieve, también la bufanda y el sombrero, y los acomodó en el perchero. Como de costumbre me acerqué a él para saludarlo, pero con un gesto brusco me apartó. A pesar de ello yo insistí. De nuevo se frustró el saludo.

¿Qué le pasaba? Parecía otra persona, no lo reconocía en esa actitud. Mi padre siempre llegaba a casa contento, con la sonrisa en los labios. Ahora era un hombre distinto al de siempre.

-¡Móishele, llama a tu madre y a Féiguele! ¡Tenemos que hablar seriamente antes de la cena!

Después de dar esa orden se lavó las manos y se sentó a la mesa. Él y yo fuimos los primeros en ocupar nuestros asientos, luego vino mi hermano y por último apareció mi madre trayendo los platos servidos, humeantes.

-Hazme el favor Reitze, siéntate y escucha -dijo mi padre tomándola del brazo.

La casa parecía otra, sentí como si de pronto todos fuéramos extraños. Durante la cena, era común el intercambio de opiniones, generalmente las frases se entrelazaban con entusiasmo, confundiendo las voces, pero esa noche, todos permanecíamos sumidos en un silencio incómodo.

Mi padre apartó su plato sin haber probado la sopa, nos recorrió con la mirada y dijo:

-Tenemos que marcharnos, la guerra se acerca, se habla mucho de Hitler y de sus intenciones, pretende mantener vivos sólo a los que tienen sangre aria, en especial sangre alemana, para preservar el honor alemán. La persecución a los judíos ya empezó aquí en Polonia. También son perseguidos los marxistas y los comunistas, aunque ellos pueden negar sus creencias para salvarse; nosotros no, somos siempre el chivo expiatorio. Ya en las paredes aparecen pintados dichos como «Alemania, despierta, Judea, muere».

El rostro de mi madre se puso pálido, contraído por la ira. Mi padre tomó un sorbo de agua y continuó hablando.

-La fábrica se cerró y cada vez es más difícil para un judío encontrar trabajo, es prácticamente imposible. Esto no ocurre solamente en Varsovia, toda Polonia está igual y hay otros lugares donde es peor. Este es el momento de irnos, aunque es muy difícil conseguir los documentos.

-¿Irnos? ¿Adónde? -pregunté, asustado.

Féiguele se puso más pálido que de costumbre. Mi madre dejó la mesa corriendo, como si huyera de las palabras que terminaba de escuchar. Yo quedé en la silla, duro, como de piedra. No comí; tampoco podía mover las piernas, ni los brazos, aunque lo intentaba, era inútil, ellos no me obedecían. Distraído y como ajeno a lo que estaba sucediendo, detuve la mirada en unas papas teñidas de rojo, sumergidas en la sopa, ya tibia.

-¿Irnos? -pregunté de nuevo. Jamás me imaginé vivir lejos de este barrio. Me sentía identificado con todo lo que me rodeaba e interesado en lo que sucedía. Aquí nací, aquí en una pequeña sinagoga fui llamado por primera vez a leer la Torá en el día de mi bar mitzva, aprendí a leer y a escribir en la pequeña escuela cruzando la plaza, visitaba a mis amigos, leía a autores que en ese momento satisfacían mis expectativas de curiosidad, tenía a mi abuelo, y disfrutaba los momentos que compartía con él, también estaban los tíos, las primas y sobre todo extrañaría a mi guarida. ¿Quién sería yo lejos de todo esto? Temí el desamparo.

La voz de mi madre interrumpió mis pensamientos.

-¡Móishele! -desvié los ojos de la sopa y la miré.

-¡Levántate, hijo, y ve a buscar el postre! Los higos están limpios y frescos, también trae los panqueques de queso. Éste era mi postre preferido, cuando mi madre los preparaba yo era capaz de comerme la fuente entera, pero en ese momento ni la idea de comer los panqueques me entusiasmaba.

-¿Todos tenemos que ir? -pregunté a mi padre.

Me miró, yo hice lo mismo, de pronto sus ojos claros se oscurecieron y con voz triste me contestó:

-Escucha bien Moische, no es sólo cuestión de trabajo, ni de comida, además de todo eso es seguridad. ¿Entiendes esa palabra? ¡Seguridad! -elevó la voz, y casi gritando continuó diciendo:

-¡Sobrevivencia! Nos van a matar como a hormigas y no somos conscientes de ello. Los alemanes no van a parar hasta ver al último judío aplastado bajo sus botas.

Se levantó y enojado volvió después de unos minutos con el periódico en las manos.

-A ti, Móishele, que te gusta tanto leer -sus palabras sonaban a reproche-, lee esto, te aseguro que es más interesante que esas historietas que lees todo el día y que no hacen otra cosa que robarte la vista; lee esto que te va a servir para contestarte a ti mismo.

Tomé el periódico y leí los titulares: «Se proyecta construir campos de concentración para judíos». Más abajo leí que Himler en un discurso dijo: «Cuando en los cuchillos salpica sangre judía, todo va doblemente bien».

Tragué saliva, sentí que algo en el estómago se me revolvía, y un sabor amargo me subió hasta la boca.

Mi padre siguió hablando a gritos, su rostro se veía acalorado, entonces mi madre se acercó con la intención de calmarlo.

-¡Dovid, no grites, todo el vecindario te va a escuchar!

Inmediatamente mi madre empezó a sollozar, en ese momento yo sentía lo mismo que ella, las mismas ganas de echarme a llorar; luego ella se alejó, dejándonos de nuevo solos a mi padre y a mí, pero por pocos minutos, él se levantó y la siguió, corrió la cortina de tela desteñida que separaba la cocina del salón, se acercó a ella y le dijo:

-Reitze, tranquilízate, no te angusties, mejor vamos a descansar, nos va a hacer bien dormir. Mañana será otro día, y con la luz del sol pensaremos mejor, no te preocupes, ahora todos estamos cansados, muy cansados. Vamos, Reitze.

Mientras ellos iban al dormitorio pensé que fueron pocas las veces que los oí discutir. Me preocupó que en adelante eso también cambiara.

Esa noche, cada uno, en silencio y sin darnos las buenas noches, fuimos a la cama. Siempre antes de dormir me detenía y miraba el cielo. Esa era una noche extraña, oscura, yerta, huérfana de luna. Prefería ese momento del día, cuando los demás dormían, yo disfrutaba de la calma, esa calma que me permitía intimar con mis pensamientos. Subí al altillo, a mi guarida. Era una pieza oscura, repleta de libros apilonados del piso al techo. ¡Adoraba ese lugar! Olía a pergamino, a viejo, a quietud. Me pasaba largas horas entretenido en silencio. Tomé el libro que fui a buscar y de nuevo bajé.

Entré al dormitorio, pero Féiguele aún estaba despierto, entonces guardé el libro debajo del colchón para que él no lo notara, esperé unos minutos, y por fin mi hermano quedó

dormido. Encendí la lámpara de kerosén y me dispuse a leer. El texto era de la biblia y se llamaba: «Los deberes del corazón» escrito en hebreo, el rabino Elías me lo había prestado con la intención de que practicara ese idioma.

-¡Lee mucho en hebreo! -decía- para no olvidarlo, y estudia la Torá. Como dice Hilel y Shamai: si estudias mucho la Torá no te vanaglories, pues para ello fuiste creado.

Leyendo me había quedado dormido, pero de pronto un ruido me despertó, cuando abrí los ojos, no sabía dónde estaba, ni qué hora era; tenía la ropa puesta y el libro abierto sobre el pecho. Asustado me senté al borde de la cama, bajé los pies al suelo, entonces por fin reconocí el lugar. Mi corazón latía como si fuera a salirse del pecho. La luz de la lámpara iluminaba el rostro de Féiguele. Lo miré, se parecía mucho al de mi madre, tosía y gemía, pensé que tal vez sufría de una pesadilla, me acerqué a él, y noté que no era solamente un mal sueño. Féiguele parecía enfermo, se veía mal, le toqué la frente. Tenía fiebre. Lo arrojé y fui corriendo a buscar a mi madre. Ella y mi padre no dormían, seguían discutiendo.

-¡Mamá, mamá, ven pronto, Féiguele parece sentirse mal! Mis padres corrieron junto a él.

Féiguele yacía pálido, sudoroso, respiraba con dificultad y el pecho le chillaba.

Mi padre se vistió de prisa y salió corriendo a buscar al médico.

Mi hermano era un niño diferente al resto, no le gustaba jugar con otros de su edad, nunca salía a la calle solo, siempre iba acompañado de mi madre o de mí. Era tímido y miedoso. Se enfermaba de cualquier peste que aparecía, tenía la salud debilitada. Era bajo de estatura, delgado, su rostro carecía de color, anchas sombras cercaban sus ojos claros. Mi madre se dedicaba todo el tiempo posible a cuidarlo, más de lo que habitualmente cualquier madre cuidaría a un hijo. Entre él y yo no existía mucho parecido; ni físicamente ni en otros aspectos, teníamos diferentes gustos, a mí me gustaba salir a la calle a jugar con otros niños, él prefería quedarse en la casa a ayudar a mi madre, siempre se encontraba cerca de ella. Muchas veces sentí celos de él, deseaba padecer alguna enfermedad para llamar también la atención de nuestra madre. Igual que Féiguele. En realidad mi hermano era su preferido.

Después de un buen rato mi padre volvió acompañado del doctor Roynsky, siempre él acudía con una sonrisa cuando se le necesitaba, era un buen hombre, además de ser buen médico.

-¡Buenas noches, Reitze! Vamos a ver qué le sucede a Féiguele, seguro es sólo un resfriado, con este frío es lo más común. Ahora, dígame: ¿A quién se le ocurre enfermarse en una noche como ésta? -rió el doctor-. ¡Sólo a Féiguele! Se acercó y puso el estetoscopio sobre el pecho del enfermo, después auscultó los pulmones. Le tomó el pulso y se quedó un buen rato sentado en la cama junto a él.

Nosotros observábamos atentos la expresión del médico mientras esperábamos ansiosos el diagnóstico.

-¿Qué te pasa, hijo? -preguntó a Féiguele- ¿Te duele algo? Y éste con un gesto de cabeza, negó.

El doctor Roynsky salió de la pieza, mis padres y yo lo seguimos:

-¿Qué enfermedad tiene Féiguele, doctor? -pregunté.

-Es un simple ataque de asma. Nada serio, pero hay que cuidarlo mucho, tiene que hacer reposo y comer liviano.

El doctor dejó algunas indicaciones y unos medicamentos, se despidió, subió al carro y se alejó.

Ese fue el principio de sucesivos y cada vez más frecuentes ataques. Féiguele nunca sanó.

Desde aquella noche, mi padre volvía a casa cada vez más tarde, sin trabajo y con la misma angustia. Las noticias eran desalentadoras, y las esperanzas de cambio dejaron de existir. Pocos eran los que abandonaban Europa, la mayoría seguía esperando mejoras, aunque éstas nunca llegaban.

Decían que en América se vivía bien, y que a los judíos les dejaban trabajar libres y seguros. Pero pensar en ir a vivir allá era lo mismo que creer en los sueños, y que estos se cumplían; aunque el rabino Elías creía en los suyos, decía que Dios aparecía en ellos; por eso sus sueños también eran sagrados.

Pasaron varios miércoles y el rabino no volvió a visitarnos. Se ausentaba constantemente, recorría pueblos y ciudades para así interiorizarse de cómo seguía la situación de los judíos. Por fin nos visitó de nuevo, esta vez llegó con la triste noticia de que no habrían más viajes; su salud decayó y el doctor le recomendó una vida más tranquila.

Las nuevas noticias que traía eran más terribles que las anteriores. El rabino nos recomendaba y pedía que permaneciéramos en nuestras casas el mayor tiempo posible, que no saliéramos si no fuera por alguna urgencia, pero nosotros dudábamos de sus palabras. Creíamos que las historias que nos contaba con tanto miedo eran parte de sus sueños. Hasta el día en que Leibe, el dueño de la pescadería, contó lo que le sucedió cuando fue a proveerse de pescado, en el mismo puesto de venta, donde siempre acostumbraba a ir, la diferencia fue que la última vez, por ser judío, le dieron toda la mercadería podrida. Leibe

era un buen hombre, trabajador, su mujer y su hija siempre olían a arenque ahumado. Otro relato fue el de Frida, la dueña del puesto de frutas, una vieja amiga de mi madre, siempre que venía de visita a nuestra casa traía en un canasto las frutas que le sobraban y mi madre las cocinaba con abundante azúcar. Cuando comíamos compota, sabíamos que Frida estuvo de visita. Ella también contó que un hombre pasó en una bicicleta frente al puesto y con un palo tiró al suelo todos los cajones cargados de frutas. Esa fue la ruina de la pobre Frida.

Cada día en casa teníamos menos comida, el hambre se hizo sentir. Mi madre y yo íbamos juntos al mercado todas las mañanas a hacer las compras, pero con las pocas monedas que llevábamos no traíamos más que unas cuantas papas y un poco de leche.

Féiguele se quedaba en la casa porque teníamos que formar largas filas frente a la panadería y a la pescadería para conseguir un trozo de pan o un filete de pescado. En esos días mi madre se angustiaba pensando qué haríamos en la próxima festividad si no conseguíamos pescado; a mí más me preocupaba qué haríamos sin azúcar

Un día mientras estábamos en la fila, pensé en las demás personas que como nosotros esperaban su turno para recibir algo de comida.

Sus rostros se veían preocupados, algunos miraban el cielo quizás pidiendo ayuda a Dios. Recordé las palabras del rabino Elías cuando uno de sus alumnos le preguntó dónde estaba Dios y él respondió: «En todas partes, Dios dice al hombre como dijo a Moisés»: «Sácate los zapatos de tus pies, sácate lo que encierra habitualmente tus pies y percibirás que el lugar sobre el cual te hallas parado, en este momento, es tierra santa. Pues, no hay ningún peldaño de existencia en el cual no podamos encontrar la santidad de Dios en todos lados y en todo momento».

Observé a mi alrededor, la cola frente a la tienda de ventas de azúcar no se movía, una mujer joven, sin dientes y con una niña pequeña en brazos se balanceaba delante de nosotros. Las dos se veían cansadas, enfermas y llenas de piojos. Mi madre se ofreció a tener a la niña mientras la mujer se recuperaba. Ella aceptó y la entregó como quien se libera de un bulto pesado. Respiró hondo y se sentó a un lado de la fila, sobre un montículo de basura. Por fin llegó nuestro turno, después de esperar horas recibimos la ración que nos correspondía, y mi madre le devolvió la niña a su madre.

Regresábamos caminando cuando nos llamó la atención la cantidad enorme de negocios cerrados con barras de hierro y con enormes candados. Sentimos miedo, pues nunca antes habíamos visto las calles tan abandonadas y tristes.

Ya había oscurecido cuando llegamos a la casa y nuevamente encontramos a mi padre escuchando la radio: estaban transmitiendo la subida de Hitler al poder en Alemania.

Mi padre bajó el volumen y dijo:

-¡La desgracia ya empezó!

Mi madre fue a la cocina a preparar té en el samovar. Sirvió cuatro vasos llenos, y cuando los trajo a la mesa, la sorpresa fue que teníamos azúcar. Mi padre con mucho cuidado partió un terrón en cuatro pedacitos, cada uno de nosotros tomó uno y lo llevó a la boca, luego bebimos el té.

-¿Será siempre así? -pregunté.

-Ahora, compartimos un terrón de azúcar, quizás mañana ya no tendremos ni pan duro para comer -respondió.

Esa noche, no había sobrado nada del almuerzo, y no tuvimos qué comer. Cada vez íbamos más temprano a la cama, sin sueño, pero era la mejor excusa que encontrábamos para huir del hambre y para no enfrentar el tema del viaje. Mi madre temía la decisión de mi padre. Aunque ella ya estaba tomada.

Féiguele no mejoraba, las crisis le sobrevenían siempre en las madrugadas. El doctor Roynsky aconsejó a mis padres que se lo lleven a otro lugar, donde hiciera menos frío y hubiera menos humedad. Eso era imposible, tan imposible como que mi padre encontrara trabajo. Así fue que Féiguele siguió enfermándose.

Últimamente Málkele no visitaba mis sueños, en cambio las pesadillas seguían. Esa noche de nuevo desperté sudoroso, con el corazón dándome golpes, y con miles y miles de fantasmas que venían a buscarme. Me quedé un momento en la cama, pero por temor a quedar dormido de nuevo, preferí levantarme. Fui hasta el salón, la noche aún estaba presente, quise tocar la armónica pero desistí, la música despertaría a mis padres. Entonces fui al altillo, allí no molestaría. Mientras subía escuché unas pisadas, enseguida las reconocí, eran de mi padre, y venían de su dormitorio. Esa escena se repetía noche anoche. De pronto salió de la pieza, y en la penumbra me vio; yo también lo miré, llevaba un sobre en la mano.

-¡Móishele! ¿Qué haces levantado? -me preguntó.

-No podía dormir, papá.

-Ve de vuelta a la cama, mañana temprano tienes que levantarte para ir a estudiar.

-Bueno papá, buenas noches, y que descanses -respondí y resignado volví a las pesadillas.

Desperté más temprano que lo habitual, la mañana estaba oscura, un cielo gris amenazaba con una nueva tormenta de nieve. Mi madre nos abrigó y acompañó hasta la puerta de entrada, después de darnos miles de recomendaciones, siempre era así cuando salíamos, principalmente cuando iba Féiguele. En la calle, desde la vereda de enfrente Ittele nos levantó la mano, saludándonos, por lo general íbamos y volvíamos juntos los tres a la escuela.

Ittele además de vecino era el hijo de Motke el librero, que también era prestamista; él lo negaba hasta el cansancio, juraba por todos sus antepasados muertos que sólo eran calumnias fabricadas por unos cuantos envidiosos, pues a él las cosas le iban muy bien. En el barrio todos conocíamos la capacidad que tenía de convertir una moneda en otras varias, y éstas a la vez en billetes. Su trabajo consistía en recorrer las casas ofreciendo libros económicos, y también bajos intereses. Ittele era idéntico a su padre, hasta en el peinado. No sabíamos cómo hacía, pero cuando llevaba a la escuela dos monedas, volvía con cinco, a todos nos sorprendía pues siendo tan joven dominaba las matemáticas.

Cuando le preguntábamos, curiosos, cómo lograba esos trucos, él respondía:

-¡Soy igual a mi padre, heredé de él su inteligencia! Recuerden que llevamos la misma sangre -decía.

Pero no sólo las monedas se reproducían en sus manos, también las golosinas. Recuerdo cuando llegó a discutir con su padre por el mismo cliente; el problema surgió cuando Motke se enteró que el hijo realizaba el mismo negocio, y no tan sólo eso, también seleccionaba a los mismos clientes. Ambos le habían prestado a Leibe el pescadero, un billete, y lo peor fue que Ittele le cobró menos intereses. El conflicto lo arregló el rabino Elías.

Esa mañana íbamos mi hermano, Ittele y yo tranquilos caminando a la escuela, cuando de nuevo comenzó a nevar, Féiguele tenía la nariz roja y fría, su salud me preocupó, el frío empeoraría su estado. El viento era tan fuerte que frenaba nuestros pasos, era difícil continuar, nos tomamos de las manos y seguimos. Dudé por un instante si no sería mejor regresar a la casa, pero el camino de regreso era más largo, ya sólo nos quedaba cruzar la plaza, para llegar a la escuela, además allí siempre nos esperaban con leche tibia, barritas de chocolate y galletas de guindas.

Caminábamos lentamente, cuando de pronto recibí un golpe en la cabeza, entonces me detuve, sentí que todo daba vueltas a mi alrededor, una y otra vez los rostros de Ittele y Féiguele aparecían y desaparecían, estaba mareado, tropecé y caí.

Instintivamente llevé la mano a la frente, miré el guante y lo encontré sucio de sangre.

-¿Qué te pasa, Móishele? -asustado me preguntó Ittele.

-Me duele la cabeza, me lanzaron una piedra -contesté.

Estaba tirado en la nieve, con la frente rota.

En ese momento se oyó a lo lejos la voz de un niño:

-¡Ustedes! Judíos puercos, no se atrevan a cruzar la plaza. No podía levantarme, las piernas me temblaban, estaba sin fuerzas. Seguía nevando, cada vez con más intensidad.

Aunque intentaba levantarme, no podía, el cuerpo se me hundía más y más en la nieve, una cortina blanca me dificultaba ver a lo lejos. Ittele y Féiguele también estaban asustados y sin saber qué hacer, ni adónde ir. La herida seguía sangrando. Tuve miedo y deseos de llorar. Lloré, lloré de rabia y de dolor.

De nuevo escuchamos la voz del niño:

-¡Vengan, cobardes, defiéndanse, o nadie les enseñó cómo hacerlo!

Una y otra vez escuchaba esas palabras, se repetían como ecos, insoportable. Me tapé los oídos y bajé la cabeza. Intenté levantarme, a pesar del dolor. Féiguele estaba desesperado, me pedía suplicando, rogando:

-Por favor, Móishele no lo hagas, te va a matar, mira cómo estás, tienes la cabeza rota, hazme el favor, vamos, recuerda las palabras de papá.

Aquellas palabras acudieron a mi mente: «La cobardía es producto de las circunstancias». Lástima que mi padre nunca aclaró de qué circunstancias se trataba, pero también recordé aquella enseñanza ética del Talmud: «justicia, justicia, esto habrás de perseguir». ¿Por qué ésta repetía la palabra justicia? Para enseñarnos que la debemos practicar en todo momento ya sea para nuestro proyecto o detrimento, judíos y no judíos por igual.

Tanto Féiguele como Ittele y yo quedamos paralizados, el niño desapareció y en su lugar aparecieron un par de soldados, rigurosamente uniformados. Se acercaron tanto que tuve miedo de quedar aplastado bajo sus botas. Uno de ellos se dirigió a nosotros, habló en polaco, y con voz de mando dijo:

-Regresen a sus casas ahora, y no vuelvan a cruzar la plaza, el lugar de ustedes está allá - indicando con la mano en alto nuestra calle.

-¡La próxima vez pueden morir!

Esas palabras no sonaban como una simple advertencia, eran una real amenaza y de esas que se cumplen -pensé-, mientras los miraba desde el suelo. Con mucho esfuerzo pude sentarme, por primera vez sufrí la derrota y la humillación, lloré amargamente, como nunca antes lo había hecho. Después sí, lloré muchas veces, solo y acompañado, con lágrimas y sin ellas. Después sí, lloré.

Cuando los soldados se alejaron, Ittele me tomó de un brazo y Féiguele del otro, con la ayuda de los dos me pude parar. Volví la mirada al suelo: la nieve estaba teñida de rojo y el aire olía a hiel.

Así, con la frente rota, la cabeza gacha y la ropa manchada, caminé hasta la casa. Ahora mi cobardía estaba disfrazada de vergüenza. Ni bien entramos a la casa, corrí al cuarto de baño. Mi madre estaba cosiendo cuando nos vio entrar.

-¿Qué pasa, Móishele? ¿Por qué vuelven tan temprano?

-¡Móishele se lastimó la cabeza, mamá! -contestó Féiguele.

-¿Qué te pasó, Móishele? ¿Enfermaste?

-¡No, recibió un golpe! -Ittele habló.

-¡Oy, madre mía! ¿Qué te pasó, hijo?

-¡No te preocupes mamá, es una raspadura!

Mi madre revisó mi herida y luego me puso la cabeza bajo la canilla.

-¡Dios mío! ¿Peleaste con otro niño, Móishele?

-No, no peleé, caí y me lastimé.

-¡Es mentira! Un niño le tiró una piedra y nos insultó a los tres porque somos judíos; no pudimos cruzar la plaza para llegar a la escuela, esa es la verdad -Ittele terminó de hablar. Mi madre de nuevo preguntó:

-¿Qué hicieron ustedes?

-No hicimos nada malo, íbamos caminando, es la verdad, mamá.

-Quiero saber qué hicieron después de recibir el insulto.

-Volvimos a casa -respondí.

Mi madre calló.

A partir de aquel día no volvimos a ir a la escuela ni volvimos a cruzar la plaza.

Desde que dejé de ir a estudiar, tenía más tiempo libre para dedicarme a la lectura. Me aproximé a escritores antiguos como Iehúda Halevi, de quien leí «Kuzari». Otro libro fue «El problema del bien y del mal» de Hillel Zaitlin. El rabino Elías festejaba cuando leíamos a estos autores, pues con esas lecturas enriquecíamos nuestra cultura judía.

Después de aquel incidente con el niño de ida a la escuela, en mi cabeza sólo existían miedos y preguntas sin respuestas. Pensé acercarme a mi padre con la intención de conversar sobre los temas que me inquietaban, en un principio dudé, porque siempre tenía dificultades para dialogar con él, pero igual fui hasta el salón, allí lo encontré sentado cerca de la radio con el rostro preocupado y dije:

-¡Papá!

-¿Qué quieres, Móishele?

-Dime, ¿qué nos puede pasar si nos quedamos?

-¡No sabemos! Pero seguro que nada bueno.

-¿Qué le pasará al resto de los judíos de otros lugares de Europa?

-¡Igual que a nosotros si nos quedamos! ¡Sólo Dios sabe!

-Sabes, papá, hay muchas cosas que me preocupan. Durante la noche me quedo despierto, pensando.

-¡No pienses tanto, hijo!

-¿Por qué los judíos no hacemos algo para evitar la guerra?

-Sabes, Móishele, tienes la cabeza liviana. Las personas como tú siempre caminan solas por la vida, o se mueren de hambre y tampoco se preocupan por mantener a su familia, mira el ejemplo del tío Iósel que se pasa la vida de reuniones en reuniones, pero con sus ideales no compra alimentos. Sabes, hijo, a veces es mejor no pensar tanto.

Por un momento se me ocurrió hablar con mi madre, quizás ella podría entender mis dudas, pero me detuve, sería un error; ella sólo se preocupaba de nuestra alimentación y de nuestra salud. Además, tampoco me entendería.

No pedí permiso ni avisé a mis padres, salí a la calle sin saber adónde ir. Sólo necesitaba hablar con alguien que entendiera lo que me estaba sucediendo. Caminé. Las mismas

preguntas de siempre estaban ahí, presentes de nuevo, buscando respuestas una y otra vez: ¿Quién era yo? ¿Adónde iríamos? Seguí caminando unas cuadras más y sin darme cuenta llegué al final del callejón, de pronto me encontré frente a la casa del rabino Elías.

Unos cuantos niños jugaban alegres en la vereda, los aladares les bailaban de un lado a otro del rostro. Y los flecos de la pechera ritual se escapaban por debajo de las gabardinas. En la misma cuadra donde estaba la casa del rabino vivían otras familias religiosas. También existía una pequeña academia Talmúdica. El rabino Elías como rabino jasídico, era el director de esa escuela superior donde los jóvenes concurrían para estudiar.

Me acerqué a uno de los niños, lo reconocí de inmediato, era el hijo menor del rabino y le pregunté:

-¿Está tu padre en la casa?

-Sí, pasa, la puerta está abierta.

En la casa del rabino Elías, siempre se mantenía la puerta abierta, porque él decía: «Ten siempre abierta la puerta de tu casa y abiertos tus oídos para recibir a quien necesite porque recuerda que aquel que cierra sus oídos y su puerta ante el grito del necesitado, gritará algún día, y no obtendrá respuesta».

Sin estar muy convencido, igual entré. La casa estaba casi a oscuras, la luz mortecina de una lámpara me condujo al cuarto donde se encontraba el rabino sumido en sus oraciones. Era la habitación más importante de la casa: en ella estaba el Arca Sagrada, donde se guardaban los Rollos. Lo observé, era el ejemplo del hombre entregado a su fe. Sobre el hombro llevaba puesto el manto ritual para oraciones, y las filacterias arrolladas, los cordones sobre el brazo más próximo al corazón y sobre la cabeza, como símbolo de la sumisión del pensamiento y del sentimiento del alma, que vive en el cerebro; y de los deseos y aspiraciones que brotan del corazón. Recordé las enseñanzas del rabino cuando estudiaba con él para mi bar mitzva.

Abandoné esa habitación, y fui a la siguiente; era su despacho, allí recibía a los visitantes que acudían a él para pedir consejos o solicitar el divorcio o la bendición para la boda. Sobre el escritorio había libros amontonados desordenadamente. Entre ellos reconocí: «El Zohar» el libro del esplendor. El rabino siempre escogía ese libro para leernos, pues estaba considerado como la obra mayor de la Cábala.

De pronto como parte de un sueño me vi sentado frente al rabino, él me formulaba preguntas a las cuales yo no respondía.

Salí deprisa, como asustado de ese ensueño. Fui a saludar a la esposa del rabino que estaba junto al fogón preparando sopa de gallina. La cocina olía a pluma quemada, y en una olla enorme dos gallinas hervían mientras ella rellenaba los cogotes. Me paré a su lado, ella dejó lo que estaba haciendo y me tomó del hombro.

-¿Qué te trae, Móishele?

-Solo vine de visita -respondí.

Esther era una buena mujer, y sobre todo era muy buena compañera del marido, el rabino Elías siempre agradecía a Dios de tener una esposa como ella a su lado. Tenía las facciones y la conducta de una persona bondadosa, siempre estaba alegre y risueña. Era bastante robusta, llevaba una peluca con abundante pelo inclinada hacia la frente, El matrimonio tenía ocho hijos, todos varones. Esta también era toda una bendición de Dios, para el rabino.

-¡Móishele! ¿Quieres beber té o servirte algunas galletas?

-¡No, gracias -respondí-, ya tengo que regresar a la casa no avisé a mis padres adónde iba y ellos estarán muy preocupados!

-Entonces, Móishele, ve rápido y que Dios ilumine tu camino.

Salí sin respuestas, a preguntas que tampoco formulé, volví a la calle, al frío, y a mis dudas. Caminé, la mañana estaba espléndida. No quería volver a mi casa, y se me ocurrió visitar a la tía Yenttel, la única hermana de mi padre. Golpeé la puerta, ella la abrió y se puso contenta al verme. Siempre festejaba cuando iba a verla.

-¡Buenos días, Móishele! Pasa por favor. ¿Qué te trae por aquí? ¿Te envía tu madre?

-No, tía Yenttel, ella no sabe que estoy acá, vine a visitarlos a ti y al tío Iósel.

-¡Me haces tan feliz! Ponte cómodo. Lástima que no tenga nada dulce con qué invitarte, hace días que el tío no trabaja -agregó avergonzada de su pobreza.

-No te preocupes, tía Yenttel, no tengo hambre ni sed, por favor no te angusties.

-Sabes Móishele, la riqueza es tan linda como la vida, y la pobreza tan fea como la muerte.

No sabía qué decir para consolar a la pobre tía Yenttel, entonces preferí callar. La tía se alejó y me quedé solo en la cocina. En medio de aquel silencio escuché unas voces que cada vez se hacían más claras y más fuertes. Pero ¿de dónde venían? Decidí seguir las. ¡Las voces venían del sótano! La tapa estaba abierta, y la alfombra deshilachada que cubría la entrada estaba corrida hacia un lado. Pero ¿quiénes estarían en ese lugar que solamente servía como depósito de cachivaches? -me pregunté.

Quise bajar, pero tuve miedo. Luego, despacio, empujado por la curiosidad puse un pie en el primer escalón; después en otro. El hombre que hablaba era el tío Iósel, reconocí su voz. Para que no me vieran, permanecí recostado en la pared, escondido detrás del haz de luz, el lugar estaba apenas iluminado por una vela apoyada sobre la estufa en desuso.

Eran como una docena de hombres, no conocía a ninguno, sólo al tío. Unos estaban sentados sobre cajones y otros en el piso, atentos al discurso. Por el ambiente parecía una reunión secreta.

De pronto se le escuchó a la tía Yentel llamarme a gritos: -¡Móishele, Móishele!
¿Dónde estás?

Sus gritos interrumpieron mi concentración y la de los demás. El tío calló. Miró en dirección a la escalera y se sorprendió cuando me vio.

-¡Móishele! ¿Qué haces escondido en la escalera entre las telas de araña?

Quedé estático, no sabía qué responder.

El tío Iósel caminó hasta la escalera y subió algunos escalones. Se paró frente a mí y me preguntó:

-¿Cuánto tiempo hace que estás aquí?

-Poco tiempo -fue lo único que pude responder.

Me tendió la mano, yo le di la mía, y con su ayuda bajé. Me senté en el suelo al lado de un hombre muy parecido a mi padre; tenía la barba oscura y los ojos luminosos. Las manos gastadas y las uñas teñidas de grasa.

La reunión siguió como si nada hubiera ocurrido. El tío Iósel continuó hablando, sus palabras tenían fuerza, pasión.

A los pocos minutos de encontrarme en ese sótano sucio, abandonado y con olor a encierro, me sentí seguro, aliviado. Las dudas me abandonaron y mis miedos se arrinconaron.

El tío terminó su discurso. Cuando todos los presentes se despidieron, se sentó en el suelo a mi lado y me contó el significado de esas reuniones y las razones por las que tenían que permanecer en absoluto secreto.

El tío dijo:

-Luchamos clandestinamente pues cualquier núcleo que tiene nivel político, entre ellos el sionismo, está prohibido y ponemos en peligro no sólo nuestras vidas, también las de nuestros familiares. El grupo tiene como ideales el retorno a Palestina y la formación del estado judío, la realidad de la tierra propia. Teodoro Herzl decía: «Los judíos que lo quieran, tendrán un estado, su estado... El estado judío es una necesidad universal, por lo tanto surgirá Eretz Israel y la reconstrucción en Palestina».

Cuando el tío Iósel me explicaba lo hacía con el mismo entusiasmo con el que hablaba momentos antes. Mientras yo lo escuchaba, no podía creer que este hombre con tantas ganas de luchar y con ideales concretos fuera el mismo hombre débil con el que todos en la familia estábamos acostumbrados a tratar.

Yo terminaba de conocer a otro tío Iósel, un hombre admirable.

-Escúchame, Móishele, cuando quieras puedes volver, esta es tu casa, tú ya lo sabes, y estos son tus amigos; también puedes ser útil a la causa.

-¡Gracias, tío! ¿Pero no te parece que soy muy joven?

-¡No, necesitamos gente de tu edad, más de lo que tú crees! El tío Iósel me acompañó hasta la puerta de entrada y me despedí emocionado, convencido de que volvería. Y volví.

Salía la calle, a la realidad, ya había anochecido.

Tímidamente la luna se asomaba. Caminé, fue la única vez de aquel invierno que no sentí frío. Estaba confundido, pensaba diferente. Aún no era consciente del sentido real de esa nueva manera de vivir: sin miedo, vivo, hombre.

Cuando llegué a la casa encontré a mis padres preocupados, hacía varias horas que me había ido.

-¿Dónde has estado, Móishele? -preguntó mi madre.

-Fui a visitar al rabino Elías, mamá.

Después de oír la respuesta que les di, ellos se tranquilizaron, yo sabía que aprobarían aquella visita. La otra, a la casa de la tía Yenttel, no conté.

Esa noche subí especialmente al altillo a buscar libros sobre el sionismo. También me interesaba saber más sobre Teodoro Herzl. Encontré uno muy pequeño escrito por él: «El estado judío». También de Moisés Hess: «Roma y Jerusalén», y de León Pinsker: «Autoemancipación». Estos últimos eran antecesores de Herzl.

A la mañana siguiente de la visita que hice a la casa de los tíos, bien temprano, se presentó la tía Yenttel. Mi madre y ella se sentaron en la cocina frente a dos vasos de té aguado; por un rato largo se quedaron hablando en voz baja, como para que nadie las escuchara. Fue así como mis padres se enteraron de mi visita a aquel sótano y de la mentira. Ellos conocían muy bien el motivo de esas reuniones, y también el riesgo que todos corríamos si me hallaban en ese sitio.

A partir de ese momento me quedaron totalmente prohibidas las visitas a la casa de la tía Yenttel. Pero la orden no tuvo efecto, yo igual encontraba la manera de escapar de mi casa sin que nadie lo notara, o creaba alguna excusa con el fin de salir. No podía dejar de ir, allí yo sentía distintas emociones, aquel grupo de personas me contagió la pasión por un ideal,

la lucha real por una causa válida. Sentí admiración por el primer estadista judío desde la destrucción de Judea. Aquel hombre concilió una política, el movimiento sionista y fue él mismo: Teodoro Herzl, su dirigente.

Por un tiempo las pesadillas desaparecieron y yo despertaba por las mañanas tranquilo y fresco.

Mi madre estaba cantando en la cocina, y yo cerca de ella leía unos artículos, cuando mi padre se acercó llevando en la mano un pequeño cuaderno negro.

-¡Mira, Reitze, ahora sí podemos irnos!

Ella tomó el cuaderno, primero lo miró, y luego lo leyó detenidamente.

-¿Qué es eso, mamá? -pregunté.

-Toma, Móishele, entérate tú mismo, léelo.

Lo leí y dije:

-¿Adónde vamos a ir?

Mi madre contuvo las lágrimas unos minutos. Luego se echó a llorar.

-¡A América, allí está el tío Jaim y su familia; ellos nos esperan, nos van a ayudar, son muy buenas personas!

-¡Papá! ¿Por qué mejor no vamos a Palestina?

Mi padre se fue al salón sin decir una sola palabra. La idea de ir a América no me disgustaba, porque tenía ilusión de ver de nuevo a Málkele, tantas veces pensé en ella, soñé con ella, deseé como loco volver a verla. Recuerdo cuando la conocí poco antes de la celebración de mi bar mitzva. El abuelo me había llevado a una ciudad cercana donde vivía un pariente que era sastre, con la intención de que me confeccionara un traje para ese acontecimiento, sería el primero que tendría. El tío Jaim era cuñado político del abuelo. Después de la muerte de la abuela dejaron de visitarse con la misma frecuencia.

Aquella mañana bien temprano el abuelo y yo subimos al carro y fuimos hasta allá. Cuando llegamos el tío Jaim nos recibió contento. Tenía una sonrisa contagiosa, parecía un hombre sencillo de buenos sentimientos, desde ese momento lo empecé a apreciar. Si no

fuera por la barba matizada de canas, y una curvatura en la espalda, parecería un niño. Sus ojos eran pequeños, azules, casi transparentes. Vestía saco largo y negro, semejante al que usaba el rabino Elías, llevaba colgada al cuello una cinta métrica gastada y un dedal herrumbrado en el dedo del corazón.

-¡Entren, por favor! Tengo tanta suerte de que estén conmigo, en mi casa -dijo.

Entramos, la casa era parecida a él, alegre, llena de plantas y de pájaros multicolores que trinaban dentro de sus jaulas.

Mindú, su mujer, vino también a saludarnos y a darnos la bienvenida. Era risueña como el tío Jaim, más alta y grande que él.

De inmediato llamó a sus hijas y una a una se fueron acercando a saludar.

-¡Esta es Dóbbele, la más chiquita! -dijo el padre orgulloso. La pequeña gateaba a los pies de su madre.

Después se acercó otra niña un poquito más grande que la anterior, ésta ya daba pasos decididos y no se despegaba de la pollera de la tía Mindú. Tímidamente nos miraba, curiosa. La presentaron como Rójele. Sórele se presentó sola, era robusta, tenía los cachetes rojos y el pelo negro, enrulado. Era la más parecida a la tía Mindú.

-¡Málkele, Málkele! -llamaba la tía-, ven, hija, quiero que conozcas a unos parientes de tu padre, que llegaron de Varsovia.

Tras el llamado de la madre, apareció la hija mayor.

Málkele era diferente a las demás. Apenas la vi, mi pecho palpitó, como si me hubieran asustado. La mejilla me ardía, las palabras se me atragantaron en la garganta, no pude hablar, sentí vergüenza. Málkele era casi tan alta como yo, tenía los mismos ojos del padre, claros y soñadores, el pelo rojizo, recogido en dos anchas trenzas que le caían a cada lado. Era hermosa. Por más que lo intentaba no podía apartar mis ojos de los de ella, ni después apartarla de mis fantasías. Pasamos todo el día en la casa del tío. Como el viaje era largo y cansador, el abuelo prefirió tomar tinas horas de descanso. La familia nos atendió igual que a príncipes, la tía cocinó pescado, como le gustaba al abuelo. El tío en ningún momento dejó de hablar de América, era su único tema.

-¿Por qué hablas tanto de América, Jaim? -preguntó el abuelo en un momento de la conversación.

-¡Sabes, mi querido amigo, me preocupa mucho vivir en Polonia, tú ya sabes, no hay trabajo, se escucha y se lee mucho sobre una posible guerra!

-¡Jaim, no te preocupes tanto! -respondió el abuelo.

-¡Hay tantas cosas que me preocupan! Lo más terrible es que no tengo un solo hijo varón. Cuando me muera, ¿quién va a rezar una oración por mí? Le pido a Dios todas las noches durante mis plegarias que me mande un hijo varón, y que ilumine a mis cuatro hijas mujeres para que en sus caminos encuentren buenos hombres, se casen y yo pueda tener la gran satisfacción de acompañarlas hasta el palio nupcial. No quiero morir antes que Dios me conceda estos pedidos. Yo soy un buen hombre, ¿verdad?

-¡Seguro, seguro, Jaim, eres un buen hombre! -respondió el abuelo, asintiendo además con la cabeza.

-Honro la palabra de Dios -siguió diciendo el tío Jaim- cuido a mi mujer, como ningún otro hombre; no tengo fortuna, pero a mi familia no le falta pan, trabajo desde la mañana bien temprano hasta la noche, solamente para darles todo a ellas, que no les falte nada, todo lo que tengo es para ellas, soy un hombre honesto, sin vicios, a veces una copita de más, pero no soy ningún borracho, que Dios me arranque los dedos -escupió a un lado- si digo mentiras. Y tú sabes ¡cuánto valen mis dedos! Sin ellos no puedo trabajar. No pido nada más, sólo satisfacciones, quiero satisfacciones.

-Jaim, te mereces muchas satisfacciones, y estoy seguro que Dios te las va a conceder, tú lo mereces, y tu familia también.

-¡Tú también eres un buen hombre, también mereces satisfacciones, mi buen amigo!

El día se fue rápidamente, teníamos que volver, aunque yo prefería quedarme todo el tiempo, me divertían las palabras del tío Jaim, jugué con las niñas, disfruté de la comida y de la amabilidad de la tía Mindú y sobre todo de la belleza de Málkele. Antes de despedirnos el abuelo invitó a toda la familia para la celebración de mi bar mitzva.

Nos despedimos. Tomamos el camino de regreso. Durante el viaje sólo pensaba en Málkele, en sus ojos; me quedó el sabor dulce de su mirada. Por varios motivos esperaba ansioso que llegara el día de la celebración de mis trece años, por lo que significaba a partir de ella mi compromiso con el judaísmo, dejaba de ser un niño y adquiría la responsabilidad de un hombre, al ser llamado por primera vez a leer la Torá. También lo esperaba ansioso para volver a ver a Málkele.

Pero una vez más mis deseos no dejaron de ser solamente eso: deseos, la realidad fue triste. Unos días antes de la fecha cuando volví de mis clases de la casa del rabino, encontré al tío Jaim hablando con mi padre. Vino especialmente a traerme el traje encargado y además un libro de regalo: «El pilar del servicio» de Baruch Kossover. Me pidió disculpas por no poder estar el día de mi bar mitzva. Él y toda su familia se iban a América. Por fin se iban. Eso significaba que Málkele no vendría. El pensar que no la volvería a ver me dejó muy triste.

El tío Jaim compartió la comida con nosotros y poco después se despidió, pero antes le entregó a mi padre un papelito doblado.

-Acá está escrita nuestra nueva dirección, por si alguna vez la necesites, siempre mi casa estará abierta para ustedes -dijo, y se fue.

Yo también abandoné la mesa, volví a la casa del rabino Elías, a las clases de Talmud. Durante la tarde, el rabino nos habló del Mesías y nos explicó que con su llegada el mundo por fin será liberado.

Yo no presté atención a esas ni a las siguientes palabras que dijo el rabino: me sentía enojado y triste.

Aquella mañana desperté bien temprano, el frío no daba tregua y de nuevo la ciudad amaneció cubierta de nieve. Fui hasta la cocina en busca de un vaso de leche y encontré a mi padre revisando papeles. En medio de aquel desorden identifiqué el papelito que le había dejado el tío Jaim con su nueva dirección.

-¿Qué haces levantado a estas horas, Móishele? -me preguntó.

-No podía dormir. ¿Y tú, papá?

-¡Como ves, estoy ordenando estos papeles!

La decisión de ir a América y no a Palestina era una de mis tantas preocupaciones, quise preguntarle a mi padre la razón, pero el miedo a la respuesta me detuvo, aunque finalmente me atreví y dije:

-¡Papá!

-¿Sí?

-Dime, ¿por qué no vamos a Palestina?

Mi padre alzó la vista, golpeó los puños sobre la mesa y se incorporó.

-Te prohibí visitar ese sótano sucio, donde tu tío y sus amigos arriesgan la vida de todos. Si los polacos los descubren, nos matan a todos. No te atrevas a ir nunca más. Ese lugar te está prohibido.

Los gritos de mi padre asustaron a todos en la casa, mi madre que estaba en la cocina preparando la comida tradicional de los sábados vino rápido a ver el motivo de los gritos.

-¡Otra vez están peleando, son padre e hijo y parecen enemigos!

-Reitze, hazme el favor, no te metas. Móishele pronto entenderá que en la vida no sólo existen ideales, también hay que trabajar para poder mantener con dignidad a la familia, y no como Iósel, que busca cualquier excusa para no trabajar, es un tonto.

Una vez más no coincidía con las palabras de mi padre; los ideales del tío Iósel nada tenían que ver con el trabajo. En la familia nadie lo comprendía, principalmente su mujer, la tía Yenttel, que lo criticaba diariamente por sus actividades y le recriminaba la mala vida que les daba a ella y a sus hijas. No tenían casi comodidades. Yo era aún un niño pequeño cuando ellos se casaron, pero no olvidó el rostro de la tía en aquella ocasión. Ni ese día se veía feliz. Parecía que nunca la alegría le había rozado.

Pasaron ya algunos años de aquella fecha y a pesar de ello el tío no cambió de aspecto: alto, encorvado, sus ojos parecían lejanos detrás de unos anteojos de gruesos cristales.

Fue a él a quien por primera vez oí hablar de Palestina.

Por el contrario, la tía Yenttel envejeció tanto que aparentaba más años de los que en realidad tenía. Siempre presentaba mal aspecto, su rostro era descolorido, como si por días no se hubiese alimentado. El matrimonio tenía tres hijas muy parecidas una a la otra, debido a ese parecido se las confundía con mucha facilidad; para hacerlas enojar yo llamaba a una con el nombre de la otra. Ellos vivían gracias a la ayuda económica del abuelo. El tío era pintor, pero sólo trabajaba unos días a la semana, los otros días los dedicaba a reuniones clandestinas o a disertar en mítines.

El abuelo era matarife ritual. En esa época los matarifes rituales ganaban muy poco, cada día la gente comía menos, pero las pocas monedas que traía se las entregaba a la tía Yenttel para comprar comida.

Las discusiones con mi padre siempre me producían malestar, principalmente cuando intentaba imponerme sus ideas y exigirme aceptar sus razones.

Seguí insistiendo con preguntas a mi padre, aunque sabía que las respuestas nos llevarían a nuevas discusiones.

-¡Papá! ¿Por qué piensas tan mal del tío Iósel?

-Móishele, por favor, deja de golpearme la cabeza. ¿No miras de qué manera viven la tía y las niñas, rotas y siempre hambrientas?

El rostro de mi padre se acaloró. Entonces por temor a que siga la discusión preferí callar. Aunque pensé que a él se le olvidó mencionar que también el tío Iósel recolectaba dinero destinado al Fondo Nacional judío para Palestina.

El salón quedó en silencio, mi madre regresó a la cocina, mi padre a sus papeles y yo a mi lectura: «Roma y Jerusalén» de Moisés Hess.

De nuevo sentí curiosidad, dejé el libro y volví junto a mi padre, insistiendo:

-¡Papá!

-¡Móishele! Por favor, ¿qué quieres? -dijo mi padre impaciente.

-Quiero hacerte otra pregunta.

-¡Hazme el favor, hijo, y cállate!

A pesar de su negativa, igual le pregunté:

-¿Por qué la tía Yenttel y el tío Iósel se casaron si son dos personas tan diferentes?

Esta vez mi padre respondió tranquilo.

-Todos en la familia vivíamos preocupados por el carácter tímido y retraído de Yenttel, nada le gustaba, siempre estaba cansada; no ponía interés en muchas cosas propias de su edad. Pero no sólo era su mal carácter, también su aspecto era de poca ayuda, aunque eso se podía mejorar, tampoco era alegre. A ella le faltaban muchas cualidades. El tiempo pasaba y se acercaba a la edad de encontrar un hombre con quien casarse, formar una familia y tener hijos. Ningún muchacho se le acercaba, aunque su dote era importante. Mi padre, tu abuelo, muy preocupado acudió a Feigu, la casamentera. Ella vivía en otro pueblo, fuimos hasta allá a buscarla, yo lo acompañé para que no fuera solo. Recuerdo muy bien a esa mujer, era chiquita, usaba bastón; era además muy simpática y ofrecía novios y novias como si fueran golosinas. Después de explicar el problema de Yenttel, ella pidió una foto de la futura novia. Finalmente nos despidió con la promesa de que nos avisaría cuando se presente el joven apropiado para ella. Feigu no se olvidó de cobrar por adelantado sus servicios. Pasó un tiempo largo después de aquella visita cuando recibimos noticias de ella, en la carta decía que a pesar del esfuerzo que puso en buscar un novio para Yenttel, los pretendientes nunca aparecieron. El resultado era que mi hermana seguía sin novio y el tiempo corría. La solución llegó de Galitzia, un primo apareció de visita, y contó que tenía un pariente lejano en edad de casarse, pero la desgracia era que tampoco tenía suerte, seguía soltero, todas las jóvenes que le presentaban no le gustaban, el primo aseguró que era una buena persona, pero un poquito revolucionario. Inmediatamente se arregló el encuentro, el noviazgo y luego la boda. Los dos viejos decidieron todo. Después de haber pasado un mes de aquella reunión, el novio se presentó con una valija pequeña; en ella traía toda su ropa. Preguntó por Yenttel. Esa fue la primera vez que se vieron, y la siguiente fue en la boda. Para no perder más tiempo, Yenttel usó el traje de novia que fuera de su madre.

Mi madre interrumpió el relato:

-¡Dejen de hablar! -dijo-. Acomoden los papeles y arreglen la mesa, hoy es viernes.

El aroma a carne asada que salía del horno, nos recordaba que la noche del viernes se acercaba, siempre nos reuníamos en familia. Aunque no éramos muy religiosos igual respetábamos las festividades, las grandes solemnidades, las festividades menores y también las de peregrinaje. Como todos los viernes la casa adquiría un carácter festivo, principalmente en invierno.

Antes de la caída del sol llegaron los tíos, las niñas y el abuelo. Ellas siempre llevaban vestidos remendados y zapatos gastados, que evidenciaban su pobreza. Después de los saludos cada uno ocupó su lugar. El mismo mantel blanco que se usaba en todas las fiestas vestía la mesa y dos velas esperaban ser bendecidas, una fina servilleta bordada cubría la jala y al lado estaba la copa de vino, servida.

El abuelo sentado en la cabecera parecía un rey orgulloso frente a su pueblo.

Después de las bendiciones todos nos sumergimos en una cierta melancolía.

La comida estaba sabrosa como siempre. Todos deseábamos repetir una y otra vez. Si hubiera estado el rabino Elías, citaríamos a Maimónides y diría: «No acostumbres a refregar nuestros deseos y a contener nuestras inclinaciones considerando el comer y el beber como finalidad de la vida».

Al caer la noche empezó nuestro descanso sabático, Féiguele pronto se quedó dormido, y las niñas se entretuvieron con mis libros de historietas, que para ellas eran una verdadera novedad. Mientras la tía Yentel ayudaba en la cocina a mi madre, los hombres permanecemos sentados en la mesa, hablando y tomando té.

En un momento de la conversación el abuelo interrumpió al tío Iósel y preguntó a mi padre:

-Dovid, ¿has conseguido trabajo?

-No, padre, ahora es muy difícil encontrar trabajo.

-¿Tú crees que esta situación va a mejorar? -volvió a preguntar el abuelo.

-¡No, y cada día empeora!

-¡Qué desgracia!

Hubo una pausa, me levanté y busqué un lugar próximo al abuelo, me gustaba observarlo de cerca. Sentía mucha admiración por aquel viejo, desde muy pequeño deseé parecerme a él. Era un hombre alto, de hombros anchos y grandes manos que guardaban caricias y escondían ternura. El abuelo volvió a preguntar, esta vez se dirigió a mí.

-Dime Móishele, ¿cómo van tus estudios?

-No voy más a estudiar, abuelo.

-¿Y Féiguele?

-Él tampoco va -respondí.

-¿Por qué? Unos jóvenes como ustedes deberían estudiar, y ser buenos alumnos.

-Tuvimos problemas, abuelo, y no nos permiten cruzar la plaza para llegar a la escuela.

-¡Así no se puede vivir! -dijo el abuelo, afligido. Entonces el tío Iósel interrumpió:

-Lo más importante en este momento es irnos a Palestina, allá nos están esperando, Palestina es la única solución para los judíos de todo el mundo.

Mi padre preguntó:

-¿Y qué haríamos allá?

-Pelear por el lugar que nos corresponde -respondió el tío.

-¿De qué viviríamos?

-Existen colonias donde los judíos labran la tierra y crían ganado.

El abuelo hizo un gesto de desaprobación y dijo:

-Mira Iósel, tú eres el esposo de mi hija, así que eres como un hijo para mí, por eso te voy a dar un consejo, sal a trabajar. ¡Muchas ideas y pocas monedas! Pierdes el tiempo en reuniones y dando discursos y no te preocupas de traer alimento a tu familia.

Todos sabíamos que mi padre y el abuelo se oponían al sionismo, mientras el tío se esforzaba tratando de hacernos ver cuál era nuestra única realidad y la única solución.

A pesar del comentario del abuelo, el tío Iósel siguió hablando con el mismo entusiasmo. Mi padre desvió su mirada, esquivando la del tío Iósel.

El abuelo hizo lo mismo, pero a pesar de su descontento, prefería ver a la hija casada con el tío Iósel antes que verla soltera, el abuelo temía por la soledad de Yentel y no tan solo por la de ella sino que por la de todos nosotros, aunque en realidad era su propia soledad la que le aterrorizaba.

Después de quedar viudo, no quiso esa experiencia para sus hijos. Varias veces me contó cómo fue su vida. El abuelo siempre trabajó como matarife ritual, venía de una familia de religiosos. La pareja tuvo tres hijos: mi padre, la tía Yentel y otro más pequeño. Una epidemia de tifus se llevó a la madre y al hijo. Después de esa desgracia el abuelo se mudó a Varsovia y se dedicó por entero a sus hijos y a su trabajo. Crió solo a mi padre y a la tía. Varias veces se acercaron amigos y casamenteras ofreciéndole buenas mujeres, para

un nuevo matrimonio. La abuela también tenía una hermana aún soltera, en edad de casamiento, con quien el abuelo podía casarse para así cumplir con la ley del Levirato, pero tampoco lo aceptó. Se quedó solo. Respetó siempre la memoria de su mujer. Pocas veces hablaba de ella, y cuando la mencionaba, sus ojos brillaban, húmedos.

Se hizo tarde, cayó la noche, los tíos se despidieron y regresaron a su casa, el abuelo decidió quedarse a dormir en la nuestra. Mis padres también se despidieron y fueron al dormitorio, en el salón quedamos solos mi abuelo y yo. Me levanté y fui hasta la ventana, el vidrio estaba empañado y no se veía el cielo. Pasé un trapo y entonces vi que la noche estaba clara. El abuelo acercó el sillón y se sentó a mi lado.

-Ven, Móishele, siéntate sobre mis piernas, ya no tienen la misma fuerza de ayer pero algo queda, ven, hijo.

-¡Pero abuelo, ya no soy un niño!

-Para mí siempre lo serás. ¿Recuerdas cuando te quedabas dormido entre mis brazos?

-¡Sí, abuelo, lo recuerdo, y extraño esos momentos!

-¿Sabes, Móishele, en memoria de quién llevas ese nombre?

-No, abuelo. ¿Tú lo sabes?

-¡Claro! Por mi padre, se llamaba Moisés.

-Abuelo, cuéntame sobre tu padre, nunca me hablaste de él.

Se acomodó, me acarició el cabello, miró las velas del sábado que iluminaban su rostro con un resplandor suave.

-¿Quieres saber todo sobre él? -dijo.

-¡Sí, abuelo!

Bueno, hijo, te lo contaré. El viejo, mi padre, que en paz descansa, fue el gran rabino de una aldea. Mantenía a su mujer y a sus hijos dignamente, cerca de la casa donde vivíamos funcionaba una escuela superior judía, allí recibía a los estudiantes de otras ciudades que se interesaban en estudiar el Talmud. También estaba la casa donde las mujeres tomaban el baño ritual, el asilo, la sinagoga y el corral donde mi madre criaba gansos. Era un hombre muy religioso. «Vendrá el Mesías y el mundo por fin será liberado», decía, con esperanza mesiánica.

Él me enseñó el oficio de matarife. No se me olvida la primera vez que me enseñó a matar un ave, yo era muy joven, como tú ahora. Nos sentamos uno frente al otro, eligió dos gansos, los más gordos; tomó uno y me lo dio a mí. Lo sostuve entre mis piernas mientras él con un cuchillo especialmente afilado, le cortaba de una sola vez el cogote. El animal no

sufrió, pero yo sí, a mí me temblaban las manos y las piernas, tuve miedo y lástima por el pobre ganso, y eso no fue todo, después me obligó a repetir con el otro lo que él había hecho. ¡Tuve que hacerlo! No podía fallar frente a los ojos de mi padre.

-Abuelo, ¿qué pasó después?

-Una noche, durante un pogrom, los cosacos atacaron. Prendieron fuego a los techos, saquearon las casas, mataron mujeres y niños sin compasión, una masacre, una verdadera masacre.

-¿Cómo fue que ustedes se salvaron? -pregunté.

Las pisadas de los caballos nos despertaron. Mi madre y mis hermanas corrieron y fueron a refugiarse al monte, mientras mi padre corría gritando: ¡Prenden fuego a la sinagoga! Yo lo seguí y también un cosaco. Mi padre pudo llegar hasta el Arca Sagrada. La abrió y se abrazó a los rollos y en ese momento recibió la muerte de un sablazo. Quedó allí tirado en el suelo, abrazado a los rollos de la Torá, junto a lo que toda su vida amó y respetó.

-¿Qué hiciste tú cuando viste todo esto? -volví a preguntar.

-Después de presenciar aquella escena tan dolorosa, corrí al monte junto a mi madre y mis hermanos, yo conocía el refugio donde encontrarlos.

-Abuelo, ¿te pone triste recordar?

-No, Móishele, me ponen triste otras cosas, pero nunca hay que temer recordar, siempre hay que luchar por recordar. Es lo que nos mantuvo vivos por generaciones y generaciones: la memoria. Sabes algo muy lindo Móishele, tú eres muy parecido a él; heredaste su mirada y sus pecas.

También heredé el justo sentido de la rebeldía -pensé-, aquella rebeldía que mi padre temió y después reprimió.

-Moisés, mi padre -continuó diciendo el abuelo-, venía de una familia de rabinos; él también hubiera querido que yo lo fuera. Pero después de su muerte tuve que salir a buscar pan, yo era el mayor y en Rusia era difícil sobrevivir. Tenía a mi madre y a mis hermanas que mantener.

-Abuelo, cuéntame algo más de tu padre.

-Te voy a contar una de sus tantas historias. Gracias a Dios para él no existían problemas, hallaba las soluciones de la mejor manera y trataba de que nadie saliera lastimado. Una vez se presentó un hombre a nuestra casa y le contó toda su lamentable vida: su mujer siempre estaba triste, se quejaba todo el tiempo de su mala suerte, Dios le dio salud, un buen marido, hijos sanos y fuertes y no sólo eso, también bienestar, pero ella nunca estaba contenta. Cuando alguien se cruzaba en su camino y le preguntaba cómo se

encontraba, no terminaba de relatar todas sus desgracias y penurias. En su boca sólo tenía quejas y en su alma sólo existían amarguras. Un día el hombre se presentó desesperado, ya sin saber qué hacer, a hablar con mi padre, el rabino. Su aspecto era el de un hombre triste y abatido, pidió hablar a solas con él. El pobre hombre lloraba desconsoladamente igual que un niño, mientras decía que ya no podía seguir viviendo con aquella mujer que era su esposa, quería solicitar el divorcio. Después de muchos años ya había perdido totalmente las fuerzas y las esperanzas de que alguna vez ella cambiara, tampoco quería abandonarla porque era la madre de sus hijos, aunque en estos casos el pedido de divorcio era aceptado. Había perdido las ganas de trabajar y hasta de vivir. Rogó a mi padre un consejo. Durante días él se pasó encerrado en su despacho buscando la solución, hasta que, por fin, unos días después la encontró. Fue casa por casa y llamó a todos los habitantes de la aldea pidiendo que cada uno escribiera en un papelito su problema y lo dejara en un canasto que estaba ubicado en la puerta de la sinagoga; también a la mujer del hombre infeliz pidió lo mismo. Todos obedecieron y dejaron su papelito como se les había pedido. Aquella mujer, en vez de poner un papelito puso cien. Mi padre luego de juntarlos la invitó a que viniera a casa a leer cada problema y elegir entre ellos aquellos que a ella le parecieran menos difíciles de solucionar. Cuál fue la sorpresa que eligió los cien suyos. Desde aquel día nunca más se escuchó una sola queja escaparse de su boca. Se transformó en una mujer alegre y simpática. Su marido como agradecimiento le regaló al rabino un canasto grande, también le deseó para el resto de sus días, prosperidad.

-Sabes, abuelo, creo que tu padre fue un gran hombre. Estoy orgulloso de llevar su nombre.

Luego miré a los ojos del abuelo y dije:

-Abuelo.

-Sí.

-¡Pronto nos vamos!

-¿Adónde? -preguntó frunciendo la frente.

-¡A América!

Sus ojos quedaron clavados en los míos. Me tocó la cabeza y me bendijo. Ese fue el último viernes que pasamos juntos y la última noche que quedé dormido abrazado a él.

Mi madre empezó a empacar; el viaje dejó de ser una simple idea.

Apartó la ropa menos estropeada y la acomodó en dos valijas; las otras, las más gastadas se las dio a la tía Yenttel para que la usaran las niñas. Varias veces oí decir a mi padre: ¡No podemos llevarnos todo!

La casa estaba en completo desorden: ollas en el dormitorio, ropa en el salón, como si hubiera pasado una tormenta.

Mis padres se ocupaban todo el tiempo de la mudanza, eso les mantenía distraídos y por ello no notaban mis ausencias cuando escapaba para ir a las reuniones en la casa del tío Iósel. Ahora estaba más informado sobre el sionismo y el socialismo: «El nuevo Ghetto», «El estado judío», «Vieja y nueva patria» escritos por Teodoro Herzl eran mis lecturas del momento. Cuando el tío podía, también me leía poemas de autores como Bialik, Jacob, Schneyur, Cohen, escritos en hebreo, él conocía ese idioma, lo leía y escribía igual que el alemán, polaco y ruso. También me informó sobre otros grupos sionistas más antiguos como «Joveve Sion».

En pocos días mi madre terminó de empacar lo más importante. Por último tomó el sobre donde guardaba las fotografías, y mientras las revisaba se detuvo en una, la miró por largo tiempo, después la besó y la metió de nuevo dentro del sobre junto a las demás: era el retrato de su madre.

Envolvió en una sábana vieja el juego de cubiertos de plata, también la colcha que ella había confeccionado con las plumas de ganso que el abuelo juntó especialmente para ella.

Esa mañana partíamos. El día amaneció sombrío. Cargamos la carreta con las valijas, el baúl donde yo escondí unos libros y otros bultos.

Motke, el librero y su hijo Ittele vinieron a ayudar, el rabino Elías con su mujer y todos sus hijos también estaban ayudando. El rabino me regaló un libro para entretenerme con la lectura durante el viaje: «La guía de los descarriados» de Maimónides. Sara, la mujer del pescadero, trajo a mi madre unos tarros con dulces y otros con grasa de gallina. El equipaje ya estaba acomodado en el carro, y yo también.

Parecíamos judíos de otros tiempos escapando de Rusia, ellos llevaban todo cuando se mudaban, hasta sus animales.

Me parecía estar dentro de un sueño increíble. Nos estábamos alejando de los amigos y del barrio. Mi madre subió también al carro y después subió Féiguele, sólo faltaba mi padre. A ella se le llenaron los ojos de lágrimas; se ató la cabeza con un pañuelo y así parecía otra mujer, de más edad, era como si de pronto los años le cayeron encima. Después de unos minutos mi padre salió, cerró la puerta, subió al carro y nos pusimos en movimiento. Detrás de nosotros la casa quedó abandonada y vacía. Volví la mirada, allí estaba el ático, mi refugio, mis libros, ellos también quedaron solos. En el trayecto a la estación quise llorar, pensé en el rabino Elías, en su familia, en Ittele, en la escuela, estaba triste, me sentía mal, nadie entendería lo que yo sufría en esos momentos. Resignado,

acurruqué mis penas y quizá buscando ayuda miré a los ojos de mi padre, pero en ellos sólo encontré una mirada lastimera.

Por fin llegamos a la estación. Un hombre ayudado de una pala separaba la nieve de las vías, el viento soplaba fuerte. Féíguele de nuevo enfermó, tenía fiebre, tosía. Yo sentía frío, mucho frío, al punto de hacerme estremecer.

Me acerqué a mi madre.

-Mamá, mamá, tengo mucho frío -dije.

Ella me puso otro saco más pesado sobre el que ya tenía, y una bufanda, pero de nada servía, yo sentía frío por dentro.

El tío Iósel, su familia y también el abuelo estaban en la estación para despedirnos, yo hubiera preferido que nadie fuera. La tía Yenttel se acercó a mi madre y le entregó un canasto con galletas, gallina asada, huevos cocidos, frutas secas. Cuando lo vi, sentí pena, yo sabía la situación de ellos, y todo lo que significaba esa comida para las niñas y pensé en el hambre que siempre sentían. El abuelo también se acercó a mi padre y se alejaron juntos unos pasos. Apartados del resto, el abuelo le dio una bolsita llena de monedas, dentro de aquel saquito de gamuza gastada se encontraba toda su fortuna. Después me llamó y me dijo:

-Ven, Móishele, toma, esto fue de mi padre y ahora quiero que sea tuyo, espero lo cuides. Úsalo y luego guárdalo para cuando tengas un hijo y lleve mi nombre. Es una vieja armónica; algunas noches él la tocaba, ahora quiero que sea tuya.

-Pero, abuelo, si tú estás vivo. ¿Cómo me pides algo así?

-Para entonces, cuando tú tengas hijos, seguro que ya no estaré.

Sus ojos y los míos se pusieron llorosos, en la garganta se me hizo un nudo; tampoco podía hablar.

El abuelo se dio cuenta de mi tristeza y para ahuyentarla me ofreció un caramelo; llevaba siempre los bolsillos cargados de ellos, para convidar a los niños que se acercaban a él.

-No, no quiero, abuelo, gracias.

-¡Abre la boca! -insistió.

Sentí como si me dieran un medicamento para las lágrimas pero no para el dolor.

El tren silbó, una y otra vez. Teníamos que partir, llegó el momento. Corrí desesperado a abrazar a mi abuelo. Sus brazos me rodearon, se aferraron a mi cuerpo, con fuerza, con ternura, yo rogaba en silencio no separarme de él.

-No llores, Móishele, pronto nos veremos.

-¿Me prometes, abuelo, que muy pronto vas a reunirse con nosotros?

No tuve respuesta.

-¡Que tengas mucha suerte, mi tesoro, respeta siempre a tu padre y a tu madre, cuida de tu hermano y de ti también!

El abrazo duró unos minutos. Dentro de mí sabía que era el último. No habría más.

-Abuelo, te voy a extrañar.

-Yo también a ti, mucho, pero aún eres joven y fuerte, tienes toda la vida por delante.

Me despedí de la tía Yenttel, la besé en la mejilla y lo mismo hice cuando me despedí del tío Iósel; él me abrazó con fuerza y me dijo:

-Donde estés, podés luchar, siempre hay algo que hacer, recuerda eso.

También me regaló un libro de Stupnicki, sobre Spinoza, y otro: «Ética» de Spinoza.

Cuando subía al tren sentí un escalofrío que me recorrió el cuerpo. Detrás de mí subieron Féiguele y mis padres. Me acomodé en el tercer vagón, al lado de la ventanilla. Desde mi asiento miré por la ventana a la familia de la tía Yenttel, volví la cara y vi al abuelo: estaba allá, parado, próximo a las vías, despidiéndose. En ese momento lo sentí más cerca de mí, como nunca antes. Levanté la mano para saludarlo. Él abrió los brazos como si fuera a abrazar, pero los dejó caer débilmente. Sacó del bolsillo trasero del pantalón un pañuelo y con él se secó las lágrimas.

El vapor gritó y trozos de cielo se opacaron. Detrás de la humareda lo vi a mi abuelo hacerse cada vez más pequeño. Me quedó su figura, solitaria y quieta, en un rincón de la memoria, abandonada.

El tren se puso en marcha, iba abarrotado de pasajeros, algunos viajaban parados, no había casi espacio para el equipaje, acomodamos las valijas bajo los pies, mi madre llevaba sobre su regazo la canasta que le había dado la tía Yenttel.

Las ganas de llorar no se me iban. ¿Cómo sería América? ¿Qué pasaría con los que se quedaban? ¿Habría guerra? No dejaba de preguntarme.

El viaje en tren se hacía largo, cerré los ojos y me quedé dormido. Soñé con Málkele que me llamaba a gritos, en medio del bosque. Varias fieras se aproximaban para atacarla. Yo luchaba para salvarla pero todo el intento que hacía era inútil: no podía, estaba atado a un árbol mientras ella gritaba pidiendo ayuda.

-¡Móishele, Móishele!, despierta, y ayuda a tu madre.

La voz de mi padre me despertó, estaba inquieto, tembloroso, suspiré y volví a suspirar.

-¿Qué necesitas, papá?

-Ayuda a tu madre -dijo.

Ella sostenía a Féiguele, quien estaba más enfermo que nunca, tosía casi hasta ahogarse; tomé el canasto para que ella pudiera atenderlo mejor.

-¡Se va a morir! -decía. El miedo no le permitía serenarse.

-¡Qué desgracia! Sólo a mí me pasan estas cosas. Es una desgracia -se lamentaba.

Transcurrieron las horas y Féiguele mejoró, la tos se le fue. El sol se alejaba cuando escuchamos un ruido extraño. Todos quedamos quietos, nos mirábamos tratando de adivinar lo que pensaba el otro.

El tren se detuvo. Permanecimos en nuestros asientos, temerosos. Las puertas se abrieron, y por fin el aire se renovó. Habíamos llegado a Gvynia, la ciudad donde tomaríamos el barco.

Bajamos del tren y caminamos con nuestros equipajes hasta el puerto. Nunca antes había visto el mar, era la primera vez que me encontraba frente a él, me sentí tan pequeño. La mirada se me extravió en el horizonte. El viento estaba calmo, dejó de nevar, una línea fina de agua se deslizaba a un lado de la calle. El sol apenas se asomaba y tibiamente nos abrigaba.

Recordé cuando el abuelo y yo íbamos de pesca. Bien temprano, preparábamos la canasta, la llenábamos con frutas frescas, pan, paté de hígado, e íbamos al río. Caminábamos por la arena mojada, descalzos, él siempre iba adelante y yo detrás pisando con cuidado sus huellas. ¡Deseaba tanto que mis pies fueran tan grandes como los suyos!

-¿Qué haces caminando detrás de mí, Móishele? -decía el abuelo.

-Veo cuánto le faltan a mis pies crecer para llegar a ser como los tuyos, abuelo.

-¿Por qué?

-¡Para ser un hombre como tú! Quiero parecerme a ti, abuelo. Era así, yo deseaba, cuando niño, parecerme a él. Estar a su lado me daba mucha seguridad. Yo lo quería.

Siempre deseé estar frente al mar, ahora por fin lo conseguí. Tantas veces soñé, imaginé. ¿Cómo sería? ¿Qué sentiría, al verlo? En ese momento estaba frente al mar pero triste, sin el abuelo. Entonces entendí que creer en los sueños es sólo cosa de niños.

Nos pusimos en una fila larga. ¡Nuevamente las filas! Mi padre presentó los documentos en una ventanilla, un hombre los selló, entonces pudimos subir al barco. El barco se llamaba «Alcántara», el nombre estaba escrito, en una rueda, con pintura blanca, y en el centro decía: «Un grupo de pasajeros polacos de clase pobre que vienen a Sudamérica».

La cabeza me daba vueltas, me mareé, sentí ganas de vomitar, abajo las olas peleaban unas con otras.

A los pasajeros nos separaron en clases, nosotros éramos de tercera clase. Un marinero se acercó y nos habló en un idioma totalmente desconocido, no lo podíamos entender, nos indicó con la mano que lo siguiéramos y así lo hicimos. Bajamos varios escalones angostos, teníamos que agachar la cabeza para evitar lastimarnos con el techo. Llegamos a un corredor largo y oscuro; a cada lado se sumaban una puerta tras otra. En una de ellas paramos, el marinero la abrió. Nuestro camarote era pequeño, tenía cuatro literas. Nos quedamos unos minutos mirando a nuestro alrededor, sorprendidos. Todo era nuevo.

Mientras nos estábamos acomodando, la puerta volvió a abrirse y aparecieron un marinero y un joven. Éste, por su apariencia, parecía de más edad que yo. Tenía marcas de adolescencia en el rostro, llevaba una boina verde, simpática que hacía resaltar el color negro de sus ojos. Usaba pantalones largos y tirantes, el traje le iba ceñido, como si fuera de otro. Recordé a las hijas de la tía Yenttel que siempre vestían ropas heredadas o prestadas.

Tímidamente y avergonzado acomodó su equipaje sobre la cama. Mi padre esperó un momento y luego le preguntó:

-¿Cómo te llamas?

-Hérshele.

El tono de su voz no era todavía el de un hombre.

-¿Adónde vas?

-¡A América! Me espera mi hermano, él me mandó el pasaje.

Sus manos lentamente se fueron despegando de la cinta de la valija, y su mirada del suelo.

Mi madre le ofreció una galleta y mi padre le ayudó a sacarse el saco.

-Vamos a pasar mucho tiempo en este barco -dijo mi padre-, es mejor que te pongas cómodo. Mira Hérshel, te voy a presentar a mi familia: él es Féiguel, éste es Móishele. Reitze, mi mujer, y yo me llamo Dovid. Todos, como tú, vamos a América.

Aunque los días transcurrían, era como si el tiempo se hubiera detenido. Yo dejé de soñar y el futuro dejó de preocuparme.

Málkele se alejó de mis sueños. La lectura dejó de ser importante; en cambio, me entretenía conversando y jugando con Hérshel. Mi padre pasaba largas horas en cubierta mirando el mar, ausente, y Féiguel no se separaba nunca del brazo de mi madre. Ella no le permitía ir con nosotros y se justificaba diciendo que lo veía enfermo.

Sin embargo, el aire marino benefició la salud de mi hermano, dejó de toser, y respiraba sin dificultad.

Hérshel se convirtió además de compañero de camarote en mi amigo; manteníamos largas conversaciones y compartíamos juegos.

Mi madre también lo atendía a él como a un hijo. Hérshel siempre tenía buen apetito, para mi madre, eso era toda una bendición, deseaba vernos comer mucho y bien, como Hérshel. La comida que nos daban era mala y en pequeñas raciones; a veces regalaban manzanas a los niños.

Hérshel siempre hablaba de su familia, me contó que su padre había sido director de una importante biblioteca en una universidad de Varsovia. Pero la universidad se cerró y como la mayoría de las personas quedó sin trabajo. La madre era concertista de violín, pero tuvo que trabajar como lavandera para poder comprar comida. Hérshel había heredado las cualidades de la madre, le gustaba la música, y ejecutaba varios instrumentos. El hermano mayor salió de Polonia hacía ya varios años. Siempre en sus cartas escribía el deseo que tenía de que la familia se reuniera con él en América.

Una tarde Hérshel y yo nos sentimos aburridos, entonces decidimos hacer un recorrido por el barco. Subimos unas gradas. Arriba todo cambiaba, los pasajeros eran diferentes. Nuestros ojos se abrieron sorprendidos cuando vimos aquel salón. Era tan grande como una casa, o quizás más. Sobre una mesa larga que cruzaba el salón se exhibían toda clase de manjares, carnes, frutas, dulces, bebidas.

-Nunca vi tanta comida junta -dijo Hérshel deslumbrado-, y mira los pescados, parecen vivos.

Los ojos se me iban detrás de las fuentes.

La música que se oía era suave; algunos pasajeros comenzaron a entrar, las mujeres llevaban pieles, trajes largos, brillosos, y en los dedos vestidos de guantes las alhajas relucían. Los hombres vestían trajes de etiqueta. Parecían personajes escapados de cuentos.

Hérshel se acercó y me habló despacio como si fuera a contarme un secreto.

-Entremos y comamos todo lo que se nos ocurra, ésta es nuestra oportunidad.

-Mejor vamos, si nos encuentran aquí nos tiran al mar -respondí.

-¡No tengas miedo! Estás conmigo, yo te protegeré, nada malo nos va a ocurrir.

Ni bien terminó de pronunciar la última palabra, detrás de nosotros aparecieron dos marineros. Nos tomaron de la ropa y a empujones nos llevaron hasta la escalera. Nuestra ilusión duró poco tiempo, volvimos enojados y más hambrientos que antes. En el camino de regreso a nuestro camarote nos cruzamos con un hombre a quien conocíamos de Varsovia, se veía enfermo, pálido, caminaba encorvado. Con las manos se apretaba el estómago, sufría de náuseas y sudaba descontroladamente. Lo ayudamos a llegar hasta su camarote, el resto de su familia estaba de igual forma, todos enfermos. Les tomó una epidemia. Por un tiempo ese piso se aisló. Nadie podía entrar ni salir.

Las semanas transcurrían, los puertos se sucedían, las aguas cambiaban de nombre, perdiéndose en la memoria. Dejé de soñar y di descanso a mis fantasías; también abandoné la lectura.

Una tarde, el paisaje cambió, no era el mismo. La neblina opacaba el horizonte y a lo lejos el agua y la tierra se unían. Fue cuando se escuchó en los parlantes la voz del capitán decir: -¡Buenos Aires!

Era un nuevo puerto, para Hérshele significaba el final del viaje. La última noche que pasamos juntos, ni él ni yo dormimos, hablamos de nuestros miedos y nuestras angustias. El barco atracó al amanecer, estaba clareando, todos los pasajeros desembarcamos.

Me despedí de Hérshele con un abrazo y con la promesa de escribirnos siempre y volver algún día a encontrarnos. Luego se despidió de mi madre, de mi padre y de Féiguele. Cerré los ojos para no ver cuando se alejaba, pero cuando de nuevo los abrí, lo vi abrazado a un joven más alto y robusto pero muy parecido a él. Hérshele había encontrado a su hermano. Los dos se alejaron juntos, nosotros nos cambiamos a una embarcación más pequeña. Esta vez éramos los únicos pasajeros polacos.

Empezamos el tramo final de nuestro viaje, ahora las aguas que navegábamos eran mansas, tranquilas, regalaban calma. A mi madre le preocupaba qué haríamos si al tío Jaim se le olvidaba ir a esperarnos. ¿Qué pasaría con nosotros?

-Dovid. ¿Y si Jaim no recibió tu carta? ¿O si le sucedió algo malo y nosotros no sabemos?

Como siempre sucedía, mi madre estaba de nuevo presa de sus angustias.

-¡Por favor, Reitze, no te preocupes! Tú sólo cuida a Féiguele y cállate.

Mientras ellos discutían yo pensaba en Varsovia. El recuerdo del abuelo en la estación se repetía una y otra vez, no podía alejarlo de la mente. Pensar en Málkele, en que pronto la volvería a ver distrajo por un momento mi tristeza. ¡Pronto la vería de nuevo! Tantas veces soñé con ella. ¿Estaría igual? El barco asomó la proa a la playa. Miles y miles de naranjas desparramadas, sobre la arena, doraban el paisaje; hacía mucho calor, el sol ardía, rabioso.

Desembarcamos, me acerqué a mi padre, buscando su protección. Él me tomó del hombro y caminamos juntos. Mi madre y Féiguele iban detrás.

Fuimos hasta la aduana.

Un hombre de tez oscura revisó nuestros pasaportes. Inútilmente intentó pronunciar nuestro apellido, resignado, selló el documento y lo devolvió a mi padre. Hablaba en un idioma desconocido. No lo entendíamos. El calor era cada vez más intenso, insoportable. De pronto vimos al tío Jaim y todos quedamos tranquilos.

Mi madre comenzó a llorar y mi padre dijo:

-¡Llegamos! Allá está Jaim, esperándonos. Reitze, ya no tengas miedo.

-¡Gracias a Dios! -contestó mi madre.

El tío Jaim se acercaba saludándonos con los brazos en alto, y no ocultó su emoción cuando se abrazó a mi padre. Luego hizo lo mismo con mi madre y entonces algunas lágrimas corrieron por su rostro, también nos saludó a mi hermano y a mí con igual emoción; y después de recorrernos con la mirada dijo asombrado:

-¡Miren cómo crecieron estos muchachos! Gracias a Dios. Están tan altos como yo, recuerdo cuando los vi por última vez, Móishele era aún un niño. Bueno, así es la vida -agregó, con un gesto de resignación-, mientras los hijos van para arriba, los padres vamos para abajo.

También a mí me sorprendió verlo tan igual a aquella mañana cuando el abuelo nos presentó. No había cambiado su aspecto, como si los años no hubieran transcurrido para él. Lo recordaba sentado en el patio de su casa, cosiendo y silbando, rodeado de plantas y pájaros. Ahora me parecía extraño verlo lejos de Polonia, como si él sólo perteneciera a aquel escenario.

Permanecíamos parados mirándonos unos a otros en silencio. De nuevo el temor a lo desconocido nos dejaba paralizados, a pesar de que teníamos miles de preguntas que

hacerle. Yo deseaba preguntar por Málkele. ¿Por qué no estaba junto a él? ¿Por qué no vino? Pero mi timidez me venció y no pude hablar.

El tío preguntó a mi padre:

-Dime, Dovid. ¿Te sucede algo malo? ¿Te encuentras enfermo?

-¡No, Jaim! Es sólo el cansancio, ya sabes cómo es el viaje -respondió mi padre.

-Entonces vamos, no podemos quedarnos todo el día acá parados.

Luego de pronunciar estas palabras, el tío Jaim lanzó un silbido, y a los pocos minutos se acercó a nosotros una carreta guiada por un hombre que llevaba el torso desnudo y los pies descalzos. Bajó de un salto y presuroso ayudó a subir las valijas; después subimos también nosotros.

De pronto la carreta se movió y fue entonces cuando tomamos el camino para llegar al destino final de nuestro largo viaje: ¡La casa del tío Jaim! Ya no tolerábamos el cansancio y la ansiedad por llegar, llevábamos la ropa húmeda de sudor y estábamos sedientos.

El último trayecto, el del puerto hasta la casa, se hizo más tedioso de lo previsto y duró todo el día. La polvareda se levantaba a cada lado del camino, dejándonos casi a ciegas.

El rostro de Féiguele estaba tan acalorado que parecía un carbón encendido. Al tío Jaim le preocupaba vernos tan decaídos y trataba de distraernos hablando de diferentes temas, contando anécdotas de las más irreales, hasta llegar a aturdirnos.

La carreta seguía su ruta. El paisaje no se modificaba. Se repetía y se repetía. Siempre la misma vegetación y cada tanto una que otra pequeña casa perdida detrás de extensos patios. Mi madre se llevó las manos sobre los ojos, cegándolos para evitar observar el lugar; fue el primer síntoma de rechazo que vimos en ella hacia este país que a partir de entonces y a pesar de su descontento también se convertiría en el nuestro. De pronto tuve deseos de imitarla, cubrirme también los ojos para no ver la realidad, pero aunque me doliera por dentro y por fuera, tenía que enfrentarla.

Estaba seguro que éste no era el lugar con el que tantas veces soñé, ni el que recorría en mis fantasías.

Esta vez el tío Jaim dejó de contar sus historias para preguntar:

-¿Están todos bien? Ya no se preocupen, sólo faltan unos minutos, y si Dios quiere llegamos. Mindú estará preocupada, ella se sintió muy feliz al enterarse que ustedes venían a América, hace días que está cocinando y limpiando la casa para esperarles.

Después de escuchar al tío repetir de nuevo una anécdota que ya la habíamos oído varias veces durante el viaje, nos quedamos en silencio, pero no por mucho tiempo más, de pronto

en medio del espeso follaje el carretero gritó, tiró con fuerza de las riendas y los caballos frenaron de golpe. El ruido me asustó.

-¿Qué pasa, papá?.-pregunté.

-¡Llegamos! -respondió el tío Jaim.

El hombre que conducía la carreta fue el primero en bajar, después lo siguió el tío Jaim, quien entró corriendo a la casa dejándonos solos. Desde la calle escuchábamos sus gritos llamando a su mujer.

-¡Mindú, Mindú, ya llegamos!

El tío Jaim regresó a los pocos minutos acompañado de su mujer. La tía Mindú tampoco había cambiado de aspecto, aunque la noté con algunos kilos de más y también con el vientre crecido. Mientras mi padre me ayudaba a bajar de la carreta me sentía protagonista de una larga y terrible pesadilla. Esto era un sueño, este lugar no podía existir; estaba seguro de que pronto despertaría en mi casa, en Varsovia, y no recordaría absolutamente nada. Sólo era un mal sueño.

Mindú nos dio la bienvenida también con abrazos y besos, se la veía realmente contenta como dijo el tío Jaim.

-¡Vengan, entren, acá hace mucho calor, necesitan tomar agua fresca! Entren, gracias a Dios, llegaron bien -decía mientras sonreía satisfecha.

Y así fue, la seguimos y por fin entramos a la casa.

Era una casa vieja y gastada, algunos pilares flanqueaban un largo y oscuro corredor, tenía varias piezas y en el fondo un patio grande lleno de árboles, también había un aljibe y un gallinero.

Mis padres, Féiguele y yo quedamos estáticos, sin saber qué decir; como si de pronto hubiéramos recibido un gran susto. Recorrí con la mirada las baldosas, las paredes. Seguía sin creer que eso fuera realidad, no entendía qué hacía yo, Móishele, parado en esa casa tan extraña, tan vieja, tan lejos, donde todo era tan diferente, tan distinto: el clima, las calles, el idioma, hasta el aire, que olía a fruta madura. En ese momento sentí deseos de salir corriendo, escapar de aquella casa, llegar nuevamente hasta el puerto, subir aun barco y regresar a Polonia.

El tío Jaim habló:

-Mindú -dijo-, lleva a los parientes a su pieza, están cansados, así podrán descansar.

-Tienes razón, Jaim -respondió la tía Mindú-; vengan, les voy a mostrar la pieza que va a ser de ustedes, es la más grande y linda.

Seguimos a la tía Mindú, llevando nuestro equipaje. Ella abrió la puerta de la segunda pieza y dijo:

-¡Entren!

Entramos y de nuevo la misma sensación de no poder creer que todo esto no era más que una pesadilla. Adentro, la pieza tenía un aspecto lúgubre, olía a encierro, las paredes estaban descascaradas y mohosas. Mi padre intentó abrir la única ventana de persianas rotas, pero no pudo. Había unos pocos muebles: una cama grande, un ropero de dos puertas sin lustre, una fiambarrera, dos elásticos y una cocina a leña. En medio de aquel silencio se oyó el llanto de mi madre; la miré y pensé. ¿Podremos alguna vez acostumbrarnos a vivir en esta pieza pequeña, en donde tendremos que dormir, leer y hasta cocinar? No podía ser que de ahora en adelante eso fuese nuestro hogar. Mi madre dejó de llorar y preguntó:

-¿Qué vamos a hacer, Dovid? Todo esto es muy triste. Es una desgracia, tenemos que volver.

Mi padre se acercó a ella y le tomó las manos, luego trató de convencerla de que el lugar no era tan terrible como parecía, que pronto íbamos a encontrar la solución, que él se encargaría de arreglar la persiana y también de pintar las paredes, entonces la pieza se vería diferente. Le explicó que en estos momentos era el mejor lugar donde podríamos estar, acá tendríamos comida y seguridad, que el sólo hecho de estar lejos de Polonia ya era toda una bendición. Mi madre seguía angustiada y llorando, las palabras que él le decía eran inútiles, ella simplemente sufría. Pero mi padre buscaba la manera de justificarse, y de justificar su actitud al obligarnos a abandonar Polonia. Nosotros no lo deseábamos, y ahora frente a esta situación y al sufrimiento de mi madre, él se sentía culpable. Este sentimiento de culpa siempre lo acompañó. En todo momento y ante cualquier circunstancia; necesitaba justificarse y fingir ser un hombre fuerte y seguro a pesar de sus miedos.

Mindú salió y regresó después de un corto tiempo.

-Vengo con mi familia, así les conocen a mis hijas. El tío Jaim también las acompañaba.

Fue entonces cuando el recuerdo de Málkele se me presentó de nuevo. La primera vez que la vi, fue cuando con el abuelo fuimos hasta la casa del tío Jaim para encargarle mi primer traje, el que usaría luego en la celebración de mi bar mitzva. Ya habían pasado algunos años de aquella fecha. Todo ese tiempo soñé y pensé durante las noches en ella, en Málkele; ahora la vería de nuevo. ¿Estaría igual a aquella vez? ¿Mantendrían sus ojos el mismo brillo?

Mientras se acomodaban las visitas, yo permanecía sumido en mis pensamientos. Mi padre percibió mi distracción y la interrumpió de inmediato.

-¡Móishele! Hijo, ¿qué te sucede? Pareces extraño. Ven, las hijas de los tíos vienen a saludarnos.

A mi padre se le había olvidado que yo ya las conocía, pero como no estaba dispuesto a contarle la historia de cuando las conocí, preferí mantenerme callado y simular sorpresa mientras me las presentaban.

Viendo que éramos muchas personas las que estábamos dentro de la pieza y para darle más luz y ventilación, mi padre intentó con mucho cuidado abrir la ventana, pero mi madre le pidió que la mantuviese cerrada.

-Si la abres -dijo- sentiremos más calor.

Mi padre respondió con un gesto de desaprobación en el rostro, dio media vuelta y dejó de lado las manijas de las persianas desvencijadas y respondió:

-Reitze, si vamos a vivir acá es mejor que empecemos a acostumbrarnos al calor; si existen otras familias que se acostumbraron, ¿por qué nosotros no? ¿Qué tenemos de diferente a la familia de Jaim y de Mindú?

En ese momento no entendí el significado de las palabras de mi padre, pues me era difícil creer que alguna vez podríamos adaptarnos no sólo a la temperatura sino a todo lo que nos rodeaba. De nada servía el ejemplo que terminaba de darnos.

Siendo testigo de nuestro estado de angustia, el tío Jaim lo interrumpió para presentarnos a sus hijas.

-Ésta es Dóbbele, la más pequeña. Mientras el tío seguía presentando a Sórele y a Rójele yo buscaba dentro de la habitación a Málkele, pero no la hallaba, ella no estaba. ¡Málkele no estaba! Me sentí triste. La ilusión por volver a verla me había mantenido tranquilo durante el viaje. Ahora, me sentía abatido, de nuevo quedaba vacío, sin nada ni nadie con quién soñar, hasta que el tío dijo:

-¡Esta es Málkele!

Yo levanté la vista y la vi. Entonces sentí un sudor frío correrme por la frente. No podía ser, esta no era la misma Málkele, la que yo conocí, la niña con quien tanto tiempo soñé. Esta ya no era una niña, era una joven tan alta como mi padre, y tan grande como su madre.

Resignado, respiré hondo.

Las niñas permanecieron calladas y sorprendidas, al igual que nosotros. Pero por suerte la tía Mindú sí tuvo que decir:

-Jaim y yo tenemos otra sorpresa que darles.

-¿Cuál? -preguntó mi padre.

-¡Vamos a tener otro hijo!

-¡Otro más! -dijo mi madre sorprendida.

-Así es, Reitze, dentro de algunos meses va a nacer. Jaim y yo tenemos esperanzas de que sea un varón.

-Esta vez tiene que ser un varón. No quiero más mujeres, ya tengo cuatro, gracias a Dios todas sanas, pero ahora necesito un hombre -dijo el tío Jaim, con voz segura y convencido de que así sería.

El tío Jaim y su familia se despidieron, para dejarnos a solas, sobre todo para descansar.

Pronto se hizo de noche y fue cuando la tía Mindú regresó con un pastel de papas y otro de tallarines.

-Les traigo la comida, es mejor que coman ahora que está caliente. En el mueble hay platos y cubiertos, mañana bien temprano yo vuelvo para ayudarte, Reitze, a arreglar la ropa, pero si me necesitan, a mí o a Jaim, durante la noche, sólo tienen que golpear la puerta de al lado, esa es nuestra pieza, estamos muy cerca -dijo, y se alejó nuevamente.

A pesar del sueño, el cansancio y la angustia que todos padecíamos, el aroma a comida despertó nuestro apetito. Nos sentamos a la mesa, mi madre puso cuatro platos y cuatro cubiertos. Tampoco había más. Mi padre no cenó, sólo tomó un vaso de té frío, aunque dudó antes de tomarlo, como si no confiara en aquel líquido.

Terminamos de comer, mi madre seguía con la mirada consumida por el llanto, y con dificultad preguntó:

-Dovid, ¿así es como vamos a vivir?

-No lo sé, Reitze.

-Acá no nos podemos quedar, en esta pieza sucia, pequeña, oscura, con muebles que no son nuestros, sólo siento deseos de morir. Por favor, llévanos de nuevo a Varsovia, a nuestra casa, quiero regresar.

Mi madre terminó de hablar y se desplomó sobre la cama llorando. Mi padre, nervioso, daba vueltas por la pieza. Después de unos minutos se acostó a su lado para tratar de calmarla. Féiguele, testigo de esa escena, estaba desesperado, él no podía ver llorar a nuestra madre, y también empezó a llorar y a toser.

-¡Reitze! -dijo mi padre-. Féiguele tampoco se siente bien, el viaje fue muy largo, estamos cansados, mañana será otro día y pensaremos mejor.

Fuimos a dormir, dejando sobre la mesa los platos sucios y desordenados. Mi madre y Féiguele quedaron dormidos de inmediato, mi padre se acostó a un lado de la cama, cruzó ambos brazos sobre la frente y quedó mirando en dirección al techo.

Antes de dormirme pensé en él, lo noté preocupado como nunca lo había visto, percibía nuestro sufrimiento y se sentía responsable de ello. Jamás lo dijo, así como calló tantas otras cosas que para mí fueron importantes en el período que duró mi crecimiento.

Esa fue una larga noche, y de nuevo mis miedos erraron en la oscuridad de mis sueños.

Aunque era temprano cuando desperté, mi madre y mi padre ya se habían levantado. Me llevó largos minutos identificar la pieza, y entonces recordé el día anterior; la llegada a la casa, a los tíos y a Málkele.

Féiguele seguía durmiendo a mi lado. En medio del gran desorden, nuestras ropas estaban desparramadas por todas partes, ollas sucias amontonadas y una valija aún cerrada que mi madre no la abrió, pues en ella estaban guardados los candelabros, el juego de cubiertos y el samovar, que, por ahora, era lo que menos necesitábamos.

Miré a mi madre, ella seguía igual, en sus ojos hinchados por el llanto reconocí de inmediato la tristeza.

El rostro de mi padre también se veía abatido, las pocas horas de sueño y de descanso no borraron su aspecto descolorido y demacrado, pero él hacía un enorme esfuerzo por disfrazar su angustia, fingiendo que todo estaba bien, que las cosas se acomodarían de la mejor manera y en poco tiempo más. Que todo era pasajero. Insistía en el ejemplo de la familia del tío Jaim, diciendo lo bien que se los veía. Luego nos propuso que lo ayudemos a ordenar la pieza, pero no sabíamos por dónde empezar, si primero lavar las ollas o acomodar la ropa, de cualquier manera en ese ropero pequeño no cabrían todas. Entonces mi padre tomó la ropa de invierno, la envolvió dentro de una sábana y la puso debajo de la cama grande.

-Aquí, con el calor que hace, no la utilizaremos -dijo.

Féiguele también despertó atontado, el calor y el cansancio lo dejaron así.

-¡Mamá, mamá! -dijo-. ¿Dónde estamos? ¡Tengo hambre! Las palabras de Féiguele me dejaron pensando en nuestra realidad. No siempre Mindú nos traería la comida, el poco dinero que trajimos no alcanzaría para mucho tiempo más. Fue entonces cuando pregunté:

-Dime, papá. ¿Qué vamos a hacer para sobrevivir?

Mi padre no me respondió, era el momento que yo esperaba para que nos dijese la verdad, y no sólo lo bien que nos encontrábamos lejos de Europa, en estos tiempos de

persecución, yo necesitaba también saber. ¿Qué comeríamos? ¿Dónde él hallaría trabajo acá? Pero él no tenía respuestas.

Mi madre también se quedó mirándolo, como una niña indefensa y perdida.

Esa mañana fue larga y con muchas sorpresas, una de ellas fue que en la casa no vivían sólo los tíos, y desde nuestra llegada también nosotros, además vivían otras dos familias y aún quedaba otra pieza vacía para un próximo inquilino. Supimos esto cuando mi padre abrió la ventana y escuchamos voces extrañas. Lo curioso era que también hablaban en yiddish. Mi padre se asomó a la ventana y se encontró con el rostro de un hombre totalmente desconocido, quien lo saludó muy amablemente y se alejó.

Más tarde, cuando el tío Jaim vino con una jarra de leche tibia, pan recién horneado y azúcar, mi padre le contó lo que había visto.

-Así es, mi querido Dovid, me olvidé de comentarles que otras familias también viven aquí, alquilan las otras piezas, pero no hay por qué preocuparse, todas son buenas personas y vivimos como una gran familia.

-Pero, dime, Jaim. ¿Quiénes son estas personas?

-Bueno, Avrom y su familia fueron los que alquilaron la casa, son de una ciudad cerca de Galitzia. Primero llegaron a Buenos Aires, pero allí el clima no le hacía bien a la mujer, ella sufre de reumatismo y de muchas otras enfermedades, por eso eligieron este país, acá hace calor y hay poca humedad. Avrom es joyero y trabaja muy bien, así se gana la vida. Pero esperen un momento, voy a ir a buscarlo, así les presento.

El tío Jaim se levantó y fue a buscarlo. Volvió de inmediato con Avrom; era un hombre grande y gordo, tenía la cabeza calva y una joroba en la nariz donde apoyaba un par de pequeños anteojos, vestía ropa gastada y sostenía sus pantalones con un par de también gastados tirantes. Yo encontré que tenía un cierto parecido con el abuelo, quizás era porque poseía la apariencia de un buen hombre. Contó que vivía con su mujer, llamada Guitte y con un hermano soltero, Schloime. También dijo que Guitte y él no tenían hijos. En eso se presentó a nuestra pieza Guitte, buscándolo. También era una mujer mayor, y por la edad que aparentaba hasta podía ser mi abuela. Tenía el pelo casi blanco, recogido en la nuca con un rodete, y la piel del rostro seca y arrugada, llevaba sobre el vestido un gran delantal. Poseía la apariencia de una mujer desgastada y triste.

Después de las presentaciones, sucedió lo que normalmente pasa cuando varias personas desconocidas se encuentran por primera vez, las preguntas se entrecrocaban sin tiempo a respuestas, el señor Avrom preguntaba, mi padre también, la señora Guitte también preguntaba, en tanto el tío Jaim daba explicaciones que nadie le pedía, interrumpiendo los diálogos. A pesar de que dudaba que podríamos vivir todos juntos como una gran familia, en armonía y felicidad, así como dijo el tío Jaim, igual me sentía cómodo con estas personas que acababa de conocer y con deseos de saber más detalles sobre sus vidas, aunque me costaba creer que compartiríamos con ellos, en adelante, nuestra existencia.

La conversación siguió. El tío Jaim también continuó hablando en voz alta. Guitte se mostró muy amable con mi madre, ofreciéndose a ayudarla en el arreglo de la habitación y en otros quehaceres, pero ella se resistía a aceptar la ayuda diciendo que podía hacerlo sola, pero yo conocía a mi madre y conocía su reacción cuando no quería entablar vínculos. Ella siempre fue muy reacia a tener amigas, su mundo sólo se reducía a cuidarnos a Féiguele, a mi padre y a mí. Constantemente repetía que lo único y lo más importante, para ella era, su familia.

Guitte insistía. Me pareció una buena mujer. Luego salió un momento de la habitación, y volvió portando dos tacitas, una iba cargada de azúcar y la otra de harina, tiró un poco del contenido de cada una en las cuatro esquinas de la pieza y deseó que nunca nos falte pan y alegría, y que siempre gocemos de una vida dulce, así como dulce es el azúcar. Esa era una vieja costumbre judía, y aunque para mí no fue una sorpresa, igual me emocionó. Los augurios de Guitte me cayeron muy bien en ese momento, aunque no siempre se cumplieron.

Terminábamos de conocer a Avrom y a Guitte cuando se presentó Schloime, lo reconocí de inmediato, era el mismo hombre que horas antes curioseaba en nuestra ventana.

-Ya que todos se olvidaron de mí, yo mismo me presento -dijo ofendido-, soy hermano de Avrom y cuñado de Guitte. Mi padre se disculpó y lo invitó también a tomar asiento.

En ese momento sentí vergüenza de esas personas por el desorden en que se encontraba nuestra pieza, ya que aún eran extraños, aunque después se convirtieran en nuestra familia - como decía el tío Jaim-. Ahora, lo único que nos unía era el idioma, y que, también ellos como nosotros, eran judíos.

Mi padre se mostró muy cordial con todos. Al tío Jaim se lo veía alegre, dueño del lugar. Por el contrario, mi madre se mantenía descontenta.

-¿Piensan quedarse mucho tiempo, acá? -preguntó Avrom a mi padre.

-No sabemos, en Europa la situación es terrible -respondió.

-Pero pronto todo va a mejorar, y entonces podremos volver -agregó mi madre.

-Mira, Reitze, primero voy a encontrar trabajo, ahora eso es lo más importante -la voz de mi padre cambió de tono.

-Pero Dovid, tú me prometiste que volveríamos a Europa.

-Sí, Reitze, cuando podamos.

Mientras mis padres discutían, Schloime intentó cambiar de tema, preguntando cosas sin importancia.

Regresar a Europa siempre fue el deseo de mi madre, y estuvo presente en todas sus discusiones con mi padre.

-Mire, señora -agregó Avrom-, acá no se vive mal, estamos tranquilos y nadie nos molesta porque seamos judíos.

-Escucha, Reitze, Avrom tiene razón, es muy inteligente, espera que pase un tiempo y tú también te vas a acostumbrar. Si eso no ocurre volveremos a casa.

Mi padre terminaba de formular una promesa que mi madre nunca olvidaría y que tampoco se cumpliría.

Schloime hizo callar a todos y pidió que le prestemos atención a lo que iba a decir:

-En realidad, mis queridos amigos, acá mi vida es muy triste, en este país nadie me conoce, no soy nadie, sólo un simple solterón que a veces tiene la suerte de encontrar quien necesite de su ayuda para alimentar a las gallinas, o para ir hasta el mercado a hacer alguna compra. Acá me siento inútil y si no fuera por este bastón, tampoco podría caminar, cuando vivía en Europa yo caminaba por las calles sin arrastrar la pierna, seguro, y todos me conocían en el barrio, me saludaban. Era un gran comerciante, mi negocio era el más importante de todo el pueblo, tenía amigos. ¡Era tan feliz cuando llegaba el teatro! Eran grandes artistas que recorrían pueblo por pueblo en carretas, llevando su arte. Lamentablemente después se les prohibió actuar; el antisemitismo terminó con todo. Allá yo vivía, acá mis días están vacíos, sólo sirvo para ir al mercado. Avrom se puso de pie y antes de abandonar la habitación, dijo:

-Mejor me voy, me pone triste oír a mi hermano hablar así. Con desgano le pasó la mano a mi padre y se retiró con la cabeza gacha.

Guitte por el contrario se quedó y añadió:

-No le escuchen a Schloime, es un viejo que siempre se queja, no sabe lo que quiere, siempre dice mentiras; acá también tiene buenos amigos y todos lo cuidamos.

-¿Cómo yo puedo ser feliz viviendo con una mujer como Guitte, que aunque sea mi cuñada, siempre me está molestando? ¡Me vuelve loco! ¡Oy! ¡Qué mis enemigos tengan mi suerte!

Schloime se sentía ofendido y parecía muy enojado; también él, después de manifestar su queja, se despidió y salió al corredor. Yo lo observé desde la ventana, curioso por saber qué haría. Apoyó en un pilar el bastón y se sentó en el sillón, levantó el periódico que estaba tirado en el piso y retomó su lectura.

Guitte también se despidió, pero antes se ofreció nuevamente a ayudar a mi madre, en el arreglo de las piezas, y a enseñarle a sacar agua del pozo.

Mi madre le agradeció, pero rechazó su ayuda. Guitte por mucho tiempo no volvió a visitar nuestra pieza.

Habían pasado varios días desde nuestra llegada y todo seguía igual, los llantos de mi madre, el silencio de mi padre, y el desorden en la pieza. Féiguele se parecía cada vez más a un niño pequeño, no se separaba de mi madre, ni ella lo dejaba sólo un instante.

Prácticamente no nos hablábamos, nadie sabía lo que el otro pensaba o sentía, ni siquiera en las mañanas cuando despertábamos nos preguntábamos cómo habíamos dormido. Se creó un silencio permanente. Mi padre dejó de prestar atención a los reclamos de mi madre, pero tampoco hacía nada por mejorar nuestra situación.

La tía Mindú nos mandaba todos los días, con una de sus hijas, la comida. Ella también dejó de consolar y calmar a mi madre.

Así, de esa manera no podíamos seguir, y llevado una vez más por la preocupación y por la curiosidad, decidí preguntar a mi padre si hasta cuándo íbamos a aceptar la comida que la tía Mindú nos daba, a vivir de la caridad del tío Jaim, y en ese total desorden.

Mi padre estaba sentado en el borde de la cama con la mirada perdida cuando me acerqué y le pregunté:

-Papá, dime. ¿Hasta cuándo la tía Mindú nos va a dar la comida?

-Moishe, no te preocupes, y cállate.

Esa no fue la respuesta que yo esperaba.

-Papá, tienes que buscar trabajo. Pídele al tío Jaim o a Avrom, ellos deben saber dónde puedes encontrarlo.

El gesto de mi padre cambió y enojado dijo:

-Por favor, Moishe, cállate. No quiero seguir escuchándote. Eres aún un niño, ve y ayuda a tu madre.

-Ya no soy un niño, como tú crees, papá, y no iré a ayudar a mamá. Ella no necesita mi ayuda -grité.

Mi padre se levantó de la silla furioso, alzó el brazo como para darme una paliza.

-¡No, papá, no me lastimes!

-Eres un mal hijo, Moishe.

-No soy lo que tú crees, es sólo que siempre te molestas cuando te digo lo que siento, y así no podemos seguir viviendo.

-¡Cállate Moishe! -interrumpió mi madre-, yo siempre dije que era un error venir hasta acá, tenemos que regresar.

-Cuando pueda juntar un poco de dinero para los pasajes nos volvemos a Europa, pero ahora tenemos que esperar -contestó él.

Quise explicar a mi padre que no era mi intención hacerlo enojar, que sólo intentaba ayudar, pero él salió de la habitación dando un portazo. Féiguele comenzó a toser. Sólo nos faltaba eso, que Féiguele enferme -pensé.

No podía seguir encerrado, fui hasta el patio, allí encontré a mi padre, llorando. Traté de entender su pena, pero me fue muy difícil y preferí dejarlo solo, y cuando de nuevo regresaba a nuestra pieza me acerqué a una ventana que estaba abierta. Allí, frente a una mesa llena de herramientas pequeñas, relojes desarmados y unos cuantos anillos mutilados estaba Avrom trabajando. Cuando notó mi presencia levantó la mirada, se sacó los lentes y me preguntó:

-¿Qué hay, Móishele? ¿Cómo andan las cosas?

Aunque aún no tenía mucha confianza con Avrom, la respuesta fue espontánea.

-¡Mal! Muy mal, don Avrom, mi padre no se preocupa en buscar trabajo y a mi madre le disgusta vivir acá.

-No te preocupes, Móishele, ya pronto tu padre va a encontrar trabajo y tu madre se va a acostumbrar a este país. A todos nos pasó lo mismo.

-Pero, Avrom. ¿Dónde mi padre va a encontrar acá trabajo? No entiende el idioma, no conoce el país. Así es muy difícil.

-Ya verás, Móishele, tu padre aprenderá a hablar castellano, va a conocer más personas. No te preocupes, es difícil empezar. Todo tiene solución en la vida, y ustedes van a aprender a vivir lejos de Polonia, como todos aprendimos.

Las palabras de Avrom estaban llenas de esperanzas, de resignación y como dijo: ¡Había que acostumbrarse! Todos nos acostumbraríamos, sólo existía esa solución.

Avrom corrió su silla, se levantó y vino junto a mí.

-Ven, Móishele, vamos al patio, nos va a hacer bien a los dos respirar un poco de aire fresco, ven.

Salimos al patio. Mi padre seguía parado en el mismo lugar y cuando notó nuestra presencia, prefirió volver a la pieza. Avrom acercó dos reposeras, en una se sentó él y la otra me ofreció a mí. La mañana estaba espléndida, bajo la sombra de los árboles la temperatura era más agradable. Se oía claramente el canto de los pájaros. La compañía de Avrom me hacía sentir bien. Deseé intensamente que siempre fuera así, no interrumpir ese momento de calma por ningún motivo, seguir en silencio como si el resto no existiera, sólo yo, detenido, solo, contemplando lo que me rodeaba.

La pregunta de Avrom interrumpió el silencio:

-Dime, Móishele. ¿A qué se dedicaba tu padre en Europa?

-Trabajaba en una carpintería, que después se cerró. Él quedó sin trabajo, y como no pudo conseguir otro, la situación empeoró en muchos sentidos, por eso pensamos en el viaje. ¿Y ustedes, Avrom? ¿Por qué abandonaron Europa?

-Por las mismas razones que ustedes, éramos perseguidos, no teníamos trabajo. Vinimos escapando del antisemitismo, aunque Guitte y yo escapamos también de algo más.

-¿De qué, Avrom? -pregunté.

-Otro día te contaré, Móishele.

En ese momento Guitte se acercó a nosotros con dos vasos de limonada y unas tortillitas de papas calientes y crocantes. Detrás de ella, Dóbbele y Rójele correteaban. Más lejos Schloime se mecía en su sillón tarareando una melodía.

Guitte también se sentó junto a nosotros. Me sentía en calma, el clima era agradable y la compañía de Avrom y Guitte, también.

-Sabes, Móishele -dijo Avrom después de largos minutos de silencio-, ya sé quién puede ayudar a encontrar trabajo a tu padre.

Esas eran las mejores palabras que había escuchado en mucho tiempo. No podía creer, lo que más yo deseaba en ese momento, era que mi padre encontrara trabajo; pasarían los miedos y la inseguridad de amanecer al día siguiente sin comida.

-¿Usted dice la verdad? -pregunté.

-Claro, Móishele, se trata de Itche, él también vive acá, en esta casa. ¿Ustedes todavía no lo conocen?

-¡No! -respondí-, aún no lo conocemos, aunque el tío Jaim nos habló de otra familia que también vive en esta casa, pero no nos presentó.

-Bueno, ellos no son una familia, Itche vive solo con un hijo, llegaron poco después que nosotros, son muy buena gente, estoy seguro que él puede ayudar a tu padre.

-Gracias, Avrom, que mi padre encuentre trabajo, es lo mejor que nos puede pasar en estos momentos -dije realmente agradecido.

Pero siempre ocurría lo mismo, cuando encontraba una solución, como ahora que mi padre hallaría trabajo, surgían de nuevo los temores. Se me cruzó la idea de que quizás a él no le gustase el trabajo que se le ofrecería y otras dudas más. Para asegurarme de que Avrom hablaría con Itche, volví a preguntar:

-Avrom. ¿Cuándo puede presentarnos a Itche?

-Esta noche, cuando él vuelva del trabajo, yo lo llevo hasta la pieza de ustedes, y le presento a tu padre. ¿Está bien?

-¡Sí, Avrom! Muchas gracias.

A nuestro alrededor Dóbbele y Rójele seguían jugando a las escondidas. Quise ir a jugar con ellas, y así lo hice, me resultaron niñas muy simpáticas y divertidas.

Preferí no comentarle a mis padres la conversación con Avrom, mantenerme callado hasta la noche, por temor a que ellos no me creyeran. Sentía miedo de darles esa buena noticia. Recordé al rabino Elías cuando decía: «No te anticipes a celebrar un hecho que aún no se realizó».

Pero cuando mi madre me vio al volver de jugar en el patio notó un cambio en mi expresión.

-¿Por qué regresas tan contento, Móishele? ¿Qué te sucedió?

-Jugué con Dóbbele y Rójele, me gusta jugar con esas niñas, son muy simpáticas, Féiguele también debería salir y jugar con ellas -dije, pero la respuesta que me dio mi madre me dejó sorprendido.

-¡No, Móishele! Ya sabes que tu hermano está enfermo, míralo cómo palideció, es mejor que se quede en la cama, este clima no es bueno para su salud.

Mi madre decidió que Féiguele estaba enfermo cuando en realidad no lo estaba, y lo trataba como tal. Pensaba que el calor era perjudicial para su salud, cuando, en realidad, la única que sufría del calor era ella.

Como todas las noches calentamos los restos del mediodía, y mientras estábamos cenando llamaron a la puerta. Ni bien escuché los golpes salté de la silla y fui a abrirla, con la misma excitación de quien abre una caja de sorpresas.

Avrom cumplió su promesa, y se presentó con otro hombre, supuse de inmediato que aquel extraño sería Itche; el bueno de Itche que venía a ofrecerle trabajo a mi padre, y gracias a él la angustia por la sobrevivencia desaparecería, mi madre se sentiría más tranquila, y todos viviríamos mejor, y hasta se podía cumplir el sueño del regreso a Polonia.

-Móishele, ¿quién viene? -preguntó mi padre, poniéndose de pie.

-Es Avrom y viene acompañado de otro hombre -respondí. Itche le pasó la mano a mi padre y luego a mi madre, con movimiento de cabeza saludó a Féiguele. Mi madre se levantó presurosa y ordenó la ropa que estaba desparramada sobre la cama, por primera vez ella se preocupó de poner orden en la pieza.

Itche no perdió tiempo, enseguida habló a mi padre sobre su ofrecimiento. Hablaba pausado, repetía varias veces la misma frase, como si necesitara reafirmarse en lo que decía, mantenía la mirada baja; mientras sus manos jugueteaban con un papelito. Varias veces aclaró que el trabajo que él hacía no era lo ideal, y que la ganancia no alcanzaba para vivir como millonario, pero era suficiente para comer bien y pagar el alquiler de la pieza. Creo que nosotros tampoco pretendíamos otra cosa, solo queríamos sobrevivir.

Todos permanecíamos atentos y curiosos. Por fin mi padre preguntó:

-Y bien, Itche, dígame. ¿Cuál es el trabajo que me vienen a ofrecer?

-Mire, Dovid, yo soy comerciante, vendo cortes de telas a crédito, voy casa por casa para ofrecer la mercadería, y después semanalmente paso a cobrar, la ciudad es grande y hay trabajo para muchos, yo le puedo ofrecer un poco de mercadería, le enseño un día cómo se trabaja, y después usted solo sale a formar su propia clientela.

Por el gesto que hizo mi padre, que para mí ya era conocido, no estaba satisfecho con la proposición. Se quedó unos minutos pensando, y luego dijo:

-Bueno, me parece bien, acepto, y muchas gracias, Itche, pero hay un problema. ¿Cómo voy a vender la mercadería si yo no hablo castellano?

-De eso no se preocupe, en la calle pronto se aprende. A todos nos pasó lo mismo.

-Itche. ¿Cuándo podemos empezar? -preguntó mi padre.

-Si quiere podemos empezar mañana, para qué perder más tiempo.

-Tiene razón, Itche, no hay tiempo que perder.

-Entonces, mi amigo Dovid, mañana bien temprano le vengo a buscar.

Itche se despidió y Avrom también. Por fin mi padre consiguió trabajo, la inquietud por la sobrevivencia pasaría, el miedo a padecer hambre, también. Si hubiera estado el rabino

Elías diría de Itche: «Dios lo mandó». En adelante ya no tendríamos de qué preocuparnos, sólo del viaje de regreso.

Pero nuestra realidad estaba acá, en este nuevo país. Deseaba que mi madre aceptara el lugar, esta casa y que todos viviéramos tranquilos, ya que mi padre tenía trabajo, pero luego entendí que los deseos no siempre se cumplen; son igual a los sueños.

Itche cumplió con lo prometido, venía puntualmente todas las mañanas a buscar a mi padre para ir juntos a trabajar, pronto mi padre formó su propia clientela y cada vez era mayor la cantidad de mercadería que Itche le proporcionaba día a día. Tuvimos mucha suerte de que Avrom nos haya presentado un hombre tan bueno.

A partir del momento en que mi padre empezó a trabajar perdí el miedo a padecer hambre y me sentí seguro y tranquilo, pero mi madre seguía igual, en ella no se producía ningún cambio, aún seguía encerrada, no salía de la pieza, ni siquiera iba a sacar agua del pozo, ni a lavar la ropa. Yo la ayudaba en lo que podía, aunque no me resultaba agradable; lo peor era que seguía resistiéndose a hablar con los demás y a aceptar el lugar, como si tuviera miedo de acostumbrarse a esta nueva vida, y olvidar a Polonia. A Féiguele tampoco le dejaba salir, siempre tenía una excusa para mantenerlo acostado y quieto, era el sol, o la temperatura, o los insectos. Una tarde mi padre volvió del trabajo más temprano de lo acostumbrado, pero esta vez lo acompañaba Itche, mi padre lo había invitado a tomar una copita de licor para brindar por el trabajo. También vino Bérele, el hijo de Itche, un muchacho mayor que yo, tendría un par de años más. Con ellos ya conocíamos a todos los inquilinos de la casa.

La pieza estaba a oscuras, aunque el sol todavía no se había marchado cuando ellos se sentaron a hablar de Europa, de su terruño, de lo que habían dejado allá, de lo que esperaban de la vida en el futuro, y del regreso a Polonia; ambos compartían la esperanza en el regreso. Aquella atmósfera de compañerismo que se había credo entre Itche y mi padre fue lo que les dio fuerzas para salir a la calle a trabajar, trabajar duro, con el paquete de cortes de género bajo el brazo, todas las mañanas, aunque lloviera, cayera granizo o ardiera el sol. Mientras los hombres seguían sumidos en la conversación, mi madre continuaba planchando, Féiguele descansaba y yo la ayudaba a doblar la ropa.

-Reitze, deja de planchar y ven a sentarte con nosotros, te va a hacer bien distraerte un momento -dijo mi padre, luego abrió la ventana y sacó las copitas y la botella de licor que habíamos traído de Europa. Mi madre siguió con su planchado, ignorando por completo a los visitantes.

Itche y Bérele, incómodos por la actitud de mi madre, callaron; y aunque mi padre hizo lo posible por mostrarse amable, ellos prefirieron marcharse. Itche, poniéndose de pie, dijo:

-Mira, Dovid, es mejor que nos vayamos, dejemos el brindis para otro momento.

-¡Por favor, Itche, espera, no hay apuro!

-Creo que tu mujer se siente enferma, vamos a volver cuando ella mejore -contestó Itche.

-Sí -afirmó mi padre-, ella enfermó por culpa del clima, el calor le hace mal.

Mientras los hombres hablaban yo observé a mi madre, ella seguía con la mirada concentrada en el trayecto de la plancha a carbón sobre la sábana blanca. Pero tras el pedido de mi padre, que fue casi una súplica, Itche aceptó brindar y continuar con la conversación. En realidad lo que Itche deseaba era compartir con nosotros su historia, cómo era su vida antes de llegar a América. Itche había abandonado Varsovia, siendo aún muy joven; en 1917 se fue con toda su familia a una aldea ocupada por los austriacos, después se mudó a un pueblito donde se conseguía trabajo con facilidad, en el cultivo de la tierra, o empleándose como vendedor. Más tarde conoció a su futura esposa, se casó y volvió a Varsovia, poco tiempo después nació Bérele, pero por desgracia en el parto su mujer murió. Desde entonces él quedó solo con Bérele y vino hasta América buscando un mejor porvenir.

-Ya me ven -dijo con voz melancólica-, aquí estoy con mi único hijo, tengo salud. ¿Qué más puedo pedir a Dios?

Después de terminar con su relato, Itche calló. La noche nos vino encima, quedamos en penumbra. Padre e hijo se despidieron, y detrás de ellos mi padre también salió. No volvió hasta la mañana siguiente.

Aquella fue una noche larga, durante horas esperé el regreso de mi padre, a cada rato salía de la pieza a recorrer la casa, ansioso, por encontrarlo. En mi búsqueda me acerqué a Schloime, a Avrom, a Itche preguntando si no lo habían visto. Nadie se había cruzado con él, también pregunté al tío Jaim, pero su respuesta también fue negativa. Nadie vio a mi padre. El tío Jaim notó mi preocupación, entonces me preguntó:

-¿Qué pasa, Móishele? ¿Por qué tu padre salió sin avisar?

-No sé, tío Jaim.

-Pero Móishele, tú eres el hijo. ¿Cómo no sabes dónde está tu padre?

-Tal vez fue a dar un paseo -dije.

-A estas horas nadie da un paseo, es muy tarde. Ve y duerme, Móishele, mañana vamos a buscar a tu padre, y trata de calmar a Reitze, seguro está muy preocupada.

Pero en mi madre no se evidenciaba ninguna preocupación, ella descansaba como todas las demás noches.

De pronto sentí el impulso de ir a buscarlo, pero sentí miedo, nunca había salido de la casa, no conocía las calles. Temí perderme. Tampoco hablaba castellano, para poder preguntar.

Avrom me encontró en el corredor, preocupado, y se acercó a consolarme:

-Mira, Móishele, no te preocupes, ya va a volver, nada malo le va a suceder, acá las calles son tranquilas, no hay peligros. Después de escuchar a Avrom resolví volver a la pieza, allí encontré a mi madre y a Féiguele durmiendo. No entendía a mi madre, cada día me sorprendía de diferente manera, no podía creer en su cambio; en Europa se desesperaba cuando mi padre se retrasaba unos minutos, acá perdió el interés por él, y hasta por ella misma. Era rabia, mi madre sentía mucha rabia hacia mi padre, y aunque hacía todo lo posible por disfrazarla, ésta se evidenciaba en todas sus actitudes.

Pasé toda la noche sin dormir, me sentí abandonado, y pensé: ¿Qué haríamos sin él? ¿Adónde iríamos? Yo era el hijo mayor, y toda la responsabilidad caería sobre mí. ¿Por qué mi padre hacía esto conmigo? Aunque él estuviera enojado con mi madre. ¿Qué culpa yo tenía de eso?

Féiguele se movía y lloraba en sueños. Mi madre despertó e intentó también despertarlo. Féiguele se movía como una lombriz. Lo miré asombrado, mi hermano gritaba afligido, como si sufriera profundamente. Mojé un trapo y le pasé por el rostro, entonces despertó, miró a su alrededor, buscando a mi madre, cuando la vio, la abrazó y lloró desconsoladamente. Ella le dio de tomar agua y lo acostó a su lado. Féiguele se calmó y pudimos descansar. Después de aquella pesadilla, todas las noches siguientes Féiguele durmió en medio de mis padres.

Al día siguiente, apenas clareaba, se abrió la puerta y entró mi padre. Me levanté de inmediato y con furia le dije:

-¿Dónde estuviste toda la noche?

-Dando vueltas por la calle -contestó.

-¿Dónde es por la calle?

-¡Cállate, Moishe, no tengo por qué responderte!

-Contéstame, papá -volví a preguntar-. ¿Por qué no dormiste acá?

-Ya no resisto el mal carácter de tu madre, siempre que estoy en la casa, ella no habla, no contesta, y trata mal a las personas que son buenas con nosotros.

-Pero yo soy tu hijo, y no tengo la culpa de tus problemas con ella. Tengo miedo, papá, tengo mucho miedo, pero a ti no te importa nada de mí, a Féiguele mamá lo cuida todo el tiempo, y a mí, ¿quién me cuida? ¿Qué significa para ustedes? -dije gritando y llorando a la vez.

-¡Cállate, Moíshe! ¡Cállate! Eres muy joven para hablar a tu padre de esa manera. Nunca más te atrevas a gritarme. ¡Nunca más!

Tomó su paquete de géneros y salió a trabajar, dejando la puerta abierta. Avrom, que venía del cuarto de baño, escuchó la discusión que tuve con mi padre, y preocupado se acercó a la puerta.

-¿Estás bien, Móishele? -preguntó.

-Sí, Avrom, gracias.

-Entonces, ¿por qué tu padre te gritaba de esa manera?

-Él siempre habla fuerte...

-Si necesitas de mí o de Guitte ve hasta nuestra pieza.

La sombra de Avrom se borró. Cerré la puerta. Mi madre ya estaba despierta, había escuchado todo, pero se mantuvo callada, y simuló estar dormida. La miré y me acosté de vuelta, escondí mi rostro en la almohada y lloré. Odiaba a mi padre, odiaba a mi madre, odiaba a Féiguele, odiaba a todos, quería volver, quería estar en Varsovia, en mi casa.

Más tarde, cuando salí al corredor a sacar la ropa mojada para tenderla, Avrom me llamó:

-Ven, Móishele, ven a comer un pedacito de bizcochuelo de miel que hizo Guitte.

-No, gracias -dije-, tengo que ayudar a mi madre.

En realidad no sentía deseos de comer.

-Sólo ven un minuto -insistió Avrom-. Ven, mira cómo está tu rostro, parece que vuelves de una pelea, hijo; tus ojos están hinchados y rojos, un pedazo de bizcochuelo te hará bien. Ven, Móishele.

-No puedo, Avrom, mi madre me está esperando-. En realidad, no quería ver ni escuchar a nadie, deseaba estar solo.

Llegué al patio, con la latona cargada de ropa para tenderla, y encontré a Schloime que estaba limpiando el gallinero, y quejándose del trabajo que le encargó Guitte.

-Todo lo que a ella no le gusta hacer -decía- me obliga a que yo haga. ¡Es una bruja!

-No puede hablar así de Guitte, ella es su cuñada.

-Móishele, no sabía que estabas ahí, espiándome.

-¡No, Schloime! Yo no lo estaba espiando, sólo vine a tender esta ropa que mi madre lavó.

Aproveché que Schloime y yo estábamos a solas para hacerle un pedido, yo sabía que él conocía las calles y creí que ya era tiempo que yo también las conociera; y qué mejor compañía que la de Schloime para eso.

-Dígame, Schloime -pregunté-. ¿Puede usted hacerme un favor?

-Depende de qué se trata, si es dinero no puedo darte nada, porque no tengo.

-No, no es plata, quiero conocer las calles, y necesito salir con usted para que me las muestre.

-Sí, Móishele -aceptó contento-, me parece muy bien que elijas salir conmigo, yo soy el que más conoce estas calles, en todo barrio Palestina.

-Entonces -insistí-. ¿Cuándo podemos salir?

-Mira, Móishele -respondió-, dentro de una hora, Guitte me va a mandar al mercado. ¿No quieres acompañarme?

-Sí, Schloime, gracias, voy, aviso a mi madre, me cambio y salgo a buscarlo.

Quedé entusiasmado con la invitación que acababa de recibir. Pedí permiso a mi madre y también insistí para que Féiguele fuera de paseo conmigo, pero ella rechazó inmediatamente el ofrecimiento poniendo de excusa la palidez de mi hermano y su reciente ataque de tos. Féiguele tampoco manifestaba su deseo de salir de la pieza, ni de jugar con otros niños, él simplemente se conformaba con las decisiones que tomaba mi madre sobre él, nunca discutía y aceptaba las enfermedades inventando sus síntomas.

Entonces invité a Rójele y los tres salimos a la calle. Me sentía emocionado, por primera vez caminaría por las calles de la ciudad y vería a otras personas. Era como si me dieran de pronto la libertad después de estar largo tiempo preso. Caminaba al lado de Schloime, no me separaba de él un solo paso, temía perderme, parecía un niño indefenso detrás de su padre.

Fue divertido, sobre todo porque Schloime saludaba a todos los vecinos, y se detenía a intercambiar unas palabras o un comentario con todos ellos. Era sorprendente la cantidad de personas que lo conocían, y lo más sorprendente fue que con todos hablaba yiddish.

-Dígame, Schloime -dije-. ¿Estas personas son también judías?

-¡Claro, Móishele! Tú qué crees. Entonces, si no lo son, ¿cómo van a hablar yiddish?

-Yo pensé que sólo los que vivíamos en la casa éramos judíos...

-¡No! Y sabes algo más, Móishele, algunas de estas personas llegaron mucho antes que nosotros, años atrás, y se ubicaron en este barrio, por eso se llama barrio Palestina, porque la mayoría de los vecinos somos judíos.

Schloime me presentó a muchos de los vecinos. Nos alejamos unas cuadras más y finalmente llegamos al mercado. Las calles estaban pobladas de árboles cargados de frutas, decenas de ellas caídas alfombraban el suelo. Me era difícil creer que podíamos caminar tranquilos y libres, sin miedo.

-¡Schloime! -dije-. ¿No siente miedo de caminar por las calles? ¿Nos puede suceder algo malo?

-¡No tengas miedo, Móishele! -contestó sonriente-, acá nadie te va a hacer daño, confía en mí, camina tranquilo.

Me era muy difícil creer que acá un judío podía caminar sin ser perseguido, ni que no existieran calles prohibidas, donde no podíamos circular, tampoco niños con piedras en las manos para arrojarnos, ni soldados custodiando las calles. Acá un judío era libre.

Observaba a mi alrededor, sorprendido por todo lo que veía y era capaz de sentir, me llamaban la atención las personas, los pájaros. Acá las murallas de las casas eran bajas y de ellas brotaban plantas y flores de diversos colores. En un momento me detuve a mirar el cielo, estaba azul, limpio, como los ojos del abuelo. Mi abuelo. ¡Cuánto lo extrañaba! Me dolía estar lejos de él, sufría por no verlo, siempre lo recordaba y recordaba principalmente aquella tarde en la estación, cuando partíamos para América, y él estaba parado, triste, despidiéndonos.

Seguimos caminando algunas cuadras más y llegamos al mercado. Unas cuantas vendedoras se encontraban sentadas frente a sus canastos repletos de verduras y frutas. Schloime se acercó a una de ellas, se saludaron con mucha familiaridad, como si fueran amigos. Así era Schloime, amigo de todos.

-Vengan, Móishele y Rójele -nos llamó-, vamos a elegir las verduras más frescas.

Rójele y yo nos acercamos para ayudar a Schloime. La vendedora también nos saludó con una sonrisa, poniendo al descubierto unos dientes blancos, que contrastaban con la piel

tostada de su rostro. Además, tenía la sonrisa clara y amistosa, y el cabello recogido en una larga trenza.

Terminamos de elegir las verduras y de pesarlas. Schloime las puso en una bolsa.

-¡Vamos! -dijo-, ahora nos espera el puerto, a ver si hay noticias de Europa.

-¿Por qué en el puerto tienen que haber noticias, Schloime? -pregunté.

-Sabes, Móishele -decía, mientras íbamos los tres caminando-, en los barcos llegan las cartas.

Fueron muchos los lugares que conocí esa mañana, pero lo mejor era que podía caminar libre y sin temores, caminar por barrio Palestina, llegar hasta el mercado, y también hasta el puerto, ya conocía el camino, y estaba seguro que no me perdería.

El puerto al que llegamos en busca de cartas, no era el mismo donde nosotros habíamos desembarcado, en aquel otro que estaba muy lejos, Schloime me explicó que atracaban sólo algunos barcos que cargaban mercaderías de la zona, y pocas veces otros, con pasajeros, como en el que nosotros llegamos. Nos dirigimos directo a la oficina. Schloime se acercó a una ventanilla, y preguntó a un hombre si había llegado correspondencia. El hombre también conocía a Schloime y lo llamaba por el nombre, le entregó varios sobres y un par de periódicos. Schloime tomó los papeles, agradeció y nos marchamos.

Curioso por saber más detalles sobre la correspondencia, pregunté:

-¿Siempre llegan cartas de Polonia?

-Sí -respondió-, pero desde que la situación allá empeoró, no tan seguido.

-¿Puedo enviar cartas yo también?

-Sí, pero no es seguro que lleguen -dijo.

Sentí ganas de regresar a casa para sentarme y escribir al abuelo, a los tíos, a mis amigos.

Le pedí a Schloime que volviéramos, poniendo de excusa que me encontraba cansado. Ni bien llegamos, fui corriendo hasta la pieza en busca de papel y lápiz, no podía perder un minuto más de tiempo, necesitaba sentarme y escribir.

Sólo sentía deseos de escribir, nada me motivaba más en ese momento, que correr hacia el patio y sentarme a escribir. Al tío Iósel le contaba detalladamente sobre el lugar, cómo transcurrían mis días acá, las personas que convivían con nosotros, y sobre todo el interés que perdí por la lectura, todo lo que anteriormente me apasionaba ahora se volvió intrascendente. La carta para el abuelo era más corta, pero ni a él ni al tío Iósel les conté sobre mis miedos, ni sobre lo mal que me sentía viendo a mi madre tan angustiada. De mi

padre escribí sobre su trabajo, pero tampoco conté sobre sus ausencias, ni de nuestros constantes enfrentamientos, supuse que ellos, estando lejos, no lo entenderían. Y preferí callar. Además, en poco tiempo más volveríamos a Varsovia y todos los problemas se disiparían.

El deseo del retorno también estaba siempre vivo en mí.

Seguí escribiendo. De pronto el cielo se oscureció, dejé los papeles y observé a mi alrededor, la casa parecía desolada, un extraño silencio la envolvía. El tío Jaim estaba sentado frente a su pieza, cosiendo. La tía Mindú y las niñas habían salido. Schloime, adormecido, se mecía y mecía en su sillón. Avrom, como de costumbre, agachado sobre su mesa de trabajo reparaba un reloj. Mi padre se encontraba en la calle, trabajando al igual que Itche y Bérele.

Me sentía solo, como si no formara parte de todo este extraño entorno. Diferente, especialmente de mis padres. Nada en común me unía a ellos. Cerré los ojos, y soñé que estaba en un teatro donde todos los que habitaban esta casa eran los actores, y yo, un simple espectador, que sentado en una butaca frente al escenario, los observaba actuar. Terminada la obra, me levantaba y me iba. Ellos quedaban allí, parados, estáticos, como figuras sin vida.

Un ruido me despertó, retomé la escritura, ya sólo me faltaba despedirme y firmar la carta para el abuelo. Escribirle me hacía sentir cercano a él y se borraba momentáneamente el sentido de pérdida del que sufría, pero a pesar de haber terminado la carta, me resistí a firmarla, de nuevo era despedirme, poner fin a algo.

Igual, firmé.

Recorrí nuevamente la casa, seguía sumida en el mismo silencio. Avrom trabajaba en el reloj, Jaim en la costura, Schloime se mecía, mi madre encerrada, y los demás ausentes. ¿Qué hacía yo allí? ¿Quién era yo lejos de mi país?

Los que habitaban esta casa pretendían vivir como una gran familia, quizás por ello no sufrían como yo, para mí todas estas personas no eran mi familia, esta no era mi casa. La mía quedó allá, abandonada.

Doblé las hojas de carta y las guardé dentro del sobre. Las nubes se habían marchado y el día recobró su esplendor.

Más tarde la tía Mindú volvió del paseo con las niñas, y de vuelta retornó el barullo y la vida a la casa. Málkele me vio solo. Se acercó y sin despegar sus ojos de los míos me saludó. Fue extraño, desde mi llegada nunca la volví a ver, y tampoco sentí deseos de hacerlo, ahora era ella la que se acercaba a mí ofreciéndome su saludo. Málkele y yo estábamos frente a frente, y tuve vergüenza, mis piernas me temblaron y mi rostro palideció. ¿Y si se diera cuenta de todo lo que yo sentía por ella? -pensé-. ¡No! Mi pensamiento era muy infantil, era sólo mi timidez la que hizo despertar aquel miedo.

-¡Hola, Móishele!

-¡Hola, Málkele! -respondí, con voz entrecortada. -¿Qué tienes en la mano? -preguntó ella.

-Son cartas -dije, mientras levantaba los sobres-. Schloime me dijo que las puedo enviar, y seguro que llegarán a destino.

-No lo sé, yo nunca escribo cartas.

-¿Por qué? ¿No tienes amigos o parientes en Polonia?

Sin darme cuenta, Málkele y yo estábamos manteniendo una conversación.

-Dime, Móishele -preguntó de nuevo-. ¿Te agrada vivir acá?

-¿Lo dices por la casa o por el país?

-Por todo -respondió.

-No me gusta vivir lejos de Varsovia, tampoco elegí venir hasta aquí, mi padre tomó la decisión y no nos preguntó qué pensábamos.

-Pero acá estamos seguros -dijo, con voz firme, convencida. Málkele seguía hablando mientras yo la observaba tratando de buscar la semejanza con la otra Málkele, la niña de las trenzas, la niña de la mirada lánguida. Pero aquella niña quedó atrás, Málkele ahora era casi una mujer.

-¡Sabes, Móishele! -continuó diciendo-, me gustaría hablar contigo, si tú quieres; no tengo amigas y mi padre no me deja salir sola de la casa. Todos los que viven acá son personas mayores. Bérele, el único joven, siempre está trabajando, con él tampoco puedo hablar, mis hermanas son aún muy pequeñas y a ti te veo como a un amigo al que necesito.

Me quedé helado. Málkele me ofrecía su amistad.

Aquella proposición fue lo mejor que me sucedió hasta entonces. Ella y yo fuimos buenos amigos, y nuestra amistad se enriqueció día a día.

Habían noches en que mi padre llegaba cansado, sin ganas de hablar y ni siquiera cenaba para ir a dormir, vaciaba sus bolsillos y dejaba sobre la mesa todo el dinero de la cobranza

del día, deshacía el paquete de telas, agregaba más mercaderías y lo dejaba de vuelta en un rincón de la pieza hasta la mañana siguiente.

Pronto aprendió a hablar en castellano y dejó de lado el yiddish. Insistía en que todos lo aprendiéramos también.

-Vivimos acá -decía-, y de otra manera nunca podremos comunicarnos con las demás personas fuera de las de esta casa o este barrio. Mi madre nunca demostró interés en hablarlo, así como dejó de preocuparle el cansancio que traía mi padre y lo que sucedía a su alrededor. Pero una mañana ella nos sorprendió. Desperté con la resolana invadiendo nuestra habitación y el sol que se abalanzaba sobre nosotros. No podía creerlo, la ventana estaba abierta de par en par y mi madre, ya levantada, arreglaba la pieza, no terminaba de entender la razón del cambio repentino en ella; cuando ya creí que siempre viviríamos en el desorden. El arreglo le llevó todo el día, primero fueron los utensilios de la cocina, luego juntó la ropa y la guardó ordenadamente en el ropero, la que no cabía la puso dentro de un baúl que nos había prestado la tía Mindú. Abrió la valija que permanecía aún cerrada, y sacó de ella el juego de cubiertos, el samovar y las fotos. Eligió una enmarcada, donde estaban ella y mi padre el día de su boda, y la colgó encima de la cama.

Acomodó el samovar sobre la fiambarrera, y los candelabros a cada lado. Sobre la cama extendió la colcha que había confeccionado con plumas de gansos. También comenzó a cocinar y el aroma de la cebolla frita inundó el lugar. De pronto aquella pieza desordenada y sucia, adquirió algo de la calidez de nuestra antigua casa de Polonia. Encontré un lugar donde guardar mis libros; el mueble tampoco era nuestro, pero lo que importaba era que en él cabrían todos los que traje. Los revisé uno por uno, ahí estaban autores como: Tolstoi, Dostoievsky, y otros también rusos pero que escribían en yiddish como: Fefer, Charik, Mrkish. Intenté retomar la lectura, pero no lo logré, aún estaba distraído y preocupado, y no podía concentrar mi atención. Cambié varios autores y títulos creyendo que de esa manera lo lograría, pero siempre fracasaba cuando intentaba pasar de las primeras páginas.

Ese mismo día, cuando, al anochecer, llegó mi padre y entró a la pieza, su asombro fue tan grande que no halló palabras con que manifestar su alegría; creo que había perdido las esperanzas, dejó de creer en que alguna vez podíamos llegar a vivir como en Polonia. Tiró a un lado su paquete, dejó el cuadernillo donde hacía sus anotaciones sobre la mesa, y como si no creyera en lo que veía dijo sonriendo.

-¿Qué pasó?

-Como ves, Dovid, ordené la pieza, no podíamos seguir así rodeados de suciedad, y por el poco tiempo que vamos a vivir aquí, es mejor que lo hagamos bien.

-Reitze, eres la mejor mujer del mundo -dijo mi padre, y con entusiasmo se acercó y buscó sus manos, pero mi madre lo rechazó, se alejó de él, y tomó el plumero para continuar con su labor. Mi padre se quedó quieto y sorprendido.

-Pero, ¿qué te sucede, Reitze? -preguntó.

No recibió respuesta.

Lentamente se dieron los cambios en nuestras vidas: el arreglo de la pieza, que ahora se veía prolija y ordenada, el trabajo de mi padre mejoró y la ganancia alcanzaba para pagar el alquiler, la comida, y lo que sobraba mi madre lo guardaba dentro de un pañuelo cuyas puntas ataba unas con otras. Ese ahorro era sólo para los pasajes de vuelta a Europa.

El clima de hogar llegó a nuestras vidas. Los viernes al atardecer mi madre encendía las velas. Ese era nuestro único contacto con la tradición judía, acá no existían templos adónde ir, ni rabinos, ni casa de baños rituales, ni escuelas donde nos enseñaran hebreo, tampoco matarife ritual.

Éramos muy pocos los judíos que vivíamos en este país y pocas eran las veces que nos reuníamos a rezar en algunas de las casas, pero a cambio de esto, no sufríamos persecuciones y confiábamos en las personas, caminábamos con libertad por las calles sin correr riesgos ni temor de que nos lastimen o nos griten judíos puercos.

El orden en la pieza, los adornos conocidos, el olor familiar de nuestro hogar, me daban seguridad. Antes, cuando llegaba a la pieza, me sentía extraño, como si no formaba parte de ese entorno, pero eso cambió.

Tras el rechazo, mi padre hizo lo que normalmente repetía todas las noches, arregló su paquete de telas para el día siguiente, tomó un vaso de té, y fue a dormir, sin decir una sola palabra.

A pesar de las expectativas que todos teníamos por el cambio que tuvo mi madre al ordenar la pieza, en definitiva, nada cambió, excepto el orden. El cambio fue sólo externo, por dentro seguía igual, pensando y sintiendo lo mismo, siempre en la negativa de vivir lejos de Europa. Su tristeza seguía aislándola de todos. Féiguele se convirtió en su única preocupación, a mí me veía como el hijo mayor sano y fuerte, creía que por ello no necesitaba de sus cuidados como Féiguele, que era el pequeño, enfermo y débil. Yo era el mayor, pero no por ello dejaba de necesitarla, sufría por su abandono. Mi padre tampoco se ocupaba por satisfacer mis necesidades afectivas, él por su parte consideraba que cuanto más tiempo pasara solo, más seguro y fuerte crecería y me haría hombre. Para él los hombres no debían sentir miedo, y yo era muy miedoso, temía hasta de sus palabras.

Salí de la habitación para buscar a Schloime y preguntarle si había enviado las cartas. Lo encontré sentado en el corredor cerca de la radio.

-¡Schloime! ¿Pudo mandar las cartas que le di?

-No hables ahora, Móishele, calla y escucha -respondió.

Se lo venía nervioso. Daba vueltas el dial buscando sintonía. Se oía mal; unos ruidos extraños interrumpieron la comunicación, pero en unos minutos más, la voz del locutor se hizo clara, entonces Schloime gritó:

-¡Avrom, Jaim, Itche, vengan acá! Ahora se puede escuchar bien.

-¿Qué pasa, Schloime? -pregunté sorprendido.

-Hoy fui al puerto, Móishele, y me llegó el periódico donde leí noticias muy feas sobre Europa.

-¡Noticias malas! -dije.

-Sí, Móishele, muy malas -respondió Schloime.

-¿Pasa algo malo, allá? -mi pregunta estaba llena de preocupación.

-¡Avrom, Jaim, Itche, vengan! -volvió a gritar Schloime. Y mientras él seguía llamando yo fui corriendo a buscar a mi padre.

-¡Papá, papá, despierta! -dije moviéndolo de un lado a otro.

-Moishe, hijo. ¿Qué sucede?

Yo me encontraba tan agitado que las palabras apenas me salían.

-Schloime, Schloime, está frente a la radio escuchando noticias muy malas.

-¿Noticias? ¿De dónde? -preguntó mi padre.

-De Polonia, papá, ven pronto, vístete y vamos.

Mi padre se levantó y se vistió. Mi madre también despertó preguntando qué sucedía.

-Nada, Reitze -respondió-, duerme. Son sólo historias del viejo Schloime.

Mi padre y yo salimos al corredor. Avrom, Itche y el tío Jaim ya estaban atendiendo las palabras del locutor que transmitía las noticias en polaco, por eso todos entendíamos.

-¡Vengan, vengan todos, despierten! -gritaba Schloime.

La tía Mindú y Bérele también se acercaron, histéricos debido a los gritos.

En ese momento la noticia se volvió a repetir. Anunciaba el avance de Alemania hacia Polonia.

Todos quedamos atentos, pero sin poder creer lo que terminábamos de oír; en ese momento no comprendimos la magnitud de la noticia, como tampoco después pudimos comprender sus consecuencias.

Seguimos escuchando. Trajimos sillas y nos sentamos alrededor de la mesita donde estaba apoyada la radio. Así nos quedamos, quietos en espera de más noticias que luego se ampliaron. Eran aterradoras, el antisemitismo invadía Europa, la vida del judío era cada vez más difícil, y corría peligro.

De vuelta un ruido extraño interrumpió la comunicación.

-Schloime, ¿por qué no se escucha? -pregunté.

-Se interrumpió la comunicación -respondió.

Nadie se movió de su silla. La espera continuó. De inmediato me puse a pensar en el abuelo y en los tíos, en el rabino Elías, ellos estaban allá. ¿Y si les sucedía algo malo? -pensé, desesperado.

Me levanté de la silla y me senté en el suelo a los pies de mi padre. No podía contener el llanto. Me aterrorizaba la idea de que al abuelo le podía suceder algo malo, que podía sufrir, y nosotros acá tan lejos, sin poder ayudarlo. Sin poder hacer nada por él.

-¡Papá, por favor, dime que nada malo va a pasar en Polonia! -angustiado dije a mi padre.

-Mira, Móishele -me respondió-, yo también deseo pensar eso mismo, que nada malo les va a pasar, pero creo que no va a ser así, la guerra ya está allá.

-¿Y el abuelo? ¿Y los tíos? ¿Y todos los que se quedaron?

-Nadie puede saber, y menos nosotros que estamos tan lejos. Avrom notó mi pesar, entonces me tomó la mano y me trajo junto a él.

-Mira, Móishele -dijo-, no sufras por algo que todavía no sabemos cómo será. Eres joven, tienes mucho tiempo por delante para sufrir, ahora sólo reza, pide a Dios que nada malo suceda en Europa y ten mucha esperanza.

Deseé intensamente poder rezar como me dijo Avrom, y sobre todo creer en ello, pero no podía rezar. Yo quería volver, necesitaba ir hasta allá, estar junto a mis seres queridos; yo también era parte de todo ese infierno, estando acá, lejos, me sentía un traidor.

-¡Papá! -lo llamé de nuevo-, quiero volver, necesito volver.

-¿Adónde? -me preguntó.

-¡A Varsovia! No me puedo quedar acá, lejos -dije.

-¡Móishele, estás loco! -fue la respuesta de mi padre-, vinimos a América para salvarnos, huyendo de la guerra, ¡y ahora tú quieres volver! Estás loco, hijo.

-Entonces -pregunté de nuevo-, ¿tú sabías que esto iba a suceder?

-¡No, Móishele! No estábamos seguros de que esto podía llegar a suceder, pasábamos hambre y no había trabajo -respondió él.

-Entonces, por favor, papá, escríbeles a los tíos y al abuelo que vengan, que salgan de Varsovia, que se escapen.

-Sí, hijo, eso voy a hacer.

En ese momento fui egoísta, sólo pensé en los míos y en mi propio sufrimiento, y por el resto, ¿quién se preocupaba? ¿Cómo harían para salir de Europa?

Esa fue una noche larga, todos permanecíamos en silencio y ansiosos esperando más noticias. Nadie hablaba, sólo mirábamos el aparato de radio. Las horas pasaron y las noticias no volvieron.

Féiguele enfermó. Fue después de la fiesta de cumpleaños de Dóbbele.

La niña cumplía siete años. La tía Mindú, a pesar de su embarazo, preparó el festejo con mucho entusiasmo. Cocinó shtrudl de manzana, bizcochos, torta de miel y empanaditas rellenas con dulce. Mi madre y Guitte la ayudaron en la preparación de la comida. Schloime ayudó en la limpieza del patio, podó los árboles y limpió el gallinero. Bérele también colaboró, pintando la pared del corredor para que la casa se viera mejor ese día.

El festejo del cumpleaños de Dóbbele nos sirvió de distracción en un momento en el que vivíamos pendientes de las noticias, no se hablaba de otra cosa, y sólo nos preocupaba la guerra, perdimos totalmente el interés en otros temas. Eso no sólo ocurría en nuestra casa, todo barrio Palestina sufría de la misma angustia. Cuando nos cruzábamos con algún vecino, también judío, el saludo era una pregunta: ¿Qué sabés de Europa? ¿Recibiste noticias de algún pariente? ¿Qué se sabe de la guerra?

Cada uno esperaba correspondencia de sus respectivas familias, y la falta total de cartas creaba un clima de permanente tensión.

El cumpleaños de Dóbbele fue un buen pretexto para desviar por unas horas la preocupación. Además, Dóbbele era una niña muy tierna y simpática, en la casa todos la queríamos mucho, estaba siempre dispuesta a ayudar, cuando Guitte baldeaba el corredor, Dóbbele le secaba el piso, si mi madre necesitaba alguna compra Dóbbele iba corriendo hasta el almacén. Cuando Avrom trabajaba, ella se sentaba a su lado y le hacía compañía.

Era un día radiante, y la casa se llenó de niños, que correteaban por el patio. Féiguele no jugó, no debía correr, por temor a un nuevo ataque de asma. Mi madre lo sentó junto a Schloime en el corredor, y a pesar del calor, Féiguele vestía camisa abrigada y pantalones largos. Mientras duró el festejo, Féiguele no se movió de la silla, mi madre cada tanto lo miraba, controlando por si se le ocurría cometer alguna travesura, pero él jamás la desobedecería, era incapaz de producirle ni un solo quebranto, pues la culpa de ser un mal hijo, después no lo dejaría vivir.

Dóbbele se veía feliz, disfrutó de su cumpleaños desde la mañana hasta el final de la tarde cuando el último invitado se marchó.

El festejo terminó y todos quedamos cansados, la tía Mindú mandó una fuente llena de comida que había sobrado. Cenamos y fuimos a dormir. Esa noche no se prendió la radio, le dimos descanso a la pesadumbre, pero a mí me duró poco, unas horas después, la tos de Féiguele me despertó. Mi madre se levantó y le dio una cucharada del medicamento que acostumbraba tomar y le preparó un té con limón bien caliente. Le fregó el pecho con la pasta de grasa de gallina y por un momento Féiguele mejoró, pero en la mañana bien temprano cuando mi padre se marchó a trabajar, le volvió la tos, esta vez ni el jarabe, ni el té lo calmaron. Tosía y tosía hasta volverse azul, de nuevo esos ataques de asma lo dejaban sin poder respirar.

Mi madre, viéndolo en ese estado, gritaba:

-¡Móishele! Ve a buscar un médico, tu hermano se está muriendo.

-Por favor, mamá -dije-, no grites, así no puedes ayudar a Féiguele.

-Pronto, Móishele, pide a Mindú que te indique dónde buscar al doctor.

Salí corriendo a llamar a la tía Mindú, pero Guitte se me cruzó en el camino.

-¿Qué pasa, Móishele, por qué corres? -preguntó.

-Mi hermano enfermó, y busco a la tía Mindú -respondí.

-¿Qué necesitas, Móishele?

-¡Un médico, urgente!

-¡Vamos! -dijo Guitte y me acompañó hasta la casa del doctor, golpeamos a la puerta, nos abrió un hombre alto, de buen aspecto. Vestía ropa blanca que lucía impecable. Guitte habló y le explicó lo que sucedía, yo me mantuve callado, aún no hablaba lo suficiente castellano para hacerme entender.

El doctor contestó a Guitte y luego volvió a entrar.

-¿Qué pasa con el doctor? -pregunté, temiendo que no fuera a ayudar a mi hermano.

-Nada malo, Móishele, no te preocupes, sólo fue a buscar su maletín y unos medicamentos -respondió.

Después de largos minutos, el doctor volvió llevando un maletín en la mano. Los tres caminamos hasta la casa. Guitte y el doctor hablaban continuamente, yo muy poco pude entender lo que decían.

Schloime, en el portón, nos esperaba. Saludó amablemente al doctor, y nos acompañó hasta la pieza; una vez adentro, el doctor se acercó a Féiguele que se veía peor, lo revisó detenidamente, y pidió a Guitte y a mi madre que salieran de la pieza. Quedamos sólo los tres; bajó el pantalón de Féiguele y le aplicó una inyección. Féiguele se quedó quieto y no se quejó; luego el doctor lo alzó en sus brazos y lo sentó afuera, en el sillón de Schloime. Dio varias indicaciones a Guitte y dejó una botella con medicamento. Le pasó la mano a mi madre, le acarició la cabeza a Féiguele y se marchó.

-Guitte, ¿qué dijo el doctor? -preguntó mi madre.

-Féiguele no tiene nada grave, no tienes que preocuparte -respondió-; con el medicamento que dejó pronto se va a sentir mejor, pero tienes que mantenerlo fuera de la pieza, para que respire aire fresco, así se va a curar.

Mi madre permaneció callada, no prestó atención a las palabras de Guitte ni a las recomendaciones que había dejado el doctor Fernández, levantó a Féiguele y lo llevó de nuevo a la cama, lo cubrió con la colcha y se quedó todo el día junto a él, cuidándolo.

Guitte y yo estábamos sorprendidos, nada podíamos hacer. De nuevo sentí rabia. Pateé una plantera y salí a la calle.

Mi padre me había prohibido salir solo, consideraba que aún no conocía bien las calles, y temía que me perdiera, sólo podía salir acompañando a Schloime cuando iba al mercado o al puerto, de otra manera no podía ser; pero yo, allí en la casa, me sentía prisionero, viendo a las mismas personas que hablaban siempre del mismo tema, y ahora a mi madre encerrada en la pieza pendiente de la salud de mi hermano.

También estaba cansado de mi padre, que cada día regresaba más tarde y hablaba menos, poniendo el cansancio como pretexto para ir a dormir más temprano, y estar menos tiempo con nosotros, especialmente con mi madre.

La calle estaba vacía, ni siquiera el carrito que vendía agua, ni el vendedor de sandías pasaban a esa hora. Era una de esas siestas desabridas, agotadas de calor; sentía ganas de escapar, de esconderme en un lugar donde nadie pudiese nunca hallarme. Me sentía cansado, y enojado, caminé hasta el puerto, pensando encontrar respuestas a las cartas que mandé, eso me tenía preocupado, nunca recibíamos cartas desde nuestra llegada a América. Ahora tampoco tenía noticias, volví a casa pensando. ¿Qué pasaría si mi padre me viera caminando solo, no respetando su orden? De nuevo yo sería el hijo desobediente y por ello me castigaría, pero ya no temía a los castigos que mi padre o mi madre me podían dar, yo

sólo temía al dolor; seguí caminando despacio, con desgano y sin correspondencia, no había almorzado, y tampoco había dormido lo suficiente, la enfermedad de Féiguele no me permitió descansar durante la noche. Llegué, la casa estaba silenciosa, encontré a mi madre en el patio alimentando a las gallinas.

Féiguele dormía, lo miré y sentí también deseo de dormir.

Era casi de noche cuando desperté sediento y con hambre, mi padre ya había llegado y la mesa estaba puesta para la cena. Comimos en silencio y después cada uno lavó su plato. Fuimos a dormir, como si nada hubiera pasado ese día.

Desde nuestra llegada a América, no recibimos cartas, nada sabíamos de la vida de nuestros familiares, ni de lo que ocurría en esos momentos en Varsovia, teníamos que conformarnos con las noticias que leíamos en los periódicos o escuchábamos en la radio. A pesar de que escribíamos cada semana cartas al abuelo y a los tíos no recibíamos respuestas, eso creaba en nosotros mayor preocupación. La situación política y en especial la de los judíos en toda Europa era terrible y empeoraba con los días.

Tampoco nuestros vecinos tenían noticias, todos vivíamos angustiados, y esa angustia se manifestaba en cada uno de nosotros de diferente manera. Mi padre prefería huir, refugiarse en su silencio para no enfrentarse con la realidad, permanecía callado todo el tiempo que se encontraba en casa. Avrom pasaba horas y horas agachado sobre su mesa, trabajando. Guitte repasaba y repasaba varias veces el corredor, hasta sacarle brillo a las baldosas; Schloime se mantenía cerca de la radio, esperando que llegara la hora de las noticias o de lo contrario se paraba en la vereda, como si fuera a esperar a alguien; Itche y Bérele distraían su ansiedad pintando las paredes o arreglando los techos.

Al que menos preocupado se lo veía era al tío Jaim, no preguntaba por las últimas noticias, ni le alarmaba la falta de correspondencia, en ese momento de su vida lo único y lo más importante era tener un hijo varón: «Un heredero» como decía él. Y aunque Dios lo bendijo con cuatro mujeres lindas y saludables, no estaba conforme, para sentirse totalmente feliz, necesitaba un hijo varón, pues de lo contrario, ¿quién iba a rezar por él después de su muerte una oración? Para cumplir con el mandamiento de la ley judía que dice: «Solamente un hijo varón puede recitar una oración por sus padres difuntos. Cuanto más cercano estaba el día del nacimiento, mayor era la impaciencia del tío Jaim y de la tía Mindú. Pero aquella no era su única preocupación, también existía otra y se llamaba: Málkele. La hija mayor de los tíos se había convertido en una joven retraída, tímida y hasta amarga -según el comentario que hacía el padre-. Nunca salía de la pieza y sólo lo hacía bajo amenazas. Para los tíos lo terrible era que Málkele ya estaba en edad de encontrar novio y casarse, pero a ella no le gustaba ninguno de los tantos candidatos que el tío traía a

la casa, a todos les encontraba algún defecto. Esa era la causa por la que Málkele se estaba convirtiendo en una joven solitaria y triste.

Una siesta calurosa, salí al patio, busqué refugio bajo la sombra del mango, para poder dialogar tranquilo con mis fantasmas. Los demás descansaban, y yo podía pensar en silencio, calladamente.

Fue entonces cuando Málkele me interrumpió.

-¡Móishele!, te estaba buscando.

-¿Qué te sucede, Málkele?

-Estoy muy triste.

-¡Ven, siéntate!

-¿Te duele algo?

-No, Móishele, no estoy enferma, no me duele nada.

-Los dolores no son sólo en el cuerpo y por enfermedad, hay otros dolores, que también duelen y mucho -contesté.

-Sabes, Móishele, muchas veces no te entiendo.

-No importa, Málkele, mejor habla tú.

Málkele se sentó junto a mí, los dos recostamos nuestras espaldas en el tronco del árbol y hablamos. Málkele sufría por la presión que recibía de su padre, sobre ella caía el deseo del tío Jaim por verla casada. Ella despreciaba a todos los jóvenes que el padre le presentaba como futuros esposos. Lo único que ella deseaba era que la dejaran en libertad de elegir cuándo y con quién casarse. No quería imposiciones, pero al oponerse a los deseos de su padre sentía que lo decepcionaba, y que era la única responsable de los pesares del tío Jaim. La historia de Málkele me hizo recordar a la de la tía Yenttel, también a ella el abuelo le impuso un marido, estaba seguro que si el tío Jaim aún viviera en Polonia, también buscaría los servicios de una casamentera, para que encontrase un marido para su hija. A nadie le importaría si Málkele era feliz, eso carecía de importancia.

En medio de la conversación, sentí pena por Málkele y rabia por el tío, me molestaba que la hicieran sufrir de esa manera. Tuve deseos de ayudarla, ella y yo nos habíamos convertido en buenos amigos, compartíamos secretos e intercambiábamos el mismo afecto.

Pensé en enfrentarme al tío Jaim y pedirle que la dejara elegir con libertad, pero el tío nunca me escucharía y terminaríamos en una terrible discusión.

-Escucha, Málkele -dije, mientras con una ramita dibujaba círculos en la arena-, tienes que estar tranquila.

-Es muy difícil, Móishele. Mi padre insiste y trata de convencerme que soy yo la equivocada.

Permanecimos callados, no encontraba palabras que la pudieran consolar. La tomé de las manos y las sentí frías, temblando entre las mías.

-¿Qué hacen acá en silencio? -preguntó Bérele, quien llegaba del trabajo con el paquete de telas bajo el brazo.

-Estamos pensando -dije-; ven y siéntate con nosotros. Estaba convencido de que la presencia de Bérele distraería nuestra preocupación.

Bérele fue hasta su pieza, dejó el paquete y volvió en pocos minutos más. También se sentó en el suelo, y el tema de conversación se desvió hacia la situación actual que estaba atravesando Europa; la guerra y de qué manera nos afectaba a nosotros que estábamos lejos. Bérele era un joven muy sensible, hacía un par de años que vivía con su padre en América, pero extrañaba su casa, el pueblo, los amigos. En estos momentos él quería regresar, creía que debería volver. Los tres permanecimos callados, pensando, luego Bérele preguntó:

-¿Tú crees, Móishele, que los alemanes pueden llevar a cabo su propósito?

-Viendo cómo está la situación en Europa, creo que sí -respondí.

-Dime, Móishele -volvió a decir Bérele-. ¿Conoces algún movimiento que trabaje para la liberación de Palestina?

Fue en ese momento cuando sentí de nuevo el impulso de tomar un libro, un deseo incontrolable de retomar la lectura que había abandonado, quise correr junto a mis libros, subir a mi guarida, tomar libro por libro y detenerme en cada uno. Yo creí que había perdido el interés. Ante los ojos sorprendidos de Bérele y de Málkele, me levanté y fui corriendo hasta nuestra pieza, junto al mueble donde estaban guardados los pocos libros que pude traer, tomé uno y regresé al patio con él.

-¡Ten, Bérele! -dije.

Bérele tomó el libro, leyó el título. Málkele me miraba sin entender la razón de mi repentina excitación, la misma que tenía cuando iba a la casa del tío Iósel, esa misma impaciencia frente al despertar de una pasión, puesta en un ideal.

Aquella era la primera vez, desde que salí de Polonia, que me sentía diferente. Volví a experimentar la sensación de sentirme vivo, de existir.

Bérole y Málkele siguieron sentados, y juntos hojeaban el libro. Yo salí a la calle, tenía que respirar aire puro, no podía quedarme allí quieto, como enjaulado. Veía a la casa rodeada de barrotes, me sentía prisionero de la angustia de los demás, de la culpa de mi padre, de mi hermano, víctima de la insatisfacción y de la lástima que mi madre se tenía a sí misma. En la calle me sentí bien, el aire olía diferente, el viento soplaba distinto. Caminé varias cuadras, luego tuve deseos de correr, y corrí. Corrí tanto que de pronto la sed me detuvo y quedé en una plaza, jadeando. Agaché la cabeza y respiré hondo, me senté en un banco a descansar. Lentamente fui reponiéndome, al rato un par de niños se acercaron, iban detrás de una pelota, y con un gesto de cabeza me invitaron a jugar; sin dudar me saqué la camisa, los zapatos y fui con ellos. Jugué tanto que me olvidé de la hora y de mi madre. No le había avisado que saldría, y supuse que al no encontrarme se preocuparía. El sol se estaba alejando, despacio. Decidí volver. Cuando llegué a la casa, sudado, cansado y preocupado, Schloime me estaba esperando, en la calle, mirando a cada lado, como era su costumbre.

-¿Qué te pasó, Móishele? ¿De dónde vienes? -preguntó.

-Fui hasta la plaza, jugué a la pelota con unos niños -respondí.

-Ve corriendo junto a tu madre.

-¿Pasa algo malo con ella? -pregunté.

-A ella no le sucede nada malo, pero tu hermano de nuevo enfermó.

Como me había temido, encontré a mi madre llorando, pero ella no lloraba de preocupación por mí, lloraba porque Féiguele enfermó de nuevo. Féiguele se veía pálido, tosía y gemía. Lo saludé y fui hasta el cuarto de baño a limpiarme. Mientras el agua me corría por el cuerpo, pensaba en Féiguele, mi hermano, no podía seguir viviendo de esa manera, no salía de la pieza, no jugaba con otros niños, habían días en que ni siquiera bajaba de la cama, llevaba la vida de un niño inválido.

Cuando mi padre regresó del trabajo, aparte de enfrentarse con el ataque de asma de Féiguele, también se encontró con la angustia de mi madre y el calor asfixiante de nuestra pieza. Hasta entonces las noches habían sido apacibles y frescas, pero de pronto se volvieron muy calurosas. Cenamos en el mismo silencio de siempre. Me hubiera gustado contarle a mi padre la tarde de juego que viví, y el problema que tenía Málkele con el tío Jaim, pero me detuvo la falta de interés que él siempre mostraba a mis comentarios.

Terminamos de cenar, Féiguele se veía recuperado de su crisis y entonces mi madre más tranquila dijo:

-¿Cómo haremos para dormir esta noche?

-¿Por qué, Reitze, qué cambió? -le preguntó a su vez mi padre.

-¡Dovid! ¿Tú no sientes calor?

-Te olvidas, Reitze, que yo camino todo el día bajo el sol, el calor no me asusta.

-Pero a mí me ahoga, Dovid -respondió mi madre con un tono de reproche en su voz.

Para evitar seguir oyendo las discusiones de ellos salí al patio. Busqué a Bérele, quería hablar con él, me inquietaba saber si había leído el libro que le presté en la tarde y le encontré con Itche y con el tío Jaim, los tres hombres acomodaban unos catres en el patio.

-¿Qué haces, Bérele? -pregunté.

-En verano, cuando las noches son muy calurosas, dormimos acá, afuera, en las piezas no se puede descansar bien; ven también tú, Móishele, saca un colchón, y duerme con nosotros y mira qué lindo se ve el cielo, en las noches de verano.

Me causó sorpresa verlos acostados en el patio, pero me pareció buena idea, fui a buscar mi colchón, y avisé a mis padres que dormiría también afuera. Acomodé mi colchón al lado del catre de Bérele y una vez acostado le pregunté:

-Dime, Bérele -dije-. ¿Leíste el libro que te presté hoy a la tarde?

-¡Sí! -respondió Bérele, con entusiasmo-, leí unas cuantas páginas. Si quieres lo leemos ahora.

Acepté. Bérele fue y trajo el libro y una vela. Nos acomodamos sobre el colchón y empecé a leer en voz alta. Bérele me oía atento cuando de pronto se acercó mi padre y de un tirón me sacó el libro de las manos. Su reacción fue tan brusca que no tuve tiempo de darme cuenta de lo que sucedía, hasta que lo oí decir:

-¡Moishe, levántate, y ve a la pieza, rápido!

-¿Qué sucede, papá?

-Otra vez con esos libros, te prohibí leerlos.

Lo acompañé hasta la pieza, pero como no estaba dispuesto a discutir, lo oí y callé. Después volví al patio. Bérele estaba más asustado que yo, no entendía la razón por la que mi padre me prohibía leer. Le expliqué que él no aceptaba mis lecturas, consideraba que eran una pérdida de tiempo, y sobre todo si los temas eran sionistas.

Bérele quedó dormido, yo no podía dormir, me levanté y caminé por el patio. El cielo estaba estrellado, era una noche clara y mansa; embriagada de azahar.

Quedé largo tiempo velando la noche, cuando un ruido extraño distrajo el silencio. Era un llanto. Creí que era mi madre quien lloraba, y me acerqué cuidadoso a la ventana de nuestra pieza, pero la miré, y ella dormía plácidamente. El llanto volvió, entonces será la tía Mindú quien llora -pensé-, fui preocupado y desperté al tío Jaim.

-¡Tío Jaim! -dije- despierta.

-¿Qué pasa? -preguntó.

-Escucha, la tía Mindú está llorando.

El tío Jaim se incorporó de un salto y corrió hasta su pieza, yo lo seguí de cerca, pero allí nos encontramos con las cinco mujeres que dormían plácidamente.

-Escucha, Móishele, ve a dormir, y no me molestes.

-Pero tío, escucha -Insistí.

-No te preocupes, Móishele, es Guitte.

-Tío Jaim, ella está llorando -dije.

-Siempre es así, ella llora todas las noches.

-¿Por qué? ¿Está enferma? -volví a preguntar.

-Mira, Móishele, espera que sea de día y pregúntale a ella.

Ahora, por favor, déjame dormir tranquilo, y ve tú a hacer lo mismo.

Cumplí con lo que el tío Jaim me ordenó, me acomodé en silencio al lado de Bérele, pero mi inquietud por el llanto de Guitte impedía mi descanso.

Pensando en ella, el sueño me venció.

Desperté en la mañana, cansado y mareado, levanté el colchón y en ese momento recordé la discusión que tuve con mi padre la noche anterior.

Entré a la pieza, mi padre ya se había levantado, lo saludé y él me dijo:

-Ven, Moische, siéntate, quiero hablar contigo.

-Sí, papá -respondí.

-Hijo, tú no obedeces a tu madre ni a mí. Te hemos prohibido leer esos libros que no te enseñan nada bueno.

Mi padre levantó la voz y siguió acusándome que yo no hacía nada durante el día. Mi madre se mantuvo callada, y prefirió ir hasta el aljibe a buscar agua. Siempre sucedía lo mismo, ambos huían de las situaciones difíciles. Cada uno de diferente manera. Los gritos y las amenazas siguieron, pero de nada servían, ya ellos dejaron de producirme miedo, ya no los temía, ni siquiera creía en ellos. Luego, cuando mi madre volvió con el balde rebosando de agua, mi padre ya se había marchado, sin desayunar, y sin despedirse.

-¿Y tu padre, Móishele? -preguntó.

-Salió, mamá -respondí.

-Siempre eres tú, Móishele, el que pone nervioso a tu padre. Tienes que cambiar, hijo, nos creas muchos problemas. Con la enfermedad de Féiguele es suficiente. ¿No te parece?

Preferí no responder, ni darle importancia al reclamo de mi madre, y salí de la pieza. Entonces recordé el llanto de Guitte y quise saber qué le sucedía. Fui a buscar al tío Jaim. Lo encontré sentado cosiendo en la puerta de su pieza.

-Tío Jaim, dime, ¿qué le pasa a Guitte? ¿Está enferma? -pregunté.

-No, ella no está enferma.

-Entonces, ¿por qué llora durante la noche?

-Guitte sufre de tristeza, eso le sucede a todas las mujeres que no tuvieron hijos.

El tío Jaim suponía la razón por la que Guitte lloraba y sufría, pero en realidad conocía poco sobre la vida de ella, y la de su marido y la de Schloime, así como la de los demás. En la casa vivíamos cuatro familias, compartíamos el patio, el cuarto de baño, comíamos a la misma hora, hablábamos el mismo idioma, conocíamos las manías de cada uno, todos éramos judíos escapados de Europa, pero a pesar de vivir juntos, éramos unos para los otros simples desconocidos, y aunque mi madre cocinaba en el mismo fogón de la pequeña cocina junto a la tía Mindú y a Guitte y lavaban la ropa en la misma latona, ellas nunca hablaban de sus tristezas ni de sus alegrías, solo intercambiaban harina, azúcar o jabón. Con los hombres sucedía lo mismo, hablaban de la guerra, de las noticias o del trabajo, pero nunca manifestaba uno al otro sus preocupaciones o angustias. Nadie sabía de qué enfermedad sufría Guitte, ni de los pesares de Málkele, ni de la aflicción de mi madre. Cuando alguien enfermaba todos corrían a llamar al doctor, ésa era toda la ayuda que prestábamos al que sufría, pero de los otros dolores, los no visibles, nadie se ocupaba. En realidad ninguno aceptaba esta vida, ni esta casa, ni a las personas que habitábamos en ella. Estábamos convencidos que todo esto sería fugaz, temporal, nos sentíamos pasajeros de un viaje que pronto acabaría y cada uno de nosotros se despediría del otro y retomaría su antigua vida. Por eso temíamos crear afectos. Negando la realidad nos protegíamos de no volver a experimentar el sufrimiento de la pérdida. Aceptar a nuestros vecinos, aceptar la casa, significaba aceptar el lugar y aceptar también nuestras vidas desarrollándose lejos de Europa.

La mañana pasó, y me sentí agotado, fueron varias las razones que me dejaron en este estado: el problema de Málkele y su padre, la nueva discusión que tuve con mi padre, el juego en la plaza, y el llanto de Guitte durante la noche. Leer era lo único que deseaba en ese momento, tomar un libro y encerrarme solo a leer, pero para evitar una nueva discusión con mi padre, deseché la idea.

Abrí el cajón de la fiambreira y tomé mi armónica, hacía tiempo que no la tocaba, por miedo a enfrentarme con la música que tanto gustaba al abuelo, y que me recordaba las calles de Varsovia.

Me senté en el borde de la cama y mientras la observaba la emoción me ganó, no pude soportar los recuerdos. Salí de la pieza, no quería que mi madre ni Féiguele me vieran llorar. Ya había oscurecido, era una noche bañada de luz, me senté y acerqué la armónica a mis labios, pero no la pude soplar. Sólo pude acariciarla.

Mis padres dejaron de mencionar el viaje de regreso, pensé que quizá se convencieron que vivir en América era bueno, que mi madre finalmente había terminado por aceptar la vida en esta casa compartida con otros inquilinos, y a nuestra pieza como su hogar, y también mi padre había aceptado que no existía otro trabajo para él que el de vendedor ambulante, pero la realidad era otra, no podíamos volver a Europa en esos momentos. Escapamos del hambre, de la persecución, y de la muerte. Aunque ya de nada servían los ahorros que mi madre hacía para comprar los pasajes de vuelta, igual ella seguía guardando en el pañuelo las monedas que sobraban; estaba convencida que pronto la guerra terminaría y finalmente realizaríamos el viaje de vuelta a Polonia.

El tiempo pasaba y las noticias empeoraban, las preocupaciones seguían y en nuestras vidas nada se modificaba. Todas las noches el llanto de Guitte interrumpía mi sueño, y yo continuaba ocultándome de mi padre para poder leer y hablar con Bérele sobre el sionismo. De estos encuentros también participaba Málkele.

Los días de verano se volvieron largos y tediosos. Pero esa mañana cuando Schloime volvió del puerto con una carta, de pronto el barullo inundó de nuevo la casa. Todas eran voces que le preguntaban a quién iba dirigido aquel sobre que llevaba en la mano.

La carta era para mi padre. Mi madre, Féiguele y yo no pudimos esperar hasta que él regresara para leerla. La abrimos, era la primera que recibíamos desde nuestra llegada y sobre todo que era del abuelo.

Mi madre tomó la hoja y la leyó pausadamente, la carta era corta, en ella el abuelo contaba que estaba dentro de un guetto, de uno muy grande, y que era muy difícil

comunicarse, y sobre todo recibir noticias de afuera, todos los que vivían allí estaban incomunicados pero que gracias a una anciana polaca, que todos los días traía pan duro para los judíos, logró mandarnos esa carta.

Lo único bueno de ella era saber que el abuelo estaba vivo, pero nos dejó con deseos de saber más detalles sobre las vidas de todos nuestros parientes. Habíamos esperado noticias tanto tiempo y ahora que la teníamos no eran suficientes para calmar nuestra preocupación. Cuando mi padre regresó y se encontró con la noticia, su reacción fue igual a la nuestra, se puso ansioso por leerla, pero cuando terminó tras un momento de silencio, arrugó la hoja y la arrojó al piso, con rabia. Yo me sentía como él, con mucha rabia.

Esperamos tanto tiempo alguna noticia, y ahora que por fin la teníamos no nos decía casi nada. Me sentí burlado, sobre todo porque el abuelo no mencionaba mi nombre. Yo era el nieto que más lo necesitaba y extrañaba, esa rabia no me dejó pensar con claridad, sólo sentía decepción.

Dejé de escribir al abuelo, y de acompañar a Schloime al puerto. Seguía enojado.

La pena que me causó la carta del abuelo duró varios días, hasta que una conversación con Málkele la desvió de mi pensamiento.

Esa mañana Málkele me llamaba a gritos, desesperada.

-¡Móishele, Móishele! ¿Dónde estás?

Salí de la pieza, al oír su llamado.

-¡Acá estoy, Málkele! -dije.

-¡Qué suerte que te encuentre, Móishele!

-¿Qué te sucede? -pregunté, asustado por su nerviosismo. La tomé de la mano y la llevé conmigo hasta el patio.

-¡Ven, siéntate! -dije, mientras traía dos silletas.

Málkele se sentó, pero seguía nerviosa.

-Sabes, Móishele -dijo con la voz entrecortada-, mi padre invitó esta noche a cenar a don Leivich, su mujer y su hijo.

-Pero Málkele, ¿qué tiene eso de malo?

-¡Mi Dios! Móishele. ¡Eres tan tonto! La invitación es para presentarme al hijo.

Yo no podía entender la obsesión que tenía el tío Jaim por ver casada a Málkele. Todos sabíamos de sus intenciones y de las tantas veces que fracasó en su búsqueda de encontrar un novio para la hija. ¡Pobre Málkele! -pensé.

-¿Qué pensás hacer, Málkele? -pregunté.

-No sé qué puedo hacer, el hijo de don Samuel Leivich no me gusta, lo vi varias veces, pero no estoy enamorada de él. ¡Ay, Móishele! Tú tienes que ayudarme, eres el único amigo que tengo.

Me quedé pensando cómo le podía ayudar a Málkele, sabía lo terco que era el tío Jaim, más aún cuando tenía una idea fija.

No podía dejar de mirar a Málkele y de sentir pena por la situación que estaba viviendo. Se sentía muy mal, tenía el rostro acongojado, se veía triste y cansada.

-¡Tienes que ayudarme, Móishele! -volvió a repetir.

-Pero, dime, de qué forma Málkele, tus padres no me van a permitir hablar con ellos, tampoco van a prestar atención a mis palabras, y no sé de qué otra manera puedo ayudarte.

-Hoy a la tarde -dijo ella-, cuando venga la familia Leivich, ven tú también, y quédate cerca de mí. A tu lado me voy a sentir acompañada y protegida.

Al atardecer fui hasta la pieza del tío Jaim, como me había pedido Málkele. Esta vez el tío no estaba como otras veces en la puerta de su pieza, cosiendo, por ello me vi obligado a golpear la puerta. No sabía quién estaría más nervioso, si Málkele o yo, desconocía la reacción que podían tener los tíos cuando me vieran llegar sin haber sido invitado, pero por suerte cuando me vieron no les sorprendió mi presencia, por el contrario me invitaron a participar del té. Agradecí la invitación y sin dudar, me senté a esperar también a los Leivich.

La tía Mindú lucía más elegante que nunca, a pesar de su embarazo. La pieza se veía cambiada, habían corrido los muebles, sobre la pequeña mesa la vajilla de plata relucía. Habla diferentes tipos de dulces y de tortas. Las cuatro hijas iban impecablemente vestidas, como para un casamiento. A Málkele le compraron ropa y zapatos nuevos. Lucía hermosa. Llevaba el pelo suelto, adornado con una vincha de raso. El vestido que usaba era de plumetí, color rosa, el largo le llegaba hasta la mitad de las piernas, y los zapatos de tacones altos le prestaban aspecto de mujer. El escote y la transparencia de la blusa dejaban entrever el inicio de sus senos.

Una vez más la figura de Málkele me impresionaba. Esta mujer nada tenía en común con aquella niña que conocí en Varsovia, ni con la joven que encontré aquí en América cuando llegué. Ahora, Málkele era una mujer.

Su expresión también era distinta a las otras, antes era dulce y tierna.

Los Leivich llegaron puntualmente. Ellos también vivían en barrio Palestina, la diferencia era que tenían una casa sólo para ellos, no la compartían con otras familias como nosotros. A don Samuel Leivich le iba muy bien. Fabricaba medias para hombres con un par de máquinas traídas por él de Europa. El matrimonio tenía un solo hijo, llamado Llove, que desde hacía un tiempo se había convertido en el pretendiente perfecto para Málkele, a los ojos del tío Jaim. Llove cumplía con todos los requisitos que el tío pretendía para su hija mayor: un buen muchacho, de buen aspecto, de buena familia, con un futuro seguro, y sobre todo con casa propia. Don Samuel le había regalado cuando cumplió veinte años, una casa vecina a la de ellos, así el hijo no tendría que vivir alejado de sus padres, cuando le llegase el momento de casarse. Como Llove era hijo único sus padres lo consentían en todo lo que podían, eso lo convertía en un joven no muy simpático, a la vez que tímido y apocado.

Luego de los saludos, la familia Leivich se acomodó y se detuvo a admirar a Málkele.

Todo el tiempo que duró la reunión, el tío Jaim y la tía Mindú no dejaron de hablar de Málkele, de lo buena y hacendosa que era. Pero Málkele no despegaba los ojos del piso. El tío Jaim se veía nervioso, el rostro le sudaba, y a cada rato se pasaba un pañuelo por la frente. A la tía Mindú se la veía igual, nerviosa. Yo no pronuncié una sola palabra, me mantuve callado toda la tarde. Las niñas no se movieron de sus asientos para mostrar a los Leivich lo bien educadas que eran -así les había enseñado la madre.

Llove tampoco hablaba, él sólo se ocupó de comer, y terminó con todas las masas y las tortas.

Don Samuel Leivich, su mujer y su único hijo, se despidieron agradeciendo la invitación.

Ni bien los invitados se marcharon el tío Jaim se puso a gritar. No podía contener un instante más el enojo que sentía hacia Málkele. Se sentó frente a ella, sólo para insultarla, reprochándole su mal comportamiento frente a los invitados. La tía, asustada, sacó a las otras niñas de la pieza. Cuando yo intenté seguir a la tía Mindú, Málkele me detuvo tomándome del brazo y dijo:

-Por favor, Móishele, quédate conmigo, no me dejes sola -Málkele estaba llorando.

-Mira, hija -decía el tío Jaim-, a ti no te gusta ningún muchacho, sólo te gusta soñar, el hijo de éste es muy alto, el hijo del otro es muy petiso, el otro tiene olor feo. ¿Qué crees, señorita?, que un príncipe va a venir a tomarte como esposa, no ves lo que soy, tu padre es sólo un sastre. No miras dónde vivimos, en una pieza de un conventillo, si sigues eligiendo tanto, y rechazas a todos los muchachos que yo te presento. Te vas a quedar solterona. ¿Es eso lo que quieres?

-¡Por favor, papá! Déjame elegir con quién deseo casarme.

-¡Tú no sabes nada! Acá el único que conoce sobre la vida soy yo y desde hoy vas a respetar mi decisión -dijo el tío.

Málkele se echó a llorar desconsoladamente, sentí pena de verla así, pero en esos momentos no servirían de nada mis palabras de consuelo, por eso preferí salir y dejarla sola. En el corredor encontré a las niñas con su madre, esperando que el tío Jaim terminara de gritar y pelear con Málkele para volver a la pieza.

Yo seguía sin poder creer que aquella escena que terminaba de presenciar fuera verdad, y no parte de una de mis pesadillas.

Me sentía indignado.

Más tarde, ya entrada la noche, Málkele volvió a buscarme.

-¡Ven, Móishele! -dijo-, vamos al patio, quiero que hablemos. Se había cambiado de vestido y se la notaba más calma, menos angustiada. Tampoco lloraba.

Los dos fuimos al mismo rincón de siempre, sólo que ahora la sombra del mango no era necesaria, el sol ya no estaba. Málkele empezó a hablar con un tono de voz distinto, sus manos estaban quietas, no temblaban. Me miró a los ojos y dijo:

-Sabes, Móishele. Estuve pensando. Voy a obedecer a mi padre. Voy a cumplir con su deseo y voy a aceptar a Llove. Mi padre tiene razón, no es un mal muchacho, su familia es buena.

Estuve seguro que Málkele era víctima del egoísmo del tío Jaim.

-¡Escúchame, Málkele! -dije, enojado-, no puedes hacer esto. Es tu vida, tú tienes que decidir con quién deseas casarte, eres tú la que vivirá desgraciada toda su vida por permitir que tu padre decida lo que tienes que hacer.

-¿Qué quieres que haga, Móishele? -me preguntó, aunque sabía que mi respuesta podía ser muy dura.

-¡Málkele, no obedezcas a tu padre! Huye.

-¡Móishele, tú estás loco! ¡No puedo hacerle eso a mi padre! Gracias a él hoy estoy acá, en América, viva. Él es mi padre, no puedo causarle tanto dolor. Si lo vieras, parece un anciano, está sufriendo. Yo no puedo causarle tanto dolor. No puedo, Móishele, soy su hija mayor y él sólo desea verme feliz.

-No pienso igual a ti. Yo soy diferente.

Málkele y yo nos despedimos, con la promesa que al día siguiente continuaríamos hablando. Le pedí que se tranquilizara, aunque ya lo estaba, y que por esa noche descansara tranquila, que no piense tomar aún ninguna decisión. Málkele entró a su pieza, y yo me quedé un momento más a solas. De pronto una sombra en el corredor me asustó. ¿Quién podría ser? -pensé; seguí quieto, en el mismo lugar, esperando identificarla. Detrás de uno

de los pilares, la sombra se movió de nuevo. Me acerqué cuidadosamente para verla mejor, era Guitte, ella caminaba distraída cuando salí a su encuentro.

-¡Guitte! -dije despacio.

-¡Sí! ¿Quién eres? -preguntó.

-¡Soy Móishele, no se asuste!

Guitte estaba llorando.

-¿Qué le sucede? -pregunté.

-Nada, nada, no te preocupes, hijo, ve a dormir, no me pasa nada.

Insistí en acompañarla, pero no aceptó y fui a dormir.

Como otras noches de mucho calor, saqué mi colchón al patio, esa noche el mío era el único, el resto prefirió quedarse cada uno en su pieza. Escuchaba pasos y llanto, la imagen de Guitte no se borraba de mi mente, la veía escondida detrás del pilar, cubriéndose la boca con un pañuelo para que no la oyeran llorar. Estaba seguro que algo malo le pasaba, yo la observaba durante el día, y siempre estaba barriendo, sacudiendo o limpiando los pisos, hablaba poco, pero era muy solidaria, cuando un vecino necesitaba de alguna ayuda o enfermaba, ella corría a cuidarlo. En la casa la considerábamos un poco la abuela de todos.

No podía dormir, daba vueltas y vueltas en el colchón, pero era inútil. Amaneció y yo seguía despierto, el llamado del lechero me obligó a levantarme, fui hasta la pieza y tomé la jarra. Mis padres ya se habían levantado, Féiguele seguía dormido. Los saludé y fui a buscar la leche. Guitte también estaba en la calle, tenía la cara hinchada y los ojos empequeñecidos e irritados. Me miró, pero no respondió a mi saludo, dio media vuelta y se alejó.

Mi padre estaba esperando la leche para desayunar y marcharse. Me senté frente a él y mientras comía, lo observé, hacía mucho que no lo miraba detenidamente, fue por eso que no noté su cambio. Ahora su apariencia era otra, se había afeitado la barba, se cortó el pelo, se veía más joven. Parecía otro hombre, diferente al Dovid de un tiempo atrás. Por el contrario, mi madre se veía avejentada y desprolija, el pelo se le había vuelto blanco, usaba siempre zapatillas y nunca se sacaba el delantal. Dejó de cantar. Se había convertido en una mujer seca y triste.

A pesar de mis recomendaciones, Málkele decidió obedecer la voluntad de su padre y formalizar su noviazgo con Llove Leivich.

Era el último viernes de febrero, un día tremendamente caluroso, era imposible estar dentro de las piezas y buscamos la sombra de los árboles, o la brisa que corría lenta por el corredor, para sentirnos mejor. Al que más le afectaba la alta temperatura era a Schloime, por eso aquella mañana se sentó en su sillón, con una pantalla en la mano, vistiendo sólo una camisilla y un pantalón pijama. Fue la única vez que lo vi sin zapatos.

Mi madre y el tío Jaim estaban conversando con él sobre la salud de la tía Mindú, cuando golpearon a la puerta.

-¡Móishele, Móishele, hijo! -llamó mi madre-, ve a ver quién viene.

-¡Seguro es la burrera! -gritó Guitte desde el patio.

Salí convencido de encontrarme con la burrera, pero en su lugar encontré a un hombre parado en la puerta. Era aún joven, tendría la misma edad que Llove, o quizá más, llevaba una barba oscura y espesa, usaba sombrero y traje negro, parecido a la levita que vestía el rabino Elías. Su presencia me dejó sorprendido. ¿Qué hace acá un hombre vestido de esta manera? -pensé.

Aún asombrado, me acerqué y le pregunté qué deseaba. A su vez recibí otra pregunta, pero formulada en yiddish.

-¿Vive acá Itche? Lo estoy buscando.

-Sí, Itche vive en esta casa. ¿Quién es usted?

-Soy Shímele, vengo de Europa.

Me quedé ahí, frente a Shímele, observándolo, sin saber qué actitud tomar; su rostro me tenía un aire familiar, como si lo hubiera visto antes, pero no recordaba dónde ni cuándo me había topado con esa mirada. Seguí tratando de recordar, pero el calor era intenso y no podía continuar teniéndolo bajo el sol mientras yo escarbaba en mis recuerdos.

El encontrarme de nuevo frente a un europeo, que vestía igual al rabino Elías y a sus alumnos, y sobre todo que hablaba en yiddish, me dejó emocionado. Sentí mucha curiosidad por conocer detalles de su vida, y sobre todo de su llegada.

-¡Soy Móishele, amigo de Itche, y vivo también en esta casa! Me presenté, mientras entrábamos.

Schloime, mi madre y el tío Jaim tuvieron la misma reacción de sorpresa que tuve yo cuando me vieron entrar con Shímele, de inmediato Schloime se acercó y le pasó la mano. No hubo necesidad de aclararle que el recién llegado sólo hablaba yiddish. Schloime notó

de inmediato que era un paisano. Enseguida el tío Jaim le acercó una silla para que descansara, y mi madre le sirvió un vaso de té frío.

Shímele se sentó y apoyó su maltratada valija a un lado, era su único equipaje, luego se sacó el sombrero y con la mirada recorrió la casa. Yo seguía curioso por recordar dónde lo había conocido. ¿De las reuniones en la casa del tío Iósel? O quizás vivía en el mismo barrio que nosotros. Entonces de pronto recordé: Shímele era muy parecido a uno de los jóvenes que iba a estudiar a la casa del rabino Elías.

Avrom, Schloime, Guitte, mi madre, el tío Jaim, todos le rodeamos y cada uno tenía una pregunta que hacerle.

-Dime, Shímele -preguntó el tío Jaim. ¿Cómo está la vida en Europa?

-¡Mal, muy mal! -respondió Shímele.

Schloime, después de un largo suspiro, también preguntó:

-¿Está tan terrible, como cuentan las noticias?

-Peor, mucho peor, todo lo que se lee o se escucha es poco, ustedes no se pueden imaginar el horror que se está viviendo. Nadie sabe qué hacer, sólo se reza de día y de noche, Dios sabe todo lo que se padece allá.

Mientras escuchaba la respuesta de Shímele, sentía cómo mis piernas se aflojaban, no podía mantenerme en pie y todo se nubló ante mis ojos, temí caer y no poder levantarme más.

Las preguntas siguieron y las respuestas a cada una, también.

-Pero, Shímele -dijo Avrom-, cuéntenos la verdad. Queremos saber toda la verdad.

-Los días son terribles, no se puede relatar todo. Se pasa hambre, enfermedades, pestes, persecución, torturas, queman las sinagogas, hacen fogatas con nuestros libros. No se puede mandar cartas, ni se reciben noticias de afuera.

En ese momento que Shímele contaba sobre las cartas y la incomunicación, entendí la razón por la cual ni el abuelo, ni el tío Iósel, ni el rabino Elías, ni los demás respondían nuestras cartas. También entendí por qué la única carta que recibimos del abuelo fue tan breve. No se había olvidado de mí, como pensé, seguro que no tuvo tiempo de continuar escribiendo, por temor a que le arrancaran el papel. Tomé un vaso, con agua que estaba sobre la mesita frente a Shímele, y sin importarme el resto, la arrojé al piso, con fuerza, con rabia y corrí al patio, gritando. Pero no era ahí donde quería estar, me sentía inquieto, con palpitaciones e ideas, imágenes que me venían y se iban. ¿Qué pasaría con el abuelo en estos momentos? ¿Y en la vida del tío Iósel, de la tía Yenttel? Me senté bajo el mango y lloré. De nuevo estaba llorando, sólo eso podía hacer. Desde acá tan lejos, ¿Cómo podía

ayudar? Quería seguir gritando, correr, pero puse freno a mi rabia, reprimí mi furia, la misma que sentí aquella vez cuando recibí el golpe en la frente de camino a la escuela.

Guitte me siguió hasta el patio, allí me encontró llorando con la cabeza gacha. Preocupada se acercó y me tomó el rostro entre sus manos, sacó un pañuelo del bolsillo del delantal, y secó mis lágrimas. En ese momento deseaba que Guitte me dejara solo. Quería estar solo, que nadie fuera testigo de mi dolor. No quería ver a nadie, le tenía rabia a todos, a Guitte también la odiaba, ella era parte de esta casa y de este país, pero ella insistía con su ternura y mi debilidad no me permitió rechazarla. Finalmente la acepté y yo también la abracé. Así quedamos por largo tiempo, abrazados Guitte y yo.

-Dime, Móishele -me preguntó-. ¿Te puedo ayudar?

-Por favor, Guitte, no quiero hablar -respondí.

Guitte respetó mi silencio, pero no me abandonó, se quedó a mi lado, callada, tomó mis manos y las mantuvo entre las suyas. Dejé de llorar, pero no de sufrir.

Volvimos al corredor, junto a Shímele y al resto que seguía preguntando. Dóbbele y Sórele también estaban escuchando atentas, con la mirada sorprendida al oír a un extraño hablar en yiddish. Más tarde llegó mi padre y también Itche con su hijo. Itche fue el primero en sorprenderse al ver a Shímele, y antes de saludarse con palabras se dieron un abrazo prolongado. A ambos hombres se les notaba la emoción y se veían lágrimas en sus ojos.

-¡Shímele! Mi buen amigo, ¿cuándo llegaste? -preguntó Itche.

-Hoy, en la mañana.

-¿Qué fue de tu vida en Byszcz, Shímele?

-Salí hace bastante tiempo de aquel pueblo. Fui al norte; viví en Kovno. Allí recibí noticias tuyas, Itche.

Shímele se veía cansado y agotado por el viaje y por las preguntas que tuvo que responder, pidió un vaso de agua y un poco de comida, por la emoción todos olvidamos de ofrecerle alimento y un lugar donde descansar. De pronto el tío Jaim recordó la piecita del fondo, nadie la ocupaba, y para una persona sola, era suficiente. Lo lamentable era que se encontraba en muy mal estado, le faltaban muebles, pintura y limpieza. Entre todos colaboramos para que en poco tiempo se convirtiera en un lugar habitable. Se improvisó una cama con sábanas limpias y hasta una palangana junto a un par de toallas. Después del arreglo, Shímele pidió disculpas, el cansancio acumulado de varios días no lo dejaba seguir despierto. Shímele se marchó a dormir, pero nosotros quedamos en el mismo lugar. Nadie volvió a su pieza, permanecemos en el corredor, sentados, mirándonos uno al otro sin saber qué decir. Luego de las noticias que Shímele trajo de nada servía volver a esperar el noticiero. Aún era temprano para ir a dormir, tampoco yo deseaba seguir ahí acompañado, por ello tomé mi armónica y salí a la calle. Me senté en la muralla a contemplar el final de

la tarde. ¿Por cuánto tiempo más dejaremos de recibir cartas? -me pregunté-. Estaba tan triste que ni tuve deseos de tocar la armónica. Me sentía mejor así, solo y en silencio, pero el tío Jaim lo interrumpió.

-¿Te estaba buscando, Móishele! -dijo.

Di vuelta la cara y dirigí la mirada al cielo.

-Sabes, Móishele.

No respondí.

-Málkele -volvió a decir- aceptó a Llove, pronto Dios me va a conceder mi otro deseo.

Después de oír la confesión del tío Jaim, que me pareció terrible, aunque no era una sorpresa para mí, Málkele ya me la había contado, menos aún quería seguir oyendo a aquel hombre egoísta a quien no le importaba la felicidad de la hija. A pesar del desinterés que mostré, y para interrumpirlo, se me ocurrió preguntar sobre Guitte.

-Dígame, tío Jaim. ¿Qué le sucede a Guitte?

-¿Por qué, Móishele?

-Ella siempre está triste, y llora por las noches.

-Mira, hijo, ya te dije que tienes que preguntarle a Guitte, ella te va a responder.

El tío se fue y quedé solo, pero era viernes y mi madre quería que estemos presentes cuando encendía las velas y pronunciaba la bendición, y también entré, aunque aquel viernes fue diferente, mi madre no preparó los candelabros, ni la cena.

Después de las noticias que contó Shímele a nadie le quedaban fuerzas para seguir. Esa noche tampoco dormí, mantuve los ojos cerrados, pensando en el abuelo. Lo extrañaba, estaba perdiendo la esperanza de volver a verlo en poco tiempo más. Me sentía derrotado. Sentí sed, me levanté y fui a buscar un vaso con agua cuando escuché la voz de mi padre.

-¿Qué te sucede, Móishele? ¿Por qué no duermes?

-Tengo sed, papá, voy a buscar agua.

Mi padre tampoco dormía.

-Ven, hijo, salgamos afuera.

Salimos juntos al patio.

-¿Cómo te sientes después de las noticias que contó Shímele? -me preguntó.

-¡Mal, muy mal! ¿Y tú, papá?

-Igual a ti, Móishele, además muy preocupado, no sé de qué manera puedo ayudar a mi familia desde acá, les escribí pidiéndoles que vengan, pero ellos nunca respondieron. Y no fue por falta de interés, sino porque no les dejaron. Están prisioneros.

Mi padre me tomó del hombro y lloró.

-Sabes, hijo -continuó diciendo-, estoy desesperado, me preocupa mucho mi padre, ya es un hombre de edad avanzada, también mi hermana y sus hijas, que son muy pequeñas, no van a resistir una guerra.

Por primera vez me sentí cerca de mi padre, nunca me había hablado de este modo, sinceramente, compartiendo conmigo su tristeza. Ahora estábamos juntos. El dolor nos unía.

Volvimos a la pieza y antes de intentar de nuevo retomar el descanso, me acerqué a él y lo besé en la mejilla.

-Gracias, hijo, que tengas buenas noches -dijo mi padre, y dio media vuelta en la cama.

A la mañana siguiente me levanté agotado, después de un interminable insomnio. Itche y Bérele no fueron a trabajar, dedicaron el día completo en dejar en buenas condiciones la última pieza, la que habitaría Shímele. Y no tan sólo la limpiaron, también arreglaron el techo, lustraron los muebles y por último le dieron una mano de pintura a las paredes. Después de todos los arreglos, la pieza lucía como nueva, impecable.

Así fue como Shímele se quedó a vivir con nosotros y fue un inquilino más de aquella casa. Ocupó la última pieza, la que yo guardaba para el abuelo.

A partir de la llegada de Shímele, mis días dejaron de ser monótonos y aburridos y de la misma manera como su rostro me resultó conocido aquella mañana cuando lo vi por primera vez, lo mismo me sucedía mientras manteníamos nuestras solitarias y largas charlas, sentía como si Shímele fuera un antiguo amigo y que de nuevo retornábamos nuestros habituales temas de interés, interrumpidos por la separación. Por ello la mayor parte del día buscaba su compañía, permanecíamos largas horas, encerrados en su pieza, sentados sobre la cama, discutiendo de diversos temas, pero con el que siempre quedábamos atrapados era sobre el punto de vista que cada uno de nosotros teníamos sobre la religión. Shímele había estudiado en una importante escuela superior de Kovno, su

maestro fue el conocido rabino jasídico llamado Hirshin. Estudió y vivió en aquella escuela durante cuatro largos años, luego a causa del antisemitismo la escuela se clausuró como otras tantas, y a Shímele no le quedó otra solución que volver a la casa de sus padres y trabajar en el campo. Perseguido, como todos los judíos, y descontento por haber abandonado sus estudios, Shímele decidió viajar a América, y eligió este país. Conocía a Itche y sabía que acá lo encontraría. A él le pasó lo mismo que a todos lo que veníamos a América, temíamos pasar hambre, Shímele y yo discrepábamos en nuestro concepto sobre la religión; Shímele, al haber estudiado en un ambiente absolutamente religioso, sus ideas eran ortodoxas, por el contrario mis ideas eran más liberales. Yo tenía serias dudas sobre la existencia de Dios, y su presencia a través de la historia.

En estas intensas discusiones incluíamos también otro tema: la liberación de Palestina. Shímele coincidía con sus maestros que la liberación llegaría con el advenimiento del Mesías, mientras que yo mantenía la idea que la conseguiríamos con la lucha, la lucha por un ideal, y ese ideal tenía como sustento a Movimientos Sionistas como Betar, y con ideólogos tales como Jabotinsky, entre otros, el tiempo que compartíamos, leyendo, conversando o discutiendo me servía de aprendizaje, Shímele se había convertido en mi gran maestro, y en mi mejor amigo. Siempre tenía respuestas para mis preguntas y tiempo para mis angustias.

Vivir en América era muy difícil para Shímele, tanto por la alimentación, como por la práctica de la religión. Acá no existían sinagogas, ni matarifes rituales, por ello, su comida aunque se preparaba especialmente, no cumplía con la pureza ritual que debía tener un alimento.

Mi relación con Shímele comenzó a inquietar a mi padre, consideraba que pasaba demasiado tiempo encerrado en su pieza leyendo o discutiendo sobre temas que carecían de total importancia. En realidad mi padre rechazaba toda actividad que él no autorizara y también todo pensamiento que me permitiera actuar como un ser independiente. Reprimía aquellas ideas y relaciones que podrían darle libertad a mis pensamientos. Temía perder su autoridad de padre, cuando en realidad no la tuvo, éramos un par de desconocidos, nunca se había aproximado a mí para interiorizarse de mis dudas y de mis inquietudes, tampoco me permitió exponerle claramente mis ideas y conceptos sobre ciertos temas y actividades. Entre él y yo siempre existieron diferencias.

Después del acercamiento que vivimos aquella noche de la llegada de Shímele, creí que la relación tomaría otro rumbo, que aquel instante de ternura y compañerismo que nos unió, se repetiría en el futuro, pero fue sólo un momento de debilidad, producto de su tristeza.

Mis ausencias también trajeron preocupación a mi madre, y fue a ella a quien se le ocurrió la idea de que fuera a trabajar con mi padre. Su propuesta no me disgustaba, aunque no era lo que yo deseaba realizar en ese tiempo. Accedí para no contradecirla, pero la reacción de mi padre cuando le comenté la idea fue totalmente imprevista. No aceptó la propuesta y manifestó enojado su desacuerdo.

-¡Jamás! -gritó-; jamás aceptaría que un hijo mío trabaje mientras yo tenga piernas y brazos fuertes, para mantener esta familia.

-Sería una buena idea que Móishele te acompañe todas las mañanas -insistió mi madre.

-Móishele y Féiguele tienen que estudiar, para ser algún día profesionales. Sin estudio no servimos para nada.

-Eso es lo que tú piensas, papá -interrumpí-, pero no es la verdad.

De nuevo mi padre y yo nos encontrábamos enfrentados en una discusión, éstas eran cada vez más seguidas. Ahora objetaba la idea de trabajar juntos, antes fueron mis lecturas, después fue Shímele y la influencia que ejercía sobre mí. Siempre surgían nuevos problemas y discusiones que producían distanciamiento entre él y yo. Por más que lo intentara no podía ir contra mis ideales, ni frenar mis ansias de cambio, sólo para complacerlo.

Los vecinos de barrio Palestina nos reuníamos en las tardes de los domingos, en alguna de las casas. Las reuniones eran amenas, los hombres se dedicaban a largas jornadas de dominó, las mujeres se entretenían tomando té con dulces y conversando, mientras los niños jugaban a la pelota o al escondite. Mi madre durante mucho tiempo se rehusó a ir a estas reuniones, siempre encontraba alguna causa para no salir: la enfermedad de Féiguele, el calor, o un repentino dolor de cabeza, pero a partir de la vez que fue por insistencia de la tía Mindú, siempre íbamos los cuatro.

Todos los vecinos esperábamos ese día, necesitábamos de esos encuentros, en ellos evocábamos los recuerdos, esos que mantenían vivo nuestro pasado.

El primer domingo que Shímele fue con nosotros sucedió lo que siempre pasaba cuando llegaba un inmigrante, lo sometían a interminables preguntas. Shímele respondió a todas con mucha claridad y soltura, también preguntaron sobre su vida personal, fue entonces cuando Shímele contó que iba a una escuela superior, donde estudiaba la Torá, y que grandes rabinos fueron sus maestros. Después de escucharlo atentamente, don Aarón, el dueño de casa, pidió la palabra.

-Mis queridos amigos -dijo, subido sobre una silla-, esta es la oportunidad que tanto tiempo esperamos. Aquí no tenemos rabino, ni matarife ritual, ni quien practique la circuncisión a nuestros hijos. Después de escuchar a Shímele, creo que él es el indicado para realizar estos actos, yo no conozco a otro que sepa más que él acá, ni que haya recibido la preparación que él recibió de sus grandes maestros. Por eso propongo que

hagamos una colecta y le entreguemos a Shímele como sueldo. Ahora es el momento, tenemos un hombre en quien confiar, y que nos ayude a resolver los problemas de nuestras vidas.

La respuesta fue un aplauso. Don Aarón bajó de su silla, y satisfecho abrazó a Shímele.

Esa noche volvimos a casa contentos por el resultado de la reunión y sobre todo por Shímele. Ahora también él tenía solucionado su problema de sobrevivencia, a Shímele ya no le atemorizaría su futuro.

Llegamos a la casa, fui derecho al cajón de la fiambra, tomé la armónica y salí al corredor. Era una noche plácida y quieta, después de un largo verano el viento fresco regalaba un poco de alivio. Me senté en el sillón de Schloime y toqué la armónica, ningún ruido me distraía, ni el corretear de Sórele, ni el llanto del recién nacido, ni tampoco los gritos de Schloime. Estaba solo con mi música, y con mi pesadumbre. Más tarde un murmullo me distrajo. Aparté la armónica de mis labios y me mantuve en silencio tratando de identificar de dónde venía. De nuevo era el llanto de Guitte. Me acerqué a la ventana de su pieza, estaba cerrada, la puerta también permanecía cerrada. Decidido, golpeé la ventana. Nadie me respondió. Insistí, entonces Schloime la abrió. La pieza estaba totalmente a oscuras. No pude distinguir a nadie.

-¿Qué necesitas, Móishele?

-¿Qué le pasa a Guitte?

-A Guitte no le pasa nada.

-Pero, Schloime, la escucho llorar.

-Móishele, hazme el favor, y ve a dormir -respondió Schloime, y cerró la ventana de golpe.

El llanto de Guitte siguió intrigándome, algo serio le tenía que estar pasando. Volví al sillón. Más tarde mi madre salió a buscarme.

-Móishele, ¿qué haces tan tarde despierto? Entra, vamos a dormir.

-Déjame un momento más acá afuera, mamá,

-Ya sabes que tu padre se enoja cuando no obedeces.

Entré, di las buenas noches, y me acosté. Debería sentirme tranquilo por obedecer a mi madre, pero no fue así.

En la mañana siguiente, cuando mi padre y Féiguele salieron, uno a trabajar y el otro a estudiar, golpeé de nuevo la puerta de Guitte. Nadie la abrió. Insistí, pero mi insistencia fue inútil. Busqué a Avrom y a Schloime, pero no los encontré en los lugares donde

habitualmente estaban, sólo encontré a Málkele sentada, pensativa. Después del nacimiento del niño no la había vuelto a ver, Málkele siempre estaba cerca de su madre, ayudándola.

-¿Cómo estás, Málkele?

-Bien, Móishele, ¿y tú?

-Bien, estoy buscando a Guitte. ¿No la viste?

-Sí, está barriendo la vereda.

-Entonces voy a buscarla.

-Espera, Móishele, quiero hablar contigo. Ven, vamos al patio, acá mi padre puede oírnos.

Málkele y yo caminamos hasta nuestro refugio, donde podíamos hablar tranquilos, sin testigos.

-Tú ya sabes que mi padre habló con don Samuel sobre mi casamiento con Llove.

-¿Qué le dijo él?

-No lo sé.

-Mira, Málkele, tienes que hablar con tu padre, no puedes casarte con un hombre a quien no amas.

El rostro de Málkele se puso pálido, y sus ojos perdieron su brillo habitual, cuando me respondió:

-Yo, no puedo hacer sufrir a mi padre, Móishele.

-Escápate, Málkele, toma tus cosas y vete.

-¡Móishele, estás loco! ¿Adónde voy a ir? Además, por mi culpa mi padre puede sufrir un ataque.

Málkele corrió, asustada de mi propuesta, dejándome solo.

-¡Espera, Málkele! -grité, pero ella ya no oyó mi llamado. A pesar de mi preocupación por Málkele, seguí buscando a Guitte. Salí a la calle y la encontré parada en la vereda con la escoba en la mano.

-¡Buenos días, Guitte!

-¡Móishele! ¿Por qué no fuiste a la escuela?

-Yo no voy a la escuela, Guitte.

-Pero si Féiguele, Sórele y Rójele van, ¿por qué tú no? ¿O será que no quieres aprender?

-No es porque no tenga deseos de aprender, simplemente no quiero ir.

-Tu padre tiene razón, eres un joven muy rebelde.

-Guitte, yo quiero preguntarle: ¿Por qué siempre usted llora durante las noches?

-Mira, Móishele, tú eres muy joven para entender el dolor de los viejos, no te preocupes por mí, preocúpate por dormir tranquilo, yo tengo a Avrom y a Schloime que me cuidan muy bien.

Guitte tomó la palita y la escoba y entró sin darme ninguna explicación.

En ese momento, Schloime me llamó:

-Ven, Móishele -dijo-, tengo una carta que entregarte.

-¿Está seguro, Schloime, que esa carta es para mí?

-No, la carta no es para ti, es para tu madre, en el sobre está escrito el nombre de Reitze.

Me quedé temblando, con las palabras atrapadas en la garganta, sin poder hablar.

¿Una carta? Pero, ¿quién escribiría una carta ahora? -me pregunté.

-Schloime, usted me está mintiendo -dije, convencido de que era una broma.

-Mira, Móishele, yo no soy un hombre mentiroso, toma y mira.

Schloime me entregó el sobre y, efectivamente, estaba dirigido a mi madre. La tomé, sin pronunciar una sola palabra más. Corrí hasta el patio pensando que la encontraría alimentando a las gallinas, pero no estaba allí, fui hasta nuestra pieza y la encontré planchando.

-Mamá, esta carta la trajo Schloime, es para ti.

-¿Una carta? -preguntó, tan sorprendida como yo cuando Schloime me la dio.

Mi madre tomó el sobre, lo abrió. Respiró hondo y se sentó a leerla en voz alta. El que escribía era Hérshel, nuestro compañero de viaje y de camarote. No tuvimos noticias de él desde nuestra despedida, en el puerto de Buenos Aires, donde bajó. Nunca se me hubiera ocurrido que la carta fuera de Hérshel. Para todos nosotros, cartas significaban noticias de Europa, porque nuestro mayor deseo era tener noticias de nuestros familiares.

Hérshale nos contaba lo bien que se sentía en la Argentina. Su hermano trabajaba en una fábrica de cigarrillos y lo que ganaba le alcanzaba hasta para pagarle sus estudios. Sus dos hermanas mayores también pudieron escapar antes de la guerra y estaban todos los hermanos juntos, pero sus padres ya no alcanzaron a salir. La carta terminaba con saludos cariñosos para mis padres, Féiguele y para mí; también incluía una dirección y una foto, donde Hérshale se veía muy diferente.

Luego de leerla, mi madre quedó pensativa, triste.

Me hubiera gustado volver a ver a Hérshale y recordar juntos los momentos que vivimos en el barco. Siempre creí que mi madre deseaba que yo fuera como él: sumiso y obediente. Yo también deseaba, en mis fantasías, que otra fuera mi madre, una mujer que comprendiera mis inquietudes.

Se cumplía la primera semana de vida del hijo de la tía Mindú y el tío Jaim. En la casa había un continuo movimiento de vecinos que venían a conocer al recién nacido. El tío Jaim, no dejaba de hablar de lo feliz que se sentía. En adelante ya no temería por su muerte, pues ahora tenía un descendiente varón, quien rezaría una oración en su memoria. También se ocupaba de preparar el festejo que daría cuando el pequeño fuera circuncidado. Todos los vecinos de barrio Palestina estaban invitados. La alegría del padre orgulloso era doble, pues su hijo sería el primero en ser circuncidado por Shímele. El octavo día después del nacimiento la casa se llenó de olor a cebolla frita, a pescado y a arenque ahumado, y de todo tipo de ruidos, ollas que se entrechocaban, corridas de una pieza a otra, gritos que iban y venían, quejas de Schloime porque no le permitían descansar o escuchar tranquilo el noticiero. Mi madre, Guitte y otras amigas cocinaron pescado relleno, arenque con crema y cebolla, gallinas asadas, tortas y hornearon pan. De la pieza del tío Jaim retiraron la cama grande, para dar cabida a un sillón importante donde se sentaría el padrino mientras sostenía al niño en la ceremonia de su primer contacto con la tradición de sus antepasados, fieles descendientes de Abraham.

En todo el tiempo que llevábamos viviendo en América, alejados de todo el entorno necesario para llevar a cabo cualquier ceremonia religiosa, hacíamos lo posible para cumplir con los preceptos estipulados por la religión para la continuidad de la tradición. En esta oportunidad que se celebraría la circuncisión del niño, pusimos nuevamente empeño y a pesar de muchos tropiezos y dificultades, la celebración se organizó, con lealtad, respeto y fidelidad a lo establecido.

La atmósfera de festejo que se vivía en la casa nos ponía alegres y libres de exteriorizar nuestro contento, sin culpas. Los invitados habían llegado y todos estábamos preparados

para iniciar la ceremonia. Mi padre fue hasta el sillón de Schloime, donde estaba sentada la madre con el hijo, con cuidado tomó al niño y lo llevó hasta la pieza, donde Avrom, a quien se le dio el honor de ser el padrino, lo estaba esperando de pie junto a Shímele. Avrom se sentó en el sofá y acomodó al niño sobre sus piernas y lo sostuvo mientras Shímele le realizaba el acto de la circuncisión. Los hombres que también entramos a la pieza para presenciar la ceremonia, nos mantuvimos de pie y en silencio. Una vez finalizada, Shímele preguntó al tío Jaim:

-¿El nombre del niño?

-¡Jacobó! En memoria de mi padre -respondió el tío Jaim. Shímele levantó al niño y lo sostuvo con el brazo derecho, y con la mano izquierda tomó la copa de vino. Pidió la bendición de Dios sobre él, luego mojó los labios del pequeño Jacobo con vino y le entregó emocionado a su padre. Todos los presentes también tomamos nuestras copas y brindamos.

-Felicidad, felicidad- decíamos.

El tío Jaim no dejó de beber y agradecer a todos por acompañarlo en ese momento, Jacobo dejó de llorar y plácidamente quedó dormido en los brazos de su madre. Durante toda la tarde, se bebió y se comió.

Terminó el festejo y los invitados se despidieron. En la casa vacía y silenciosa sólo quedamos nosotros, los que habitábamos allí. Y aunque estábamos cansados, nadie quiso volver a su pieza, temíamos interrumpir aquel momento, como si nos negáramos a despertar de un buen sueño. Mi padre llevó una silla y se sentó en la cabecera de la mesa larga, que se había puesto en el corredor, y el tío Jaim se sentó en la otra. También nosotros nos acercamos, cada uno fue tomando una silla y rodeamos la mesa. Un viento suave, que olía a caramelo y azahar, paseaba por el corredor, Avrom tomó una copa y brindó de nuevo por el niño y por todos nosotros. Yo levanté la mía y brindé por Palestina. Esta vez no recibí reproches ni miradas acusadoras de mi padre, simplemente no levantó los ojos del mantel. Schloime también ofreció un brindis y dijo:

-¡Por Jacobo! Que Dios le dé salud hasta los ciento veinte años.

Seguimos sentados, ni siquiera las mujeres se levantaron a lavar los platos, ni a arreglar el desorden de la casa. Alrededor de aquella mesa nos sentíamos unidos, ninguno de nosotros quería retomar la realidad, no queríamos reencontrarnos con los miedos, la guerra, las culpas y el dolor.

De pronto Itche corrió su silla, se puso de pie y cuando todos lo miramos creyendo que también ofrecería un brindis, se fue hasta su pieza pero volvió a los pocos minutos con una caja de cuero desteñido. En silencio lo miramos, curiosos.

Abrió la caja y sacó un violín. Acomodó el instrumento sobre el hombro y con el arco acarició las cuatro cuerdas. La melodía que ejecutaba era conocida por todos nosotros, una vieja canción, que llamaba a la nostalgia.

Desconocíamos que Itche supiera tocar el violín, ni que en Europa había sido músico, y que en una época formó parte de una orquesta, tampoco sabíamos de la existencia de aquel violín. Muchas veces visité su pieza, pero nunca vi aquella caja.

En un momento Itche se detuvo, bajó el arco, me miró y dijo:

-Móishele, ve y trae tu armónica.

Traje la armónica, el silencio continuó y el asombro también. Me senté al lado de Itche y juntos retomamos la música, él con el violín y yo con la armónica.

Jacobo comenzó a llorar, la madre lo llevó a alimentar, el tío Jaim los acompañó, y sus cuatro hijas los siguieron. Aquella interrupción dejó a la noche sin música, y como se hacía muy tarde y a la mañana siguiente había que ir a trabajar, no podíamos seguir detenidos en los recuerdos, mi padre, mi madre y Féiguele se fueron a descansar, Schloime se quedó dormido sentado en el sillón, Guitte y Avrom lo despertaron y también fueron a dormir. Shímele se despidió y nos dejó solos a Itche, Bérele y a mí.

-¡Itche!- dije-, dejemos la música y vamos a tomar otra copa de vino.

-¡Está bien, Móishele, tienes razón!

Y con el mismo cuidado con el que sacó el violín de su caja, lo volvió a guardar. Tomó del bolsillo de la camisa un cigarrillo, lo encendió, dio una bocanada profunda y me miró.

-¿Quieres uno, Móishele? -preguntó, mostrándome otro cigarrillo aún sin encender.

-Yo no fumo, Itche.

-Entonces, toma, aprende, hijo.

-No creo que a mi padre le agrade que fume.

-A veces es bueno un cigarrillo apretado entre los labios. Sabes, es un buen compañero.

-Dígame, Itche -pregunté-. ¿Por qué nunca contó que tenía un violín?

-No quería que nadie supiera que sé tocarlo, la música me trae recuerdos muy tristes. Me recuerda a la madre de Bérele, ella disfrutaba de la música, y siempre tocábamos juntos, yo el violín y ella el piano; cuando ella murió, juré no volver a tocarlo.

-Y esta noche ¿qué pasó?

-No sé, creo que la emoción y la felicidad me hicieron olvidar.

Le pedí el cigarrillo que me había ofrecido, lo encendí y fumé. Sentí en la garganta una extraña quemazón, deseos de toser, me contuve, pero después la sensación pasó y a partir

de aquel primer cigarrillo nunca dejé de fumar, y como dijo Itche, en muchos momentos difíciles, el tabaco y la música fueron mi única compañía.

Después de aquella noche, muchas otras pusimos la mesa larga en el corredor, y nos sentamos alrededor, intentando volver a repetir ese momento, pero no lo logramos, así como tampoco logramos que Itche volviese a tocar el violín.

Los viernes cenábamos todos juntos alrededor de la mesa larga, eran las únicas oportunidades que el intento de ser una familia resultaba. A Shímele sí lo considerábamos un familiar y cada uno encontraba su parentesco con él. Para mí era como un padre, para Itche como un sobrino, Avrom lo quería como a un hijo. Shímele se llevaba bien con todos, y era el conciliador cuando existían discusiones o enredos, estaba siempre dispuesto a ayudar, dentro de aquella pobreza que a todos nos rodeaba, él era el que más riquezas poseía, su fe lo sostenía y aliviaba sus pesares.

El tiempo que viví con Shímele fue enriquecedor para mi formación. Una de las tantas cosas que me enseñó fue a respetar otras lecturas, y a otros autores, que por ser diferentes a mí, en sus ideologías, yo los descartaba. Más adelante, cuando dejé la casa y el país, Shímele fue una de las personas que más necesité.

Mi padre siguió insistiendo y reclamando que debía acompañar a mi hermano a la escuela, según su criterio yo era un joven irresponsable y rebelde, al contrario de Féiguele, que se había convertido en un excelente alumno. Lo mejor que le sucedió a mi hermano después de haber empezado a ir a la escuela fue que disminuyeron sus crisis de asma, pero a pesar de haberse convertido en un joven saludable, mi madre lo seguía cuidando como a un niño enfermo y débil. No permitía que fuera solo a la escuela, ni a ningún otro sitio. Mi madre seguía protegiéndolo, pero esa situación en la que estaba creciendo mi hermano no le molestaba a mi padre, aunque sí le molestaba la independencia que yo buscaba en esos años; y a pesar de sus amenazas seguí sin ir a la escuela, entonces mi padre habló con otro inmigrante polaco que también vivía en barrio Palestina, pidiéndole que me aceptara como empleado, y fue así como comencé a trabajar en la zapatería de don Elie. Salía de la casa todas las mañanas bien temprano, junto a Féiguele y a mi padre, como él siempre deseó, sólo que hubiera preferido que fuera a estudiar y no a trabajar en una zapatería. Mi padre pretendía que mi hermano y yo estudiáramos para tener un título, así poder ser «alguien», como si de otra manera no sirviéramos como personas.

Trabajando con don Elie, conocí sobre pegamentos, cueros y suelas. Con el oficio de zapatero ganaba muy bien y toda la ganancia la ahorraba al igual que mi madre, dentro de un pañuelo para el pasaje de vuelta, pero a diferencia de ella, el destino de mi viaje no era Polonia. Aunque, una vez que empezó la guerra ella dejó de pensar en el regreso y destinó

el dinero que le sobraba para comprar más comodidades, como muebles nuevos, cocina y hasta mis padres pensaban en alquilar una casa pequeña, donde pudiéramos vivir solos y dejar esta pieza. Esa misma idea la tenían todos, el tío Jaim, Avrom, Schloime. Al único que no le molestaba seguir viviendo en la piecita del fondo, era a Shímele.

Mi madre había terminado por aceptar su vida en este país. Dejó de obsesionarla la idea del viaje de vuelta. Comenzó a comunicarse también en castellano, aprendió las calles y hasta iba sola al mercado. Los sábados al atardecer ella y mi padre se reunían con otros vecinos en una confitería a tomar un helado.

Mientras Jacobito crecía sano, el tío Jaim preparaba la boda de su hija mayor. Las visitas de Llove y sus padres se repetían semanalmente. Málkele ya había aceptado a Llove, pero seguía sin amarlo y nada quería saber de esas tardes de visitas. El llanto de Guitte también dejó de molestarme, fue después de una mala noche a causa del calor, los mosquitos y su gemido. En la mañana siguiente Guitte accedió a contarme la causa de su sufrimiento.

Siendo ya mayores Guitte y Avrom habían tenido un hijo, que nació sano y bonito, pero a los tres años enfermó y murió. Guitte nunca se repuso de esa pérdida, y durante todas las noches soñaba con ese niño.

Comenté con Shímele el dolor de Guitte, entonces él se acercó a ella para ayudarla. Conversaban diariamente sobre diversos temas. Esas conversaciones la distraían, también Shímele le sugirió que trabajase, era una manera de distraer su pena. Le dio la idea de que podía hacer dulces de frutas.

Guitte empezó a fabricar dulces, que una vez listos, Shímele y yo cargábamos en latas y luego Schloime los vendía en el mercado. Después de esto Guitte mejoró enormemente y poco a poco dejó de sufrir pesadillas. Además, se la veía contenta con sus ganancias.

Los últimos informes sobre los acontecimientos en Europa eran aterradores después de la Noche de Cristal, en la que los alemanes entraron a las casas de los judíos a saquear, destrozando todo lo que les era posible y estaba a su alcance, rompiendo bibliotecas, haciendo grandes hogueras con nuestros libros. La guerra mundial había empezado. Hitler y su ejército estaban llevando a cabo su objetivo: la destrucción y el exterminio de los judíos en Europa. Formaron ghettos, armaron campos de concentración, de trabajo y empezaron a funcionar los campos de exterminio.

En ese tiempo, prácticamente vivíamos cerca de la radio. También íbamos diariamente al puerto a esperar inútilmente correspondencia o la llegada de algún inmigrante. Durante esas esperas las frustraciones se sumaban. En las reuniones de los domingos los hombres dejaron de jugar al dominó, en su lugar se sentaban a deliberar sobre las posibilidades de ayuda que podíamos encontrar para nuestras intenciones, nada podíamos hacer desde tan lejos. Shímele propuso que recemos una oración todas las noches por aquellas personas que estaban padeciendo miseria, dolor y muerte. Y así fue, al atardecer se juntaban más de once hombres a rezar, en la pieza de Shímele, hasta que la guerra terminó.

A pesar de nuestro dolor, igual se organizó el casamiento de Málkele y Llove. El tío Jaim logró su objetivo. Nada le importaban los sentimientos de su hija mayor.

Durante semanas se alimentaron a las gallinas con el doble de ración. La tía Mindú cosía el ajuar y el traje de novia.

La boda fue en el mes de agosto, un día frío, pero espléndido, con un sol radiante. Todos nos dispusimos a ayudar en el arreglo de la casa. Itche y Bérele improvisaron focos en el corredor para que la iluminación sea mejor. Guitte, mi madre y otras vecinas, limpiaron y cocinaron. Se mataron las gallinas y se rellenaron varios pescados enteros. Mi padre, Shímele y yo armamos, en medio del patio, el palio nupcial con cuatro pilares de madera, que servían de base para el toldo, símbolo del futuro hogar judío. Todos se veían contentos, menos la novia.

La tarde aún no se despedía, cuando golpeé la puerta de la pieza de Málkele. Los invitados ya empezaban a llegar para la boda, tenía que apurarme, quería hablar con Málkele antes de la ceremonia. Dóbbele la abrió y me dejó entrar a verla. Se veía más hermosa que nunca vestida con el traje de novia. Me acerqué, tomé sus manos frías y sudorosas, las acaricié y le dije:

-¡Málkele! Estás hermosa.

-Gracias Móishele.

-¿Eres feliz, Málkele?

-¡No, no, Móishele! No amo a Llove, pero estoy tranquila porque cumplo con mi padre, eso hace que me sienta bien. Esto es lo que siempre él quiso para mí.

-Pero tu padre es un hombre egoísta, no piensa en tu vida, en tu felicidad, eres tú la que tiene que decidir.

-Así está bien- dijo, resignada-. Mira, Móishele, no estoy feliz como debería estar una novia la noche de su boda, pero estoy tranquila...

-Te quiero mucho, Málkele, te admiro, eres muy valiente.

-Yo también te quiero mucho, Móishele, siempre serás mi mejor amigo.

Besé la frente de Málkele y salí a reunirme con las demás personas que esperaban la ceremonia.

El momento llegó, la tía Mindú y el tío Jaim acompañados de la hija, caminaban lentamente hasta el palio nupcial, allí los esperaba Llove, junto a sus padres y a Shímele, quien celebraría el casamiento. Una vez que Málkele se ubicó al lado del novio, Shímele empezó la ceremonia levantando la copa de vino y recitando una bendición, y luego de rezar una plegaria, Llove puso el anillo en el dedo índice de la mano derecha de Málkele,

como símbolo de eternidad y constancia de la vida matrimonial, mientras recitaba: «Se santifica para mí por este anillo según la ley de Moisés y de Israel». El oficiante levantó el velo que cubría el rostro de Málkele y acercó a sus labios la copa de vino, luego llevó la copa a los labios de Llove, el novio leyó el documento matrimonial religioso siguiendo las siete bendiciones. Los novios bebieron nuevamente de una segunda copa de vino. Por último y para finalizar la ceremonia, Llove pisó con fuerza una copa, rompiéndola como recordatorio de la destrucción del segundo templo de Jerusalén. De inmediato se escuchó a Avrom decir: «Felicidad, felicidad»; Llove besó los labios de Málkele, y los padrinos se felicitaron.

Málkele cumplía, así, con el mandamiento que dice: «Obedecerás a tu padre y a tu madre». Además en su vientre se gestará un niño que daría continuidad a las tradiciones de sus antepasados.

Al igual que en todas las fiestas, bebimos, comimos, y bailamos tomados de las manos formando una gran ronda. Nadie permaneció sentado, desde el más anciano hasta el más pequeño. Jacobito también bailaba, cantamos, reímos, impregnados de música, de canto, de tradición. Dentro de mí bullía el sentimiento judío, ese sentimiento que no permitía el olvido, esa fuerza que nos mantuvo vivos, y con la mente lúcida para recordar.

Por un momento dejé de cantar, y de bailar, no podía seguir. Hitler luchaba por destruirnos, mi voz se quebró, de nuevo tuve ganas de llorar a gritos. ¿Cómo se sentiría el rabino Elías en este momento? ¿Qué estaría pensando? ¿Cómo serán sus plegarias? ¿Irían acompañadas de súplicas o de resignación? De pronto sentí, escuché su voz que me decía: «Así como Dios habló a Abraham y Abraham escuchó su voz que le indicaba el camino para salvar a su pueblo de la esclavitud; o cuando Isaac cumplió el pacto con Dios y circuncidó a su hijo Abraham, o Moisés que tocó el cuerno frente al Monte Sinaí, ahora también Dios va a redimir a su pueblo, al pueblo de Israel. Por ello fuimos elegidos, pasamos pogroms, esclavitudes, persecuciones, y nos salvamos. Ahora ve, Móishele, baila, sigue bailando, continúa cantando, festejando con alegría y regocijo la felicidad de los novios. Siempre la alegría supera al sufrimiento, tú y tu familia ahora festejan, que el dolor no les detenga». La voz se perdió, miré a mi alrededor, tratando de encontrar al rabino Elías, pero se había ido y yo desperté del ensueño. El resto seguía bailando, preferí ir a mi pieza, me acosté y pensé: ¿Hasta cuándo seremos el pueblo elegido?

La segunda guerra terminó, y aún no teníamos informaciones sobre los sobrevivientes, tampoco noticias de nuestros familiares.

En ese tiempo nadie hablaba de ellos, ni de Polonia, ni de ningún otro lugar de Europa, donde alguno de nosotros había vivido, todos pretendíamos olvidar, mencionar al abuelo,

desconociendo si aún estaba vivo, o a los padres, o a otro familiar. Era muy doloroso, por ello lo mejor era callar y mantener dormidos los recuerdos. Los primeros sobrevivientes que llegaron sólo contaban desgracias y tragedias, pero el saber que la sobrina de don Elie pudo llegar hasta América y encontrar a su tío era una esperanza.

Yo siempre pensé que toda mi familia había logrado escapar antes de la ocupación nazi y que pronto los encontraríamos vivos en algún refugio, pero no se me ocurrió pensar cuál sería mi reacción al tener noticias de ellos.

Una mañana de domingo, yo me encontraba en el patio barriendo las hojas caídas, mi padre se había ido al puerto junto con Schloime y Avrom, pues recibimos información que ese día llegaba otro barco con algunos sobrevivientes, cuando escuché a Guitte llamarme a gritos.

-¡Móishele, Móishele! Ven rápido a la calle.

-¿Qué pasa, Guitte? -contesté también gritando.

-Viene un hombre y pregunta por tu padre.

Salí pensando encontrar a algún cliente que venía a buscar mercadería, pero solo estaba Guitte, temblando con la escoba tirada a sus pies.

-Guitte, ¿quién pregunta por mi padre?

-¡Allá, Móishele!- dijo, indicándome con la mirada.

Di vuelta la cara hacia la dirección que Guitte me indicó, y vi a un hombre, o lo que quedaba de él. Su aspecto era deprimente, vestía un sobretodo andrajoso, llevaba zapatos gastados y rotos, una barba crecida y carnosa cubría en parte su rostro pálido. Sus ojos me recorrieron de arriba a abajo, en los brazos llevaba una niña que vestía ropa grande, como si fuera prestada. Su piel parecía bañada de azafrán. Ambos tiritaban.

Me quedé mirándolos, sin saber qué preguntar, cuando el hombre se acercó a mí y en yiddish me dijo:

-¿Tú eres Móishele?

Curioso, después de oírlo nombrarme, lo miré atentamente. De pronto sentí un golpe en el corazón, no podía respirar, entré corriendo. Gritando llamé a mi madre. Ella estaba limpiando el gallinero y sin pronunciar otra palabra que mamá, mamá, la tomé del brazo y la llevé hacia la calle. Mi madre, desesperada al verme en ese estado, preguntaba:

-¿Qué pasa, Móishele? ¿Adónde me llevas?

Yo no podía responder. Ella se detuvo, me sacudió el brazo y de nuevo preguntó:

-¿Pasa algo malo con Féiguele? ¿Enfermó de nuevo?

No respondí, y entre empujones y estirones llegamos al portón.

El hombre estaba parado en el mismo lugar.

-¡Por favor, Móishele! ¿Qué pasa?

-¡Mira, mamá!- dije, indicándole al hombre y a la niña.

Le llevó algunos minutos identificarlo, luego se echó a llorar y a gritar, tomó en sus brazos a la niña y la apretó contra su pecho. El hombre abrazó a las dos, también lloraba.

Nunca antes había visto a mi madre así, no dejaba de llorar y de gritar, estaba histérica, intenté calmarla pero fue inútil. Guitte y yo hicimos lo posible por llevarlos adentro, pero ellos no respondían, seguían abrazados. Aturdido por tantos gritos, Avrom salió a ver qué sucedía en la calle. Cuando se encontró con aquella escena, sin pedir explicación tomó con mucho cuidado a la niña, la separó de mi madre, y se la dio a Guitte.

-Ven, Reitze, tranquila, vamos adentro. Ven.

Mi madre no podía caminar; dando pasos lentos, Avrom con mucha paciencia la llevó adentro. Los demás los seguimos. En la pieza, Avrom pidió al hombre y a mi madre que se sentaran, mientras yo ponía la pava sobre el fuego para preparar té. Estaba confundido, tampoco podía reaccionar. Ese hombre que estaba ahí, sentado, mirándome, era mi tío Iósel, y yo no podía acercarme y abrazarlo, ni siquiera hablar, ni preguntar, pero cuando él me tomó el hombro entonces entendí lo que sentía, y todo lo que significaba su llegada, sólo él y esa niña. ¿Dónde estaba el resto?

El tío Iósel y yo nos abrazamos y lloramos, pero no pregunté, ni él me dijo otra cosa que no fuera cuánto me extrañó todos esos años.

El agua empezó a hervir. Guitte se había llevado la niña a la pieza de Mindú para cambiarla de ropa. Avrom sacó a Féiguele al corredor, para dejarnos solos con el tío Iósel. Teníamos muchas preguntas que hacer, los tres nos miramos sin poder hablar, pero fue mi madre la que preguntó:

-¿Y los demás?

-¿Dónde está Dovid?- fue la respuesta que dio el tío.

-Fue hasta el puerto, en busca de noticias- respondí.

-Será mejor que le esperemos para empezar a contarles todo lo que sucedió.

Mi madre sirvió tres vasos de té, lo bebimos despacio, y en silencio. Guitte regresó con la niña dormida, la acostó en la cama de mis padres. Ella ya tenía otro aspecto, estaba

limpita y se había alimentado, me acerqué a mirarla mientras descansaba. ¿Qué estaría soñando? -me preguntaba. Quizás ya ni soñaba, parecía débil y enferma. Estábamos en silencio cuando mi padre abrió la puerta y se encontró con el rostro lloroso de mi madre.

-¡Reitze! ¿Qué te sucede de nuevo?

-¡Nada, Dovid! Mira quién está acá. Mi padre observó al tío Iósel, y también quedó sin voz.

-¡Iósel, Iósel! ¿Cuándo llegaste? -dijo después.

-Hoy.

-¿Quién más vino contigo?

-Ella, Shéndale- contestó el tío Iósel, señalando a la niña dormida.

-¿Y los otros?- volvió a preguntar mi padre.

-Es muy largo y duro lo que tengo que contar, siéntense y escuchen, sólo Shéndale y yo pudimos salvarnos, todos los demás murieron.

-¿También el abuelo? -pregunté, desesperado.

-Él también, Móishele, él también, y ustedes se salvaron por pocos días, si no viajaban en ese momento, después ya no hubieran podido salir, pero ni el más inteligente, ni el más religioso, hubiera podido imaginar que esa guerra podía llegar a matar a tanta gente, y de tantas maneras. No se puede contar todo lo que vivimos. Yo trabajaba para la causa, con las mismas personas que tú recuerdas, Móishele, todos sabíamos que las cosas iban empeorando, la política, el hambre, la persecución, los castigos. El primer cambio fue cuando tuvimos que mudarnos, dejando nuestra casa. Fuimos a vivir con otras familias en un cuarto. Éramos como quince personas durmiendo juntos, pasando hambre, angustias, incomodidades y soportando el llanto de nuestros hijos. Los rumores que corrían eran alarmantes. Cuando los alemanes llegaron a Polonia e irrumpieron en la noche del nueve de noviembre de 1938 en nuestros hogares, en las casas donde vivían judíos cometían todo tipo de atropellos, destrucción y saqueo, miles de judíos fuimos internados en ghettos en diferentes lugares: Riga, Minsk, Kovno, Vilna, Bialystok, Shavli, con el pretexto de protegernos de la ira del pueblo, nadie imaginaba la masacre que nos esperaba. Los nazis sólo pensaban en matar más personas en el menor tiempo posible, mientras el mundo se mantenía callado. El tiempo de la sangre y de las lágrimas había empezado de vuelta para nuestro pueblo. Después se nos internó en campos de concentración, para aislarnos de todos los demás sectores de la población y también para sacarnos nuestras propiedades.

La niña despertó, miró a su alrededor, y con las manos en alto llamó a su padre, mi madre fue como para levantarla, pero ella la rechazó. El tío Iósel la trajo junto a nosotros, la niña se sentó sobre las piernas de su padre, mientras él continuó su relato.

Después vinieron los fusilamientos de los residentes de los campos. Antes de la matanza se les maltrataba brutalmente, algunos lograban huir a los bosques, los campesinos polacos les ayudaban, pero eran muy pocos los que lograban sobrevivir, la mayoría moría en el camino de hambre o de frío. A muchos se los llevaba a las afueras de la ciudad y se les obligaba a cavar fosas, luego les disparaban en la cabeza y caían en sus propias tumbas, otras no resistían vivir esa locura y preferían suicidarse y obligaban también a sus hijos a autoeliminarse. Antes de conocer los campos de exterminio yo mantenía la esperanza del cambio. Unos camaradas del movimiento me llamaron para trabajar con la Resistencia en contra de los nazis, pero me negué, no quise dejar sola a Yenttel con las niñas, y el suegro que estaba viejo y cansado para atenderlas, hasta que llegó el día que vinieron a buscarnos.

El tío Iósel hizo una pausa, miré a Shéndale, la niña tenía los ojos clavados en el vacío, abrazada a una mantilla, se mecía continuamente. El relato del tío siguió:

-Cuando ya pensábamos que el horror tendría fin, vinieron a golpear nuestra puerta, yo fui el que la abrió, varios soldados de la Gestapo me apuntaron a la cabeza, así me llevaron a mí y a los demás hombres que se encontraban en ese refugio. También llevaron a tu padre, Dovid. Nos subieron a un tren, viajábamos en vagones repletos de gente, apretujados como animales, desconociendo a qué lugar nos dirigíamos, algunos trenes llegaban a Chelmo, Belzec, Sobido, Treblinka. El nuestro paró en Auschwitz, a aquel horror bajamos el viejo y yo, lo que allí sucedía no puedo contar, todavía no entiendo cómo podíamos vivir dentro de tanta locura, miles y miles de personas eran asesinadas día a día a sangre fría; los cuerpos sin vida se amontonaban unos sobre otros formando montañas de cadáveres, sólo se distinguían las cabezas. A mí por ser sano y fuerte, me destinaron a trabajos forzados en las grutas, un nazi me inspeccionó, después hizo un gesto con la mano indicando la fila de la derecha, era la fila designada para los que estábamos aptos para el trabajo, la comida que recibíamos era un pan pequeño y duro con un poco de café sin azúcar, por la mañana, y una vez al día una sopa fría y algunas veces un poco de grasa. Empezábamos a trabajar a las cuatro de la mañana y terminábamos a altas horas de la noche, vivíamos en barracas y dormíamos cientos de personas en tres hileras de camas. Si no respondíamos al trabajo recibíamos azotes en la espalda. Esa vida y esa masacre no duraron horas, ni días, sino años, se necesitó de años para matar tantos millones de seres. Algunos prisioneros canjeaban un pedazo de pan duro o unas papas crudas para estar en las filas cerca de sus padres o hermanos, a pesar de todo el horror algunos religiosos se ingeniaban para conseguir velas y prenderlas los viernes a la noche, conociendo el riesgo que eso significaba si les encontraban rezando. Nos tatuaban los brazos con números, y cada número correspondía a un nombre. Día tras día llegaban más trenes con personas que bajaban como ganado y como corderos resignados daban sus vidas en los hornos.

-Iósel. ¿Qué le sucedió a mi padre?

-Dovid. ¿Quieres saber cómo murió?

-¡Sí! Aunque me duela.

-Entonces, será mejor que Móishele y Reitze salgan, no es bueno que escuchen mi relato.

-¡No!- dijo mi padre-, ellos tienen que conocer la verdad, tienen que escuchar.

-Tu padre, Dovid, no pudo resistir mucho tiempo en Auschwitz, pronto enfermó de los pulmones. Hacía mucho frío y no teníamos con qué cubrirnos, tiritábamos. Una noche, él se acercó a mí, tenía mucha fiebre y hambre, estaba delgado y pálido, me dijo: -Ísel, si sales de este infierno, busca a Dovid y entrégale esta carta. Además de la carta me dio la dirección -siguió diciendo el tío-. A la mañana siguiente, bien temprano lo llevaron junto a otros hombres, todos desnudos caminando bajo la nieve a la cámara de gas, mientras en los parlantes se oía música clásica.

El tío Ísel metió la mano en el bolsillo y sacó un papelito doblado en cuatro partes y se lo entregó a mi padre. Con las manos temblorosas y la mirada ansiosa, él leyó en voz alta la última carta del abuelo. En ella contaba el horror que estaban viviendo, y también agradecía todo el tiempo a Dios por nosotros, que nos habíamos salvado. Mientras mi padre leía, a ratos perdía el aliento, suspiraba y continuaba. A pesar del dolor, la desolación y el sufrimiento que el abuelo estaba pasando, sus palabras estaban llenas de vida.

Me levanté, abrí la ventana y miré el cielo, estaba despejado, las estrellas brillaban como nunca. ¿Por qué? ¿Por qué? No terminaba de preguntarme. ¡Cómo dolía todo! El cuerpo, el alma. Me hubiera gustado preguntar al rabino Elías dónde estaba Dios en esos momentos. Dios, que nos escogió como su pueblo elegido. Mi madre también se levantó y ofreció comida, pero nadie tenía apetito.

-Ísel -dijo mi padre-, quiero seguir escuchando toda la verdad.

-Durante las noches se escuchaban alaridos, súplicas, las voces retumbaban en nuestros oídos, pedíamos a los nazis piedad, para nuestras mujeres violadas y torturadas frente a los ojos de sus hijos. No se sabía quién iría primero a los hornos, si los hijos o los padres con el «¡Oh Jerusalén!» en los labios, pero piedad nunca existió, a los niños y a los ancianos los ponían en las noches sobre la nieve, desnudos. Amanecían congelados, tiesos. Lo único que los nazis no pudieron negarnos era una oración para nuestros muertos, y cuando todo terminó los que permanecíamos aún vivos, dudábamos de estarlo, convivimos tanto con la muerte, que hasta llevábamos el olor a muerto y la culpa de seguir vivos.

-¿Y Yenttel? ¿Y las niñas? -preguntó de nuevo mi padre.

-Volví a la ciudad -continuó el tío Ísel con su relato-; no quedaba nada, todo estaba en ruinas, destruido. Recorrí las calles como otros tantos, buscando entre los escombros algún indicio de vida y a alguna persona que supiera dónde estaba mi familia. Caminaba, perdido por las calles de la ciudad sin reconocerlas, cuando una mujer desgredada, herida, casi desnuda, se acercó. Tenía la cabeza rapada, hablaba susurrando, temerosa, igual a un animal asustado, me preguntó mi nombre, ni bien le contesté, ella me abrazó y me suplicó que la llevara conmigo, me pidió por favor que no la dejara sola, pero yo en ese momento no podía ayudarla, buscaba a Yenttel y a las niñas, ellas me esperaban. Así era como

pensaba yo, entonces la separé de mí y desesperado también seguí buscando entre los destrozos. De pronto reconocí por la chimenea, lo que había sido nuestra casa. Sólo la chimenea quedaba en pie, me senté frente a ella, deshecho, cansado, otra mujer se acercó, ésta tenía mejor aspecto, me habló en polaco, inmediatamente la reconocí, era Wanda, nuestra vecina, una buena mujer. Me llevó a su casa y me contó que después de llevarnos al viejo y a mí, vinieron a buscar al resto, y se llevaron a Yenttel y a las niñas, pero que antes de marcharse Yenttel le había dejado algo para mí, sabiendo que Wanda no era judía y estaría a salvo con ella. La mujer polaca se marchó y volvió con un candelabro, y otros adornos. De la mano traía a Shéndale, mi hijita. Wanda me relató cómo fue que la niña se salvó. Cuando llegaron los soldados nazis Shéndale dormía, y Yenttel tuvo tiempo de esconderla detrás del ropero, la cubrió con una mantilla y la dejó en el piso, antes de que la lleven Yenttel pidió a los soldados despedirse de Wanda, y cuando la abrazó, le rogó que cuidara de su hija.

-¿Yenttel, murió? -volvió a preguntar mi padre.

-Un tiempo más dejé a Shéndale con Wanda y me dediqué a buscar a Yenttel, con la ayuda de la Cruz Roja, y de otros archivos y preguntando a otros sobrevivientes supe que ella y las niñas estuvieron en Treblinka, a ese campo iban destinados mujeres, ancianos y los inválidos. Estaba cerca de una pequeña aldea en la zona de Varsovia, pero aun sabiendo que ellas estuvieron allí, yo mantenía la esperanza de encontrarlas con vida, en las listas finales de sobrevivientes no aparecían sus nombres, aun así no perdí las esperanzas, seguí buscándolas, en la lista de mujeres desaparecidas sí figuraban sus nombres.

Levanté la mirada y busqué los ojos del tío Iósel, estaban llenos de lágrimas. Mi madre con la cara muy pálida, se tapaba los oídos, para no seguir escuchando. Mi padre parecía no respirar. Aquella fue una noche larga. El dolor nos unía; estaba seguro de que a partir de ese momento nada volvería a ser igual en nuestras vidas. Salí al patio, los grillos cantaban acompañando nuestro silencioso llanto. La brisa traía el silbido lastimero del sauce llorón. Decidí volver a la pieza, y allí encontré a mi madre buscando ropa para ofrecerle al tío Iósel, más tarde acomodamos colchones en el piso. Esa noche y otras tantas compartimos con el tío Iósel y con Shéndale, la pieza y los miedos.

No pude dormir, permanecí toda esa noche callado y quieto.

Era el 15 de setiembre, una mañana fresca y soleada, de nuevo subiría a un barco. La decisión del viaje ya la había tomado mucho tiempo atrás. Un movimiento sionista envió los pasajes para el tío Iósel y para Shéndale. Con el dinero que fui guardando en el pañuelo me compré el mío.

Antes de partir, me despedí de mis padres, de mi hermano y de todos nuestros vecinos de barrio Palestina.

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

